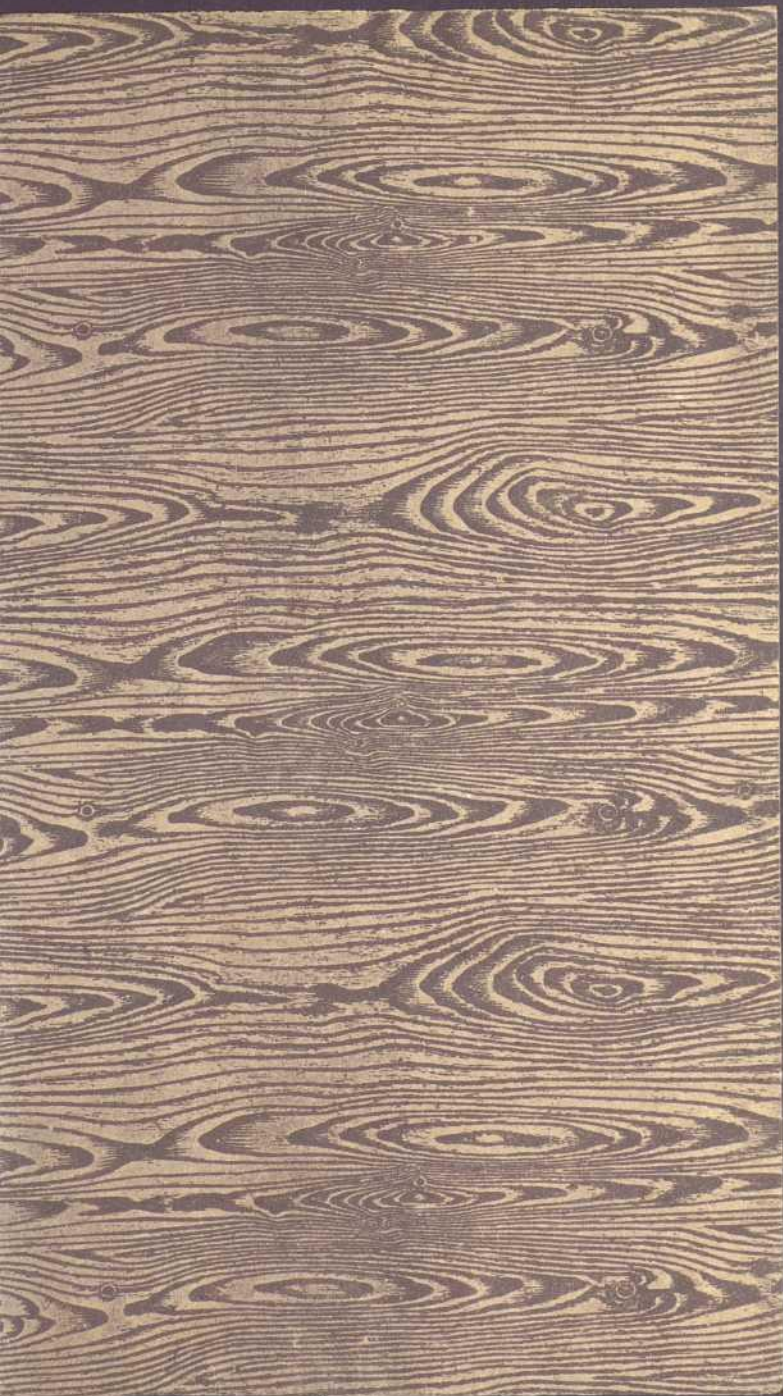


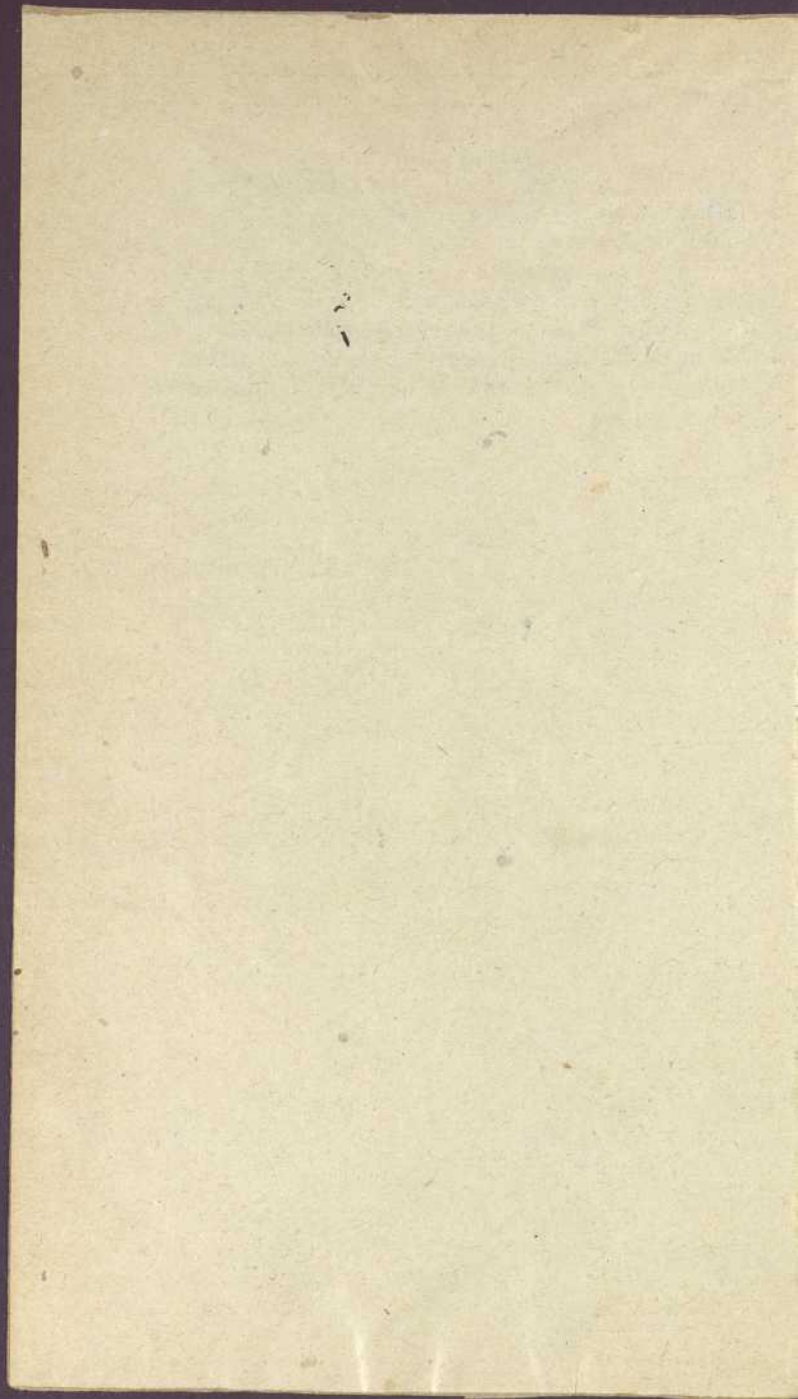
Biblioteca Pública de Teruel

Sala

Estante E - 4

Signatura 80





FA 6767

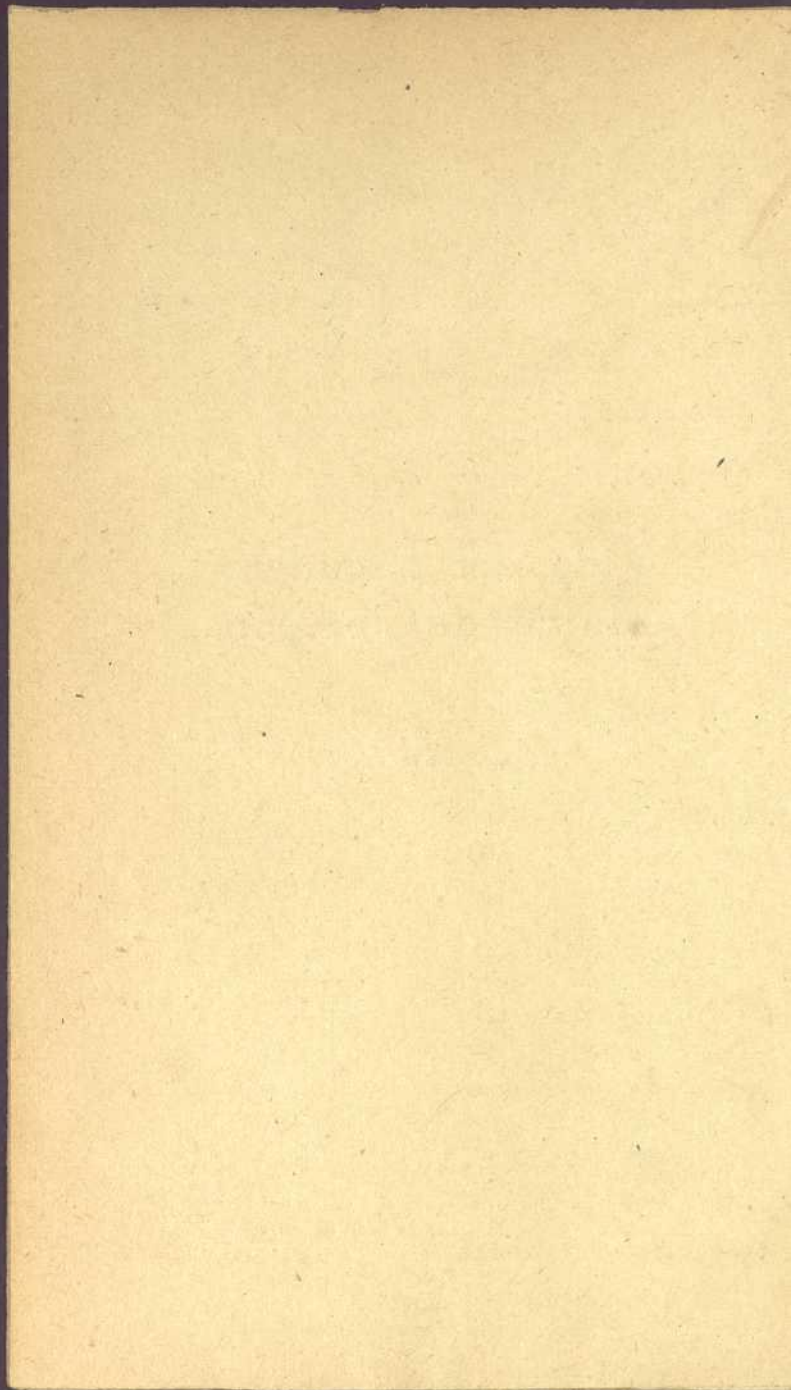
$\frac{9}{49}$

e

Vida del Escudero
Marcos de Obregón

TOMO PRIMERO





FA
6.767

LAS CIEN MEJORES OBRAS DE LA
LITERATURA ESPAÑOLA. - VOL. 35

VICENTE ESPINEL

Vida del Escudero
Marcos de Obregón

PRÓLOGO DE
IGNACIO BAUER

TOMO PRIMERO

TERCERA EDICIÓN

COMPañÍA IBERO-AMERICANA DE PUBLICACIONES (S. A.)

Puerta del Sol, 15
MADRID

Ronda de la Universidad, 1
BARCELONA

Florida, 251
BUENOS AIRES

MR-11918





A MANERA DE PROLOGO

VICENTE ESPINEL Y MARCOS DE
OBREGON

La obra inmortal, verdadera joya de nuestra literatura del siglo de oro, con que la Compañía Iberoamericana de Publicaciones viene a enriquecer las Bibliotecas Cervantes, que con tan brillante éxito edita y difunde, no necesita de nuevos encomios, como no hubo menester, a su aparición, de aquellas "precedencias" apologéticas de que tanto se usara y abusara en la época de su autor. Bastará, por tanto, para dar una idea de su mérito, citar algunos de los juicios laudatorios que unánimemente le han venido consagrando sus numerosos comentaristas.

Por eso, y por ser, principalmente, nuestro propósito bosquejar a grandes rasgos la figura real de Espinel, hemos renunciado, creyéndolo fuera de lugar, a dedicar a su novela un prólogo extenso y documentado que, dado el fin de estas publicaciones, hubiera parecido pre-

tencioso; antes bien, hemos preferido presentarla a sus lectores sin difusos preámbulos ni otro proemio o prefacio que este modesto delantal—dicho sea empleando la frase del más donoso de nuestros clásicos—, el cual, por lo sencillo y por lo breve, esperamos será más del agrado de los abonados a estas Bibliotecas Populares.

Así, pues, transcribiremos algunas autorizadas opiniones acerca de Espinel como insuperable prosista, exquisito poeta y notable músico, y, lo que nos parece más interesante, trazaremos, aunque en boceto, la fisonomía moral de este hombre extraordinario a quien Cervantes se complacía en llamar amigo, y Lope, maestro.

El erudito D. Cayetano Rosell, en la edición de Rivadeneyra, después de afirmar que el plan y la acción del Marcos de Obregón superan en arte a los del Lazarillo de Tormes y Guzmán de Alfarache—opinión, a nuestro juicio, poco justificada—, dice que esta novela "es una obra magistralmente escrita, llena de sabias máximas y advertencias morales, las cuales, aunque muy repetidas, gracias a su oportunidad y a la manera ingeniosa con que están amenizadas, se leen con sumo agrado. El lenguaje es puro y sencillo, y en las escenas que el autor describe no se advierte, co-

mo en otros escritores, el empeño de apurar ciertas situaciones peligrosas, lo cual, unido a un plan hábilmente dispuesto y a una acción animada, que camina sin entorpecimiento, justifica los elogios que en todos tiempos se han hecho de esta composición". Por otra parte, el ilustre académico encuentra el mayor mérito de esta novela en que siendo una verdadera autobiografía y narrándose en ella, por tanto, los episodios de la propia vida del autor, pudiera éste revestirla de modo tan brillante con las galas de la imaginación, hasta el punto de convertir en exuberante poesía la más prosaica y escueta realidad.

El autorizado crítico Gil y Zárate no es menos expresivo en sus elogios. Clasifica la obra de Espinel entre las picarescas y de costumbres y dice no encontrar otra de esta clase, excepto el Lazarillo, que la supere en mérito, si bien la considera superior a ésta y a todas las del mismo género, en que abunda menos en pasajes escabrosos y más en lecciones y ejemplos de sana moral.

Menos elogioso se muestra en sus juicios el norteamericano Ticknor, cuya opinión—a nuestro parecer, demasiado severa—condensa en estas breves palabras: "Contiene el Obregón bastantes reflexiones morales, cansadas y fastidiosas, aunque bien escritas, lo cual

hace que la narración de los engaños, maldades y picardías del héroe resalte más; pero, aunque inferior al Guzmán de Alfarache y al Lazarillo en dicción y estilo, les aventaja en acción y movimiento; los sucesos marchan con mayor rapidez y terminan de un modo más regular y acertado."

Pero prescindamos de citar más opiniones acerca de la obra, y digamos algo de su autor. Notemos, ante todo, que leída esta deliciosa y ejemplar narración, y conocidos los datos y referencias que se poseen sobre la vida del insigne novelista, no se sabe decir qué sea más interesante, por más pintoresco y peregrino: si las aventuras de Obregón narradas por Espinel, o las andanzas y peripecias de la vida de Vicente Espinel contadas por el escudero Marcos de Obregón. Porque es evidente que, salvo ciertas lagunas, o mejor diríamos piadosas pretericiones, en que la personalidad real de Espinel se eclipsa de intento en la narración, y a pesar de que la verdad histórica va siempre envuelta en los velos de la fantasía, la figura del autor se acusa y destaca en los rasgos más esenciales, y su vida discurre con sorprendente realismo a través de las páginas de la novela.

* * *

• Según consta en el libro de bautismos de la iglesia parroquial de Santa Cecilia, de Ronda, Vicente Espinel nació en esta ciudad el 28 de diciembre de 1550, del matrimonio de Francisco Gómez, oriundo de Asturias, con Juana Martín, de familia de conquistadores. Recibió la primera instrucción en su ciudad natal, donde estudió gramática con el domine Juan Cansino, que le enseñó a traducir del latín y un poco de música. Los padres, conociendo la precocidad del hijo, le enviaron con un arriero a Salamanca, en cuya Universidad aparece matriculado con el nombre de Vicente Martínez Espinel, natural de Ronda, diócesis de Málaga.

No parece que adelantara mucho en sus estudios, porque, como él mismo confiesa en el Obregón, su inquietud natural, junta con la poca ayuda que tuvo, le quebraron las fuerzas de la voluntad para trabajar tanto como fuera razón, con lo cual declara, no sólo su falta de aplicación a los libros, sino lo lejos que estuvo de la opulencia.

El año 1572, y cuando contaba veintidós de edad, Espinel tuvo que interrumpir sus estudios y emprender el camino de Ronda, deteniéndose a descansar en Madrid, Toledo y varios lugares de Andalucía. Llegado a su pueblo natal, unos parientes hacendados fun-

daron una capellanía, nombrando de ella primer capellán a su sobrino Vicente Martínez Espinel, entre otras razones, "por ser mancebo virtuoso...". En Ronda tuvo la suerte de trabar amistad con Fray Rodrigo de Arce, a cuyo favor debió, acaso, las recomendaciones que tanto le valieron en su segunda expedición a Salamanca, donde obtuvo una plaza en el colegio de San Pelayo. De esta época datan, según afirma Lope de Vega en su Papel sobre la nueva poesía, las relaciones de amistad de Espinel con el Marqués de Tarifa y otros personajes de gran influencia, como los Girones y Alba, así como con los Argensolas y con el joven cordobés D. Luis de Góngora y Argote. Estas amistades le franquearon la casa de D.^a Agustina de Torres, en la que se reunían los más famosos músicos de la ciudad; mas a pesar de la buena acogida que por todos se le dispensaba, la ambición le indujo a abrazar vida más activa, y abandonó Salamanca cuando por orden de Felipe II formábase la Armada contra Isabel de Inglaterra, cuyo mando fué confiado a don Diego Maldonado. Este dió en la Escuadra al joven estudiante un puesto distinguido; pero la Armada fué destruída por la peste, y de ella no se libró nuestro héroe, el cual, aun convaleciente, marchó a la capital de Vizca-

ya, luego a *Vitoria*, de ésta a *Alava*, de *Alava* a *Navarra* y de *Navarra* a *Zaragoza*, donde fué colmado de obsequios por los *Argensolas* y otros ingenios. Después de recorrer algunos puntos de *Rioja* y visitando a *Burgos*, vino a parar a *Valladolid*, donde fué escudero del conde de *Lemos*, muy amigo de la gente alegre y muy aficionado al trato con los hombres de raro ingenio.

Aun con estas correrías no quedaba satisfecho el carácter inquieto y el espíritu aventurero de *Espinel*, y no llegando a tiempo de embarcarse en la empresa desgraciada de *Don Sebastián de Portugal*, marchó a *Madrid*, y de *Madrid* a *Sevilla*, con intención de pasar a *Italia*, propósito que no realizó. Permaneció, pues, en la ciudad andaluza, donde su vida fué un desbordamiento de pasiones. Allí se hizo pendenciero y obsceno; frecuentó el trato de truhanes y pícaros; lució su ingenio y su habilidad para la música en tabernas y prostíbulos, y allí hizo, en suma, una vida tan disipada y escandalosa, que, perseguido por la justicia, tuvo que acogerse a sagrado. A pesar de esta conducta, increíble en un hombre de tan claro talento, seguía granjeándose amistades valiosas, como la del *Marqués de Denia*, el cual le favoreció y socorrió en sus necesidades, y le pintó *Italia* con tan

vivos colores, que decidió hacer un viaje, para conocerla. Embarcó, pues, en un galeón y aportó a Génova; de Génova pasó a Milán, y de aquí a Flandes, donde entró a formar parte del ejército mandado por Alejandro de Farnesio. Entonces conoció a don Pedro de Toledo, Marqués de Villafranca, y al Príncipe Octavio de Gonzaga, y por entonces también tuvo la dicha de oír la palabra elocuente de San Carlos Borromeo en los funerales de la Reina Doña Ana de Austria, para los que Espinel compuso las leyendas en verso latino y castellano que habían de adornar el túmulo.

A los tres años de residencia en Italia, cansado de la vida militar, decidió restituirse a España, y embarcando en una de las galeas de D. Hernando de Toledo, llegó a Barcelona, de donde pasó a Madrid.

Deseando asegurarse una vejez tranquila, y apagados con los años sus ardores juveniles, resolvió volver a Andalucía y ya,

“con la corte del alma sosegada”,

récogerse al amparo que le brindaba la capellanía fundada en 1572.

En medio de las adversidades que sufrió al regresar a su patria, Espinel completó sus es-

tudios eclesiásticos y se ordenó de Sacerdote en Málaga. Después de padecer aún mayores contrariedades, cuyo relato omitimos en gracia a la brevedad que nos hemos impuesto, perseguido por la envidia de sus paisanos, abandonó Ronda y se instaló en Madrid. Luego de graduarse Maestro en Artes en Alcalá, obtuvo en Madrid plaza de Maestro de la capilla de música de que estaba dotada la fundación del Obispo de Plasencia.

Fué esta época la más tranquila y fecunda de la vida de Espinel, y en la que fué más agasajado y estimado de sus contemporáneos, así por su genio como poeta lírico, creador de la décima o espinela, como por su inventiva como músico, que, al aumentar a la guitarra la quinta cuerda (la prima), puso este instrumento, por su mayor riqueza armónica, al nivel del arpa y el clavicordio.

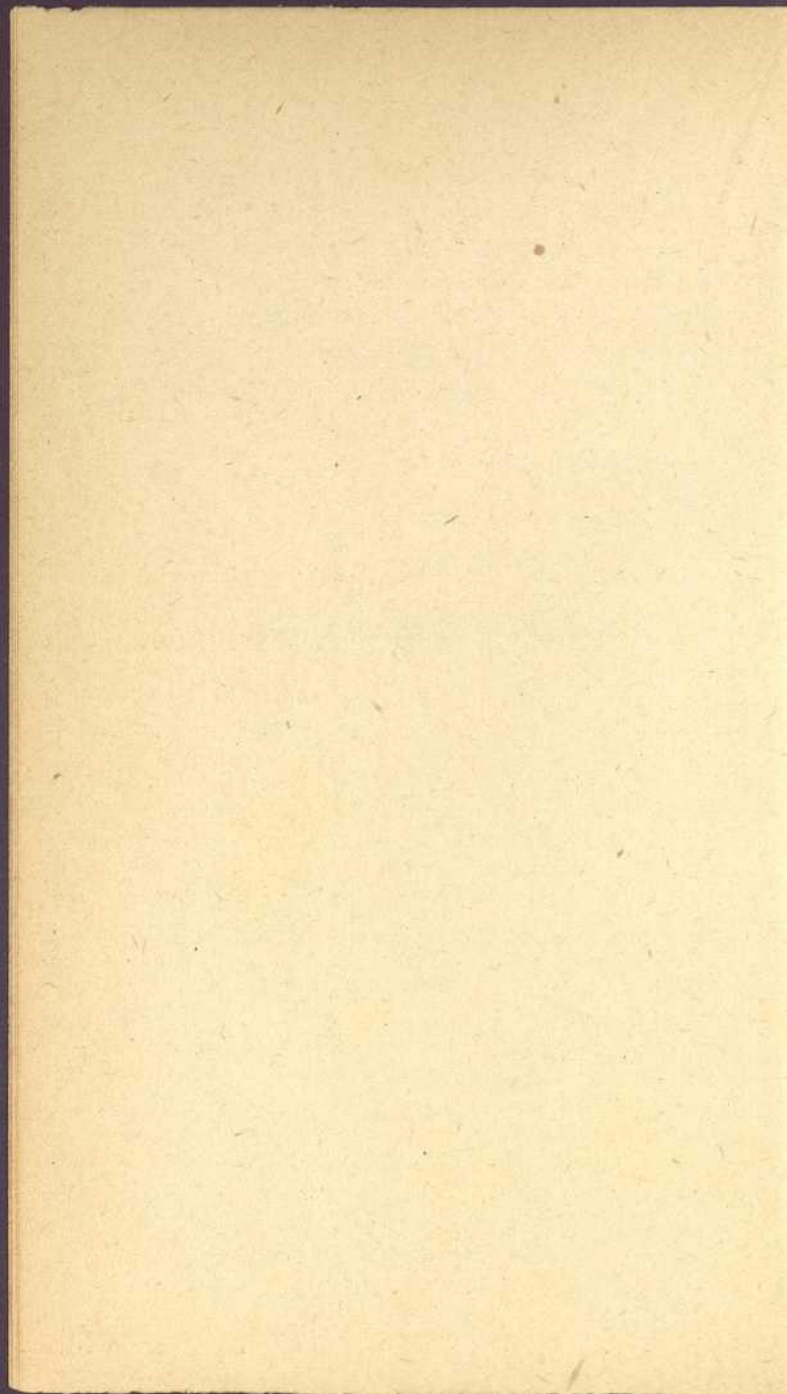
El fin del año 1623 y el principio de 1624 señalaron el invierno más crudo que hacía un siglo se sintiera en Madrid. El frío intenso abatió la naturaleza de Espinel, ya muy minada por la edad y los padecimientos, y hubo de caer postrado en cama, para no levantarse más. En el lecho de muerte, el día 1.º de febrero de 1624, hizo testamento instituyendo heredero a un sobrino suyo residente en Ronda, y, por fin, el 4 del mismo mes entregó su

alma a Dios en el aposento que tenía destinado en la capilla del Obispo, y fué sepultado en la parroquia de San Andrés.

Queda, pues, hecho el rápido bosquejo que nos propusimos del genial escritor Vicente Martínez Espinel, una de las figuras más culminantes en el vasto campo de la literatura española.

IGNACIO BAUER

PRÓLOGO DEL AUTOR





PROLOGO DEL AUTOR

Muchos días y algunos meses y años estuve dudoso si echaría en el corro a este pobre Escudero, desnudo de partes y lleno de trabajos, que la confianza y la desconfianza me hacían una muy trabada e interior guerra. La confianza llena de errores, la desconfianza encogida de terrores; aquélla muy presuntuosa, y estotra muy abatida; aquélla desvaneciendo el cerebro, y ésta desjarretando las fuerzas; y así me determiné a poner de por medio a la humildad, que no solamente es tan acepta a los ojos de Dios, pero a los de los más ásperos jueces del mundo. Comuniquélas con el Licenciado Tribaldos de Toledo, muy gran poeta latino y español, docto en la lengua griega y latina, y en las ordinarias hombres de consumada verdad; y con el maestro fray Hortensio Félix Paravesín, doctísimo en letras divinas y humanas, muy grande poeta y orador; y alguna parte de ello con el Padre Juan Luis de la Cerda, cuyas letras, virtud y verdad están muy conocidas y lodadas; y con el divino ingenio de Lope de Vega, que como él se rindió a sujetar sus versos a mi corrección en su mocedad, yo en mi vejez me rendí a pasar por su censura y parecer; con Domingo Ortiz, secretario del Supremo Consejo de Aragón, hombre de excelente ingenio y notable juicio; con

Pedro Mantuano, mozo de mucha virtud, y versado en mucha lección de autores graves que me pusieron más ánimo que yo tenía; y no sólo me sujeté a su censura, pero a la todos cuantos encontraren alguna cosa digna de reprehensión, suplico me adviertan de ella, que seré humilde en recibilla.

El intento mío fué ver si acertaría a escribir en prosa algo que aprovechase a mi república, deleitando y enseñando, siguiendo aquel consejo de mi maestro Horacio, porque han salido algunos libros de hombres doctísimos en letras y en opinión, que le abrazan tanto con sola la doctrina, que no dejan lugar donde pueda el ingenio alentarse y recibir gustos; y otros tan enfrascados en parecerles que deleitan con burlas y con cuentos entremesiles, que después de haberlos leído, revuelto y aechado y aun cernido, son tan fútiles y vanos, que no dejan cosa de sustancia ni provecho para el lector, ni de fama y opinión para sus autores. El padre maestro Fonseca escribió divinamente del amor de Dios, y con ser materia tan alta, tiene muchas cosas donde puede el ingenio espaciarse y vagarse con deleite y gusto, que ni siempre se ha de ir con el rigor de la doctrina, ni siempre se ha de caminar con la flojedad del entretenimiento; lugar tiene la moralidad para el deleite, y espacio el deleite para la doctrina; que la virtud (mirada cerca) tiene grandes gustos para quien la quiere; y el deleite y entretenimiento dan mucha ocasión para considerar el fin de las cosas.

En tanto que no tuve determinación (así por

la persecución de la gota, como por la desconfianza mía) para sacar al teatro público mi Escudero, un caballero amigo me pidió unos cuadernillos de él, y llegando a la noticia de cierto gentilhombre (a quien yo no conozco) aquella novela de la tumba de San Ginés, pareciéndole que no había de salir a la luz, la contó por suya, diciendo y afirmando que a él le había sucedido; que hay algunos espíritus tan fuera de la estimación suya, que se arrojan a entretener a quien los oye, con lo que se ha de averiguar no ser suyo.

Si a alguno se le asentare bien tratar de personas vivas, y alegar con sujetos desconocidos y presentes, digo que yo he alcanzado la monarquía de España tan llena y abundante de gallardos espíritus en armas y letras, que no creo que la Romana los tuvo mayores, y me arrojó a decir que ni tantos ni tan grandes.

Y no quiero tratar de las cosas que los españoles han hecho en Flandes tan superiores a las antiguas, como escribió Luis Cabrera en su Perfecto Príncipe, sino de las que nuestros ojos han visto cada día y nuestras manos han tocado, como las que hizo Don Pedro Enríquez, conde de Fuentes, con tan increíble ánimo; la toma y saco de Amiens, que escribió en sus Comentarios Don Diego de Villalobos, donde fué valeroso Capitán de lanzas e infantería, que con un carro de heno y un costal de nueces seis capitanes tomaron una ciudad tan grande, plataforma y amparo de toda Francia; la felicidad y determinación con que acuden al servicio de su rey los españoles, poniendo sus vi-

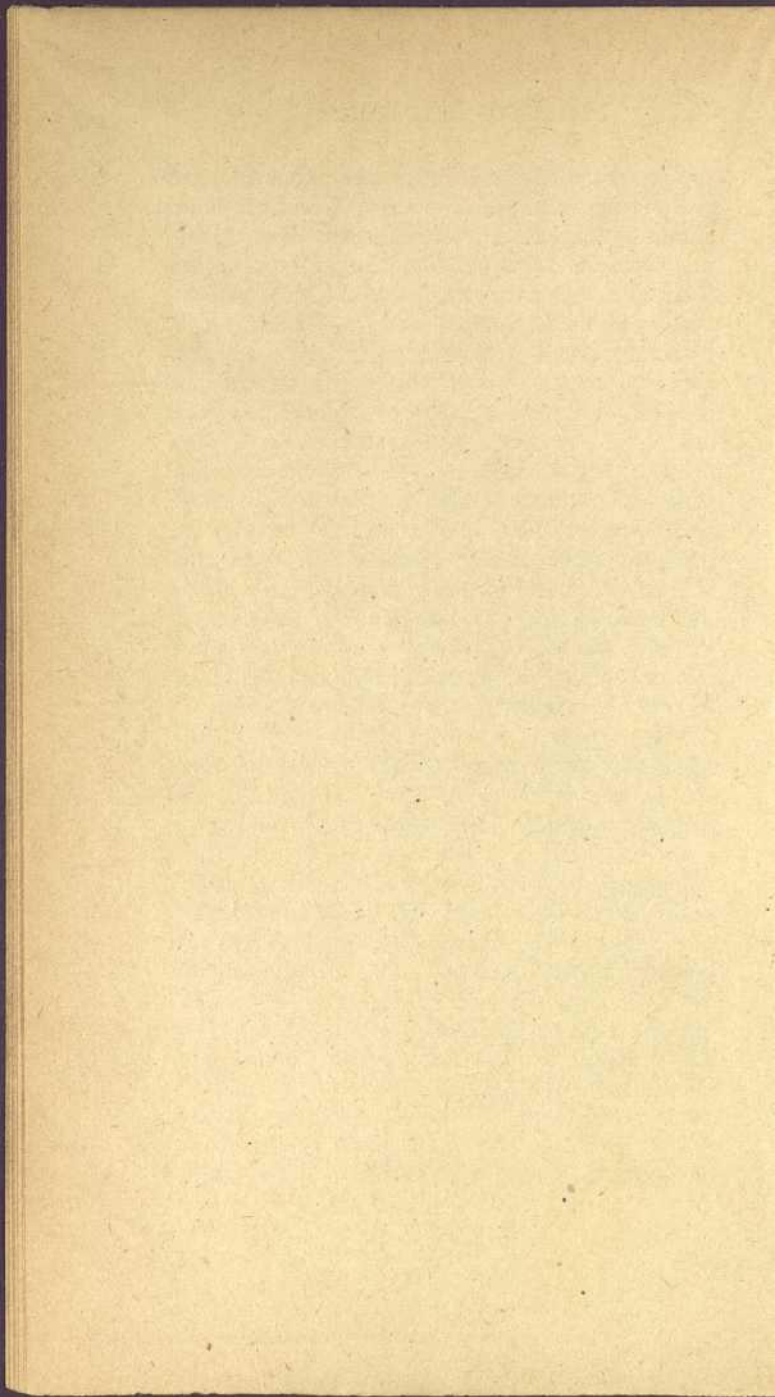
das a peligro de perderlas, como se vió ahora en lo de la Mamora, que anduvieron nadando toda la noche, no hallando bajel ni tierra donde ampararse, sobrepujando con valor a su fortuna, cosas que no se vieron en la Monarquía romana. ¿Qué autores antiguos excedieron a los que ha engendrado España en los pocos años que ha estado libre de guerras? ¿Qué oradores fueron mayores que Don Fernando Carrillo, Don Francisco de la Cueva, el Licenciado Berrio y otros que con excelentísimos y levantados conceptos persuaden a la verdad de sus partes? De no leer los autores muertos, ni advertir los vivos los secretos que llevan encerrados en lo que profesan, nace no darles el aplauso que merecen; que no es sólo la corteza lo que se debe mirar, sino pasar con los ojos de la consideración más adentro. Ni por ser los autores más antiguos son mejores, ni por ser más modernos son de menos provecho y estimación. Quien se contenta con sola la corteza, no saca fruto del trabajo del autor; mas quien lo advierte con los ojos del alma, saca milagroso fruto.

Dos estudiantes iban a Salamanca desde Antequera, uno muy descuidado, otro muy curioso: uno muy enemigo de trabajar y saber, y otro muy vigilante y escrudiñador de la lengua latina; y aunque muy diferentes en todas las cosas, en una eran iguales. Que ambos eran pobres. Caminando una tarde de verano por aquellos llanos y vegas, pereciendo de sed, llegaron a un pozo, donde habiendo refrescado, vieron una pequeña piedra, escrita en letras góticas ya medio borradas por la antigüedad



y por los pies de las bestias que pasaban y bebían, que decían dos veces: Conditur unio, conditur unio. El que sabía poco, dijo: ¿Para qué esculpió dos veces una cosa este borracho? (que es de ignorantes ser arrojadizos), El otro calló, que no se contentó con la corteza, y dijo: Cansado estoy, y temo la sed; no quiero cansarme más esta tarde. Pues quedáos como poltrón, dijo el otro. Quedóse, y habiendo visto las letras, después de haber limpiado la piedra, y descortezado el entendimiento, dijo: Unio quiere decir unión, y unio quiere decir perla preciosísima; quiero ver qué secreto hay aquí, y apalancando lo mejor que pudo, alzó la piedra, donde halló la unión del amor de los dos enamorados de Antequera, y en el cuello de ella una perla más gruesa que una nuez, con un collar que le valió 4.000 escudos: tornó a poner la piedra y echó por otro camino.

Algo prolijo, pero importante es el cuento, para que sepan cómo se han de leer los autores, porque ni los tiempos son unos, ni las edades están firmes. Yo querría en lo que he escrito que nadie se contentase con leer la corteza, porque no hay en el fondo de mi Escudero hoja que no lleve objeto particular, fuera de lo que suena. Y no solamente ahora lo hago; sino por inclinación natural en los derramamientos de la juventud lo hice en burlas y veras; edad que me pesa en el alma que haya pasado por mí, y plegue a Dios que lleguen los arrepentimientos a las culpas.





RELACION PRIMERA

de la vida del escudero

MARCOS DE OBREGON

Este largo discurso de mi vida, o breve relación de mis trabajos, que para instrucción de la juventud, y no para aprobación de mi vejez, he propuesto manifestar a los ojos del mundo, aunque el principal blanco a que va inclinado es aligerar, por algún espacio, con alivio y gusto la carga que, con justos intentos, oprime los hombros de V. S. I., lleva también encerrado algún secreto, no de poca sustancia para el propósito que siempre he tenido, y tengo, de mostrar en mis infortunios y adversidades cuánto importa a los escuderos pobres, o poco hacendados, saber romper por las dificultades del mundo, y oponer el pecho a los peligros del tiempo y de la fortuna, para conservar con honra y reputación un don tan precioso como el de la vida, que nos concedió la divina Majestad para rendirle gracias y admirarnos contemplando y alabando este orden maravilloso de cielos y elementos, los cursos ciertos e innumerables de las estrellas, la generación y producción de las cosas para venir en verdadero conocimiento del universal Fabricador de todas ellas.

Y aunque me coge este intento en los postre-

ros tercios de la vida, como a hombre que por viejo y cansado se le hizo merced de darle una plaza tan honrada, como la de Santa Catalina de los Donados de esta Real villa de Madrid (donde lo paso lo mejor que puedo), en los intervalos que la gota me concediere, iré prosiguiendo mi discurso, guardando siempre brevedad y honestidad: que en lo primero cumpliré con mi condición e inclinación natural, y en lo segundo con la obligación que tienen todos aquellos a quien Dios hizo merced de recibir el agua del bautismo, Religión que tanta limpieza, honestidad y pureza ha profesado, profesa y profesará desde su principio y medio, hasta el último fin de esta máquina elemental.

Y con la ayuda de Diso procuraré que el estilo sea tan acomodado a los gustos generales, y tan poco cansado a los particulares, que ni se deje por pesado, ni se condene por ridículo. Y así en cuanto mis fuerzas bastaren procederé deleitando al lector, juntamente con enseñarle, imitando en esto a la pródiga naturaleza, que antes que produzca el fruto que cría para mantenimiento y conservación del individuo, muestra un verde apacible a la vista, y luego una flor que le regala el olfato: y al fruto le da color, olor y sabor, para aficionar al gusto que se coma, y tome de él el sustento que le alienta y le recrea, para la duración y perpetuidad de su especie. O haré como los grandes médicos, que no luego que llegan al enfermo le martirizan con la violencia del ruiubarbo, ni con otras medicinas arrebatadas, sino primero disponen el humor con la blandura y suavidad de los jara-

MARCOS DE OBREGÓN

bes, para después aplicar la purga, que ha de dejar el sujeto limpio y libre de la corrupción que le aquejaba.

Y si bien son muy trilladas estas comparaciones de los médicos, y las medicinas pueden traerse muy entre manos, por ser fáciles e inteligibles, y más yo, que por la excelente gracia que tengo de curar por ensalmos puedo usar de ellos como uso del oficio con tanta aprobación y opinión de todo el pueblo, que me ha valido tanto el buen puesto en que estoy junto con traer unas cuentas muy gruesas, unos guantes de nutria y unos anteojos que parecen más de caballo que de hombre, y otras cosas que autorizan mi persona, que estoy tan acreditado, que toda la gente ordinaria de esta Corte y de los pueblos circunvecinos acuden a mí con criaturas enfermas del mal de ojo, con doncellas opiladas o con heridas de cabeza, y de otras partes del cuerpo, y con otras mil enfermedades, con deseo de cobrar salud; pero curo con tal dulzura, suavidad y ventura, que de cuantos vienen a mis manos no se mueren más de la mitad, que es en lo que estriba mi buena opinión: porque éstos no hablan palabra, y los que sanan dicen mil alabanzas de mí, aunque quedan perdigados para la recaída, que todos vuelan sin remedio.

Mas la gente que más bendiciones me echa es la que curo de la vista corporal, porque como todos la mayor parte son pobres y necesitados, con la fuerza de cierta confección que yo sé hacer de atutia y cardenillo y otros simples, y con la gracia de mis manos, a cinco o seis ve-



ces que vienen a ellas los deajo con oficio con que ganan la vida muy honradamente, alabando a Dios y a sus Santos con muchas oraciones devotas, que aprenden sin poderlas leer.

DESCANSO I.

Estando pocos días ha con los ojos altos y humildes al cielo, el rostro sereno y grave, las manos sobre un muy blanco lenzuelo en los oídos del enfermo, y pronunciando con mucho silencio las palabras de ensalmo, pasó cierto cortesano y dijo: No puedo sufrir los embulecos de estos embusteros: yo callé y proseguí con mi acostumbrada compostura la medicinal oración, y en acabándola me dijo mi compañero: ¿No oísteis cómo os llamó aquel gentil hombre de embustero? El no habló conmigo, dije yo, y de lo que a mí no se me dice derechamente no tengo obligación de responder ni hacer caso; y deseo persuadir de esto a los que por la poca experiencia o por la condición alterada y presta que naturalmente tienen, se dan por sentidos de las ignorantes libertades de quien no tiene atrevimiento para decirlas descubiertamente, que ni llevan orden de agravio, ni arguyen ánimo, ni valor en quien las dice: ella es ignorancia grande, introducida de gente que trae siempre la honra y la vida en las manos: que no tengo yo de persuadirme a que pues no me hablan libremente me ofenden, aunque no tengan intención de hacerlo: que los tiros que éstos hacen son como los de una escopeta cargada de pólvora y vacía de bala, que

con el ruido espantan la caza, y no hacen otra cosa.

Los agravios no se han de recibir si no van muy descubiertos, y aún de esto se ha de quitar cuanto fuere posible, desapasionándose y haciendo reflexión en si lo son o no, como discretísimamente lo hizo Don Gabriel Zapata, gran caballero y cortesano, y de excelentísimo gusto, que enviándole un billete de desafío a las seis de la mañana cierto caballero con quien había tenido palabras la noche antes, y habiéndole despertado sus criados por parecerle negocio grave, en leyendo el billete dijo al que le traía: decidle a vuestro amo que digo yo, que para cosas que me importan de mucho gusto no me suelo levantar hasta las doce del día ¿que por qué quiere que para matarme me levante tan de mañana? Y volviéndose del otro lado se tornó a dormir; y aunque después cumplió con su obligación, como tan gallardo caballero, se tuvo aquella respuesta por muy discreta.

Don Fernando de Toledo, el tío (que por discretísimas aventuras que hizo le llamaron el pícaro), viniendo de Flandes, donde había sido valeroso soldado y Maestro de campo, desembarcándose de una salva en Barcelona, muy cercado de Capitanes, dijo uno de dos pícaros que estaban en la playa, en voz que él lo pudiese oír: Este es D. Fernando el pícaro. Dijo Don Fernando volviendo a él: ¿En qué lo echaste de ver? Respondió el pícaro: Hasta aquí en lo que oía decir, y ahora en que no os habéis corrido de ello. Dijo D. Fernando muer-

to de risa: Harta honra me haces, pues me tienes por cabeza de tan honrada profesión como la tuya.

Así que aun de aquellas injurias que derechamente vienen a ofendernos, habemos de procurar por los mismos filos hacer triaca del veneno, gusto del disgusto, donaire de la pesadumbre, y risa de la ofensa. Que pues procura un hombre entender por dónde camina una espada, los círculos y medios, la fortaleza y flaqueza, la ofensa y la defensa, y lo ejercita con grandísima perseverancia hasta hacerse muy diestro para que no le maten o hieran, ¿por qué no se ejercitará en lo que estorba a venir a tan miserable estado, que es la paciencia? Que pues la cólera en su punto y vistas dos espadas desnudas, una con otra han de herir, o huir; cosa que por tan infame se ha tenido siempre en todas las naciones del mundo; y si con muchos menos trabajo y ejercicios se puede hacer un hombre diestro en la paciencia, que es quien refrena los ímpetus bestiales de la cólera, la potencia de los poderosos, la braveza de los valientes, la descortesía de los soberbios ignorantes y ataja otros mil inconvenientes, ¿por qué no se procurará esto por no llegar a lo otro?

En Italia dicen que la paciencia es manjar de poltrones. Mas esto se entiende de una paciencia viciosa, que el que la profesa por comer, beber y holgar, sufre cosas indignas de imaginar entre hombres. Aquí se trata de la paciencia que acicala y afina las virtudes, y la que asegura la vida, la quietud del ánimo y la paz

del cuerpo; y la que enseña a que no se tenga por injuria la que no lo es ni lleva modo de poderse estimar por tal: que en sólo el uso de esta divina virtud se aprende cómo se han de rechazar los agravios paliados, cómo se han de resistir los descubiertos, qué caso se debe hacer de los que se dicen en ausencia, que es otro yerro notable que anda derramado entre la gente que ni sabe sufrir ni lo quiere aprender, que así se ofenden de un agravio encañado por arcaduces, como de una cuchillada en rostro, como si hubiese alguno en el mundo (por justo que sea) que tenga las ausencias sin alguna calumnia.

Y porque la materia de suyo es algo pesada quiero aligerarla con decir lo que me pasó sirviendo al más desazonado colérico del mundo: porque tras de muchos infortunios que toda mi vida he sufrido, me vine a hallar desacomodado al cabo de mi vejez; de manera que porque no me prendiesen por vagamundo, hube de encomendarme a un amigo mío, Cantor de la Capilla del Obispo (qué éstos todo lo conocen, sino es a sí propios) y él me acomodó por escudero y ayo de un médico y su mujer, tan semejante el uno al otro en la vanidad de valentía y hermosura, que no les quedó que repartir en los vecinos, con los cuales me pasaron lances harto dignos de saberse.

DESCANSO II

Llamábase el Doctor Sagredo, hombre mozo, de muy gentil disposición, algo locuaz, y

aun loco, más colérico y fácil de enojarse que gozque de panadero, presuntuoso y estimador de su persona, y (para que no se echasen a perder dos casas, sino una), casado con una mujer de su misma condición, moza, y muy hermosa, alta de cuerpo, cogida de cintura, delgada y no flaca, derecha de espaldas, el movimiento con mucho donaire, ojos negros y grandes, pestaña larga, briosa, y no muy poco soberbia, vana y presuntuosa.

Llevóme a su casa el buen Doctor, y lo primero que encontramos fué una mula muy flaca en una caballeriza, tan ajustada con ella, que si tuviera alas no pudiera caber dentro. Subimos una escalerilla, y representóseme luego la sala donde estaba la señora doña Mergelina de Aybar, que así se llamaba, a quien yo miré de muy buena gana, que aunque viejo incapaz de semejantes apetitos, por razón y por edad, la miré como a hermosa, que a todos ojos es la hermosura agradable. Dijo el Doctor: Véis aquí a quien habéis de servir, que es mi mujer. Yo le dije: Por cierto que bien merece tan gentil dama a tal galán. Ella respondió, como mujer hermosa e ignorante, o por mejor decir, preguntó: ¿Quién os mete a vos en eso? Señora, dije yo, advierta vuesa merced que cuando la llamé gentil no quise decir que no era cristiana, sino que tenía muy gentil talle y cuerpo. Que bien os entendí, dijo ella, sino que no quiero que nadie se atreva a decirme requiebros. Es la honra del mundo, dijo el Doctor, servidla con gusto y cuidados, que yo os lo pagaré bien. Miré la casa muy despacio, aunque

se podía ver de muy presto, porque no ví en toda ella si no es un espejo muy grande en un poyo muy pequeño de una ventana, y unas redomillas que lo acompañaban, con un cofrecillo pequenuelo: y mirando a un rincón, ví a un montante, con ciertas espadas de esgrima, dagas, y espadas blancas, una rodela, y broquel. Díjome el doctor: ¿Qué os parece de mi recámara? Miradla bien, que en Alcalá era temida aquella espada. No miraba, dije yo, sino a donde estaban los libros, que soy aficionado a ellos. Estos son, dijo, mis Galenos y mis Avicenas, que por la negra y blanca nadie me igualó en Alcalá; y que no se meneó contra mí hombre de noche que no fuese lastimado de mis manos. Luego vuesa merced, dije yo, más aprendió a matar que a sanar. Yo aprendí, respondió él, lo que los demás médicos; y por haber poco que vine de mis estudios no me he reparado de libros, que bien parece en los profesores de las facultades tener cada uno los de la suya. Pero dejemos eso, y llevad a vuestra ama a Misa, que ya es tarde.

Púsose su manto mi señora Doña Mergelina, y llevéla, o acompañéla hasta San Andrés, que vivían en la Morería vieja, y en el camino (como es costumbre), muchos de los que la topaban le decían alguna cosa de su buen talle y rostro: a lo cual ella respondía tan aceleradamente que todos iban disgustados de sus respuestas. Yo le decía: Mire, señora, que ya que no responda bien, a lo menos tiene obligación de callar como mujer principal, que en el silencio no puede haber que notar.

No soy yo mujer, decía ella, a quien nadie ha de perder el respeto. Si alguno le decía que era muy hermosa, ella le decía: Y él hermoso majadero. Díjole un día un mozalvillo, no de mal talle: Así se me tornen la pulgas en la cama; a lo cual muy de propósito respondió: Debe dormir en alguna zahurda de lechón. Era tan descortés y sacudida, que todos lo iban de sus respuestas, y ella lo quedaba de mis reprehensiones. A cierto clérigo de San Andrés, pequeño de cuerpo y grande de ánimo, conocido mío, que yendo muy pulido con una sobrepelelliz muy blanca, porque le dijo que no se saliese de casa a hacer el oficio de la muerte, le replicó: También habla el escarabajo hinchado, que con aquel sacudimiento tenía mucho donaire y gusto en cualquiera materia.

Yo, entre muchas veces que la reprendí su vanidad, me arrojé una a decirle todo lo que me pareció, que aunque ella estaba confiada en su parecer, quise ver si podía enmendarla con el mío, y la dije: Vuesa merced usa de su hermosura lo peor del mundo; porque pudiendo ser querida y loada de cuantos andan en él, quiere ser aborrecida de todos: quien dice hermosura, dice afabilidad, dulzura, suavidad de condición y trato, y mezclándola con soberbia y desapacibilidad, se viene a convertir en odio lo que había de ser amor; que don tan excelente como la hermosura, concedido por merced de Dios, es razón que tenga alguna correspondencia con el ánimo, que si no parece lo uno a lo otro, arguye mal entendimiento o poco agradecimiento a la merced que Dios ha-

ce a quien lo da. Hermosura con mala condición, es una fuente clarísima que tiene por guarda una víbora, y es sobrescrito y carta de recomendación, que en abriéndola tiene un demonio dentro. ¿Hay en el mundo quien quiera ser aborrecido? ¿Hay quien quiera ser estimado en poso? No por cierto. Pues quien tiene consigo porque le amen y estimen, ¿por qué quiere que le aborrezcan y menosprecien? ¿Es por fuerza que la hermosura ha de estar acompañada con vanidad, desdorada con ignorancia y conservada con locura? ¿Por qué cuando se mira vuesa merced al espejo no procura que lo interior se parezca al exterior? Pues adviértote que suele el tiempo, y aun Dios, castigar de manera las vanidades, que los montes se allanan, y las torres vienen al suelo. ¿Cuántas hermosuras se han visto y ven cada día en esta máquina o ejemplo del mundo rendidas a mil desdichas y calamidades, por faltarles el gobierno y cordura? Que aunque la hermosura el tiempo que dura es querida y estimada, en marchitándose no le queda otra prenda sino las que granjeó, y el crédito y amistades que a fuerza de buen término conquistó, cuando estaba en su fuerza y vigor. Y es el mundo de tan baja condición, que a nadie acaricia por lo que tuvo, sino por lo que tiene. ¿Qué hermosura se ha visto que no se estrague con el tiempo? ¿Qué vanidad que no venga a dar en mil bajos? ¿Qué estimación propia que no padezca mil azares? Cierto, que fuera bien que como hay para las mujeres maestros de danzar y bailar, los hubiese también de desengaño, y que

como se enseña el movimiento del cuerpo, se enseñase la constancia del ánimo. Yo digo y aún aconsejo a vuesa merced, lo que como hombre de experiencia me parece que es razón, y lleva camino. Mire no la castigue su presunción y demasiada estimación de su persona.

Estas y otras muchas cosas le dije, y decía cada día; pero ella se estuvo siempre en sus trece, y quien no admite consejo para escarmentar en cabeza ajena, serále forzoso escarmentar en la suya, por seguir las inclinaciones propias, como sucedió a la señora Doña Mergelina, teniendo las suyas por ley, y al tiempo por verdugo de ellas, desta manera.

Venía casi todas las noches a visitarme un mocito barbero, conocido mío, que tenía bonita voz y garganta: traía consigo una guitarra con que, sentado al umbral de la puerta, cantaba algunas tonadillas, a que yo llevaba un mal contrabajo; pero bien concertada (que no hay dos voces que si se entonan y cantan verdad no parezcan bien), de manera que con el concierto y la voz del mozo, que era razonable, juntábamos la vecindad a oír nuestra armonía. El mozuelo tañía siempre la guitarra, no tanto por mostrar lo que sabía, como por rascarse con el movimiento las muñecas de las manos, que tenía llenas de sarna perruna. Mi ama se ponía siempre a escuchar la música en el corredorcillo, y el Doctor, como venía cansado de hacer sus visitas (aunque tenía pocas), no reparaba en la música ni el cuidado con que su mujer se ponía a oírla.

Como el mozuelo era continúa todas las no-

ches en venir a cantar, si alguna faltaba, mi ama lo echaba de menos, y preguntaba por él, con alguna demostración de gustar de su voz. Vino a parecerle tan bien el cantar, que cuando el mozuelo subía un punto de voz, ella bajaba otro de gravedad, hasta llegar a los umbrales de la puerta para oírle más cerca las consonancias; que la música instrumental de sala, tanto más tiene de dulzura y suavidad, cuanto menos de vocería y ruido, que como el juez, que es el oído, está muy cerca, percibe el mejor y más atentamente las especies que envía al alma, formadas con el aplauso de la media voz.

El mozuelo dejó de venir cinco o seis noches, por no sé qué remedio que tomaba para curarse, y en las cosas que son muy ordinarias, en faltando hacen mucha falta: y así mi ama cada noche preguntaba por él. Yo les respondí, más por cortesía que por falta que le hiciese: Señora, este mozuelo es oficial de un barbero, y como sirve, no puede estar muy desocupado: fuera de que ahora se está curando un poquillo de sarna que tiene. ¿Qué hacéis, dijo ella, de aniquilarle y disminuirle mozuelo barbero? ¿Sarna? pues a fe que no falta quien con todas esas que vos le ponéis, le quiera bien. Bien puede ser, dije yo; que el pobrecillo es humilde y fácil para lo que le quieren mandar; y cierto que muchas veces le guardo yo de mi ración un bocadillo que cene, porque no todas veces ha cenado. En verdad, dijo ella, que a tan bueno obra os ayude yo: y desde allí adelante siempre le tenía guardado un regalillo todas las noches que venía: una de las cuales entró

quejándose, porque de una ventana le habían arrojado no sé qué desapacible a las narices: a las quejas suyas salió mi ama al corredor; y bajó al patio, estándose limpiando al mozuelo, y con grande piedad le ayudó a limpiar, y sahumó con una pastilla, echando mil maldiciones a quien tal le había parado.

Fuése el mozuelo con su trabajo, sintiéndolo la señora doña Mergelina, tan llena de cólera como de piedad, y con harta más demostración de lo que yo quisiera, loando la paciencia del mozuelo y agravando la culpa de quien le había salpicado con tanto extremo, que me obligó a preguntarle por qué lo sentía tanto, siendo sucedido inadvertidamente y sin malicia. A que me respondió: ¿No queréis que sienta ofensa hecha a un corderillo como éste? ¿A una paloma sin hiel, a un mocito tan humilde y apacible, que aun quejarse no sabe de la cosa tan mal hecha? Cierto que quisiera ser hombre en este punto para vengarle, y luego mujer para regalarle y acariciarle. Señora, le dije yo, ¿qué novedad es esta? ¿Qué mudanza de rigor en blandura? ¿De cuando acá piadosa? ¿De cuándo acá sensible? ¿De cuándo acá blanda y amorosa? Desde que vos, respondió ella, vinistéis a mi casa, que trujisteis este veneno envuelto en una guitarra, desde que me reprendisteis mis desdenes, desde que viendo mi bronca y áspera condición, quise ver si podía quedar en un medio lícito y honesto, y he venido de un extremo a otro: de áspera y desdeñosa, a mansa y amorosa: de desamorado y tibia, a tierna de corazón: de sacudida

y soberbia, a humilde y apacible: de altiva y desvanecida a rendida y sujeta. ¡Oh, pobre de mí, dije yo, que ahora me queda por llenar una carga tan pesada como esta! ¿Qué culpa puedo yo tener en sus acciones de vuesa merced, o qué parte en sus inclinaciones? ¿Hay quien sea superior en voluntades ajenas? ¿Hay quien pueda ser profeta en las cosas que han de suceder a los gustos y apetitos? Pero pues por mí comenzó la culpa, por mí se atajará el daño, porque no venga a ser mayor con hacer que él no vuelva más a esta casa, oirme yo a otra: que si con la ocasión creció lo que yo no pude pensar, con atajarla tornarán las cosas a su principio. No lo digo, dijo ella, por tanto, padre de mi alma, que la culpa la tengo yo, si hay culpa en los actos de voluntad: no os enojéis por mis inadvertencias, que estoy en tiempo de hacer y decir muchas: antes os admirad de las pocas que viéredes y oyéredes en mí; no hagáis lo que habéis dicho, si queréis mi vida, como queréis mi honra: porque estoy en tiempo, que con poca más contradicción, haré algún borrón que tizne mi reputación, y la deje más negra que mi ventura; no estoy para que me desamparéis ni para admitir reprehensión, sino para pedir socorro y ayuda. Bien decíades vos que mi presunción y vanidad habían de caer de su trono; cuanto me podéis repetir y traer a la memoria yo lo doy por dicho, y lo confieso; favorecedme y no me desamparéis en esta ocasión; y no me matéis con decir que os iréis de esta casa.

Y con esto y otras cosas que me dijo, lloro

tan tiernamente, cubriendo el rostro con un lienzo, que por poco fuera menester quien nos consolara a entrambos; y si fué grande la reprehensión que le dí por soberbia, mayor fué el consuelo que le dí por afligida: mas animándome en lo que era más razón, acudiendo a mi obligación, a su consuelo y honra de su casa, le dije con la mayor demostración que pude: ¿Es posible que en tan extraordinaria condición ha podido haber tanta mudanza, y que por ojos tan llenos de hermosura y desdenes hayan salido tan piadosas lágrimas, y que por mejillas tan recatadas haya corrido un licor tan precioso que siendo bastante a enternecer las entrañas de Dios, se haya derramado y echado a mal por un miserable hombre? Y ya que se había de precipitar y arrojarse y desdecir de sí propia, ¿no hiciera elección de una persona de muchas partes y merecimientos? Ya que se rinda quien no podía ser rendida, ¿había de ser una sabandija tan desventurada? Que se rinda la hermosura a la fealdad, la limpieza a la inmundicia y asquerosidad, no sé qué me diga de tal elección y tan abominable gusto. ¡Oh, cuán engañados, dijo ella, están los hombres en pensar que las mujeres se enamoran por elección, ni por gentileza de cuerpo o hermosura de rostro, ni por más o menos partes, grandeza de linaje, soberbia de estado, abundancia de riqueza (trato de lo que verdaderamente es amor); pues para que se desengañen, sepan que en las mujeres el amor es una voluntad continuada que de la vista crece y con la comunicación se cría




y conserva, sin hacer elección de éste ni de aquél, y la que no se guardare de esto, caerá sin duda: de esta continuación ha nacido mi llama, y con ella se ha criado, hasta ser tan grande, que me tiene ciegos los ojos para ver otra cosa, y las orejas cerradas para admitir reprehensión, y la voluntad incapaz de recibir otro sello. Y cuanto más lo deshacéis y aniquiláis, tanto más se enciende la voluntad y el deseo. ¿Por ventura los barberos son de diferente metal que los demás hombres, para que aniquiléis un oficio que tanta merced hace a los hombres en tornarlos de viejos a mozos? ¿Llamáisle sarnoso por unas rascadurillas que tiene en las muñecas que parecen hojas de clavel? ¿No echáis de ver aquella honestidad de rostro? ¿La humildad de sus ojos? ¿La gracia con que mueve aquella voz y garganta? No me le deshagáis, ni reprehendáis mi gusto, que no está para contradecirlo ni rechazarlo. ¡Ojalá, dije yo, fuera pelota que yo la echara y rechazara! Pero pues ha llegado a tan estrecho paso, hará con vuesa merced lo que con mis amigos, que es en la elección aconsejarles lo mejor que sé, y en la determinación ayudarles lo mejor que puedo.

Dijele esto por no desconsolarla hasta que poco a poco fuese perdiendo el cariño, que pudiera traer la ofensa de Dios y de su marido, y con esto me aparté aquella noche de ella, espantándome de ver cuán poderosa es la comunicación y consideración cuán mal hacen los hombres que donde tienen prendas que les due-
la, consienten visitas ordinarias, o comunica-

ciones que duren: y cuánto peor hacen los padres que dan a sus hijas maestros de danzar, o tañer, cantar o bailar; si han de faltar un punto de su presencia, aun es menos daño que no lo sepan: que si han de ser casadas bátales dar gusto a sus maridos, criar sus hijos y gobernar su casa; y si han de ser monjas, apréndanlo en el monasterio; que la razón de estar algunas disgustadas quizás es por haber ya tenido fuera comunicaciones de devociones, que, por honestas que sean, son de hombres y mujeres, sujetos al común orden de naturaleza.

DESCANSO III



El día siguiente vino el mozuelo más temprano de lo que solía, puesto un cuello al uso, como hombre que se veía favorecido por tan gallarda mujer. Sucedió que dentro de tres o cuatro días vinieron a llamar al doctor Sagredo, su marido y mi amo, para ir a curar un caballero extranjero que estaba enfermo en Carabanchel, ofreciéndole mucho interés por la cura de que él recibió mucho contento por el provecho, y ella mucho más por el gusto. Cogió su mula y lacayo, y un braco que siempre le acompañaba, y a las cuatro de la tarde dió con su persona en Carabanchel. Ella, visto la buena ocasión, hízome aderezar de cenar lo mejor que fué posible, regalándome con palabras, y prometiéndome obras, no entendiendo que yo le estorbaría la ejecución de su mal intento: vino el mozuelo al anochecer, y comen-

zando a cantar como solía, ella le dijo que no era lícito, ni parecía bien a la vecindad, estando su marido ausente, cantar a la puerta, y así mandó que entrase más adentro.

Mandó sentar al mozuelo a la mesa, deseando que la cena fuese breve, porque la noche fuese larga; pero apenas se comenzó la cena, cuando entró el braco haciendo mil fiestas a su ama con las narices y la cola. El doctor viene, dijo ella, desdichada de mí, ¿qué haremos, que no puede estar lejos, pues ha llegado el perro?

Yo cogí al mozuelo, púsele en un rincón de la sala, cubriéndolo con una tabla, que había de ser estante para los libros, de suerte que no se podía parecer cuando entró el doctor por la puerta diciendo: ¿Hay bellaquería semejante que envían a llamar a un hombre como yo, y por otra parte llamen a otro médico? Vive Dios, si en años atrás me cogieran, que no se habrían de burlar conmigo. ¿Pues de eso tenéis pena, dijo ella, marido mío? ¿No vale más dormir en vuestra cama y en vuestra quietud, que desvelaros en velar un enfermo? ¿Qué hijos tenéis que os pidan pan? Vengáis muy en hora buena, que aunque pense tener diferente noche, con todo eso me dió el espíritu que había de suceder esto, y así os tuve, por sí o por no, aderezada la cena. ¡Hay tal mujer en el mundo! dijo el doctor; ya me habéis quitado todo el enojo que traía. Váyanse con el diablo ellos y sus dineros, que más aprecio veros contenta que cuanto interés hay en la tierra.

¿Cuántos engaños, dije yo entre mí, hay de estos en el mundo, y cuántas a fuerza de arti-

ficios y bondad fingida se hacen cabezas de sus casas, que merecían tenerlas quitadas de los hombros?

Apeóse de la rucia el doctor, y el lacayo púsola en razón, y fué a su posada con su mujer, que le daban ración y quitación. Sentóse el doctor a cenar muy sin enojo, loando mucho el cuidado de su mujer. El diablo del braco, que por la fuerza que estos animalejos tienen en su olfato, no hacía sino oler la tabla que encubría al mozuelo, rascando y gruñendo de manera que el doctor lo echó de ver, y preguntó: ¿Qué había detrás de la tabla? Yo de presto respondí: Creo que está allí un cuarto de carne.

Tornó el braco a gruñir, y aun a ladrar algo más alto: mi amo lo miró con más cuidado que hasta allí; yo eché de ver el daño que había de suceder si no se remediaba, y conociendo la condición del doctor dí en una buena advertencia, que fué decir que iba por unas aceitunas sevillanas, de que eran muy amigos, y estúveme al pié de la escalerilla esperando su determinación: el braco no dejaba de rascar y ladrar, tanto que mi amo dijo que quería ver por qué perseveraba tanto el perro en ladrar.

Entonces yo púseme en la puerta y comencé a dar voces diciendo: Señor, que me quitan la capa; señor doctor Sagredo, que me capean ladrones. El con su acostumbrada cólera y natural presteza se levantó corriendo y de camino arrebató una espada, poniéndose de dos saltos en la puerta y preguntando por los ladrones; yo le respondí, que como oyeron nom-

brar al doctor Sagredo echaron a huir por la calle arriba como un rayo. El fué luego en seguimiento suyo y ella echó al mozuelo de casa sin capa y sin sombrero, poniendo el cuarto de carne detrás de la tabla, como ya le había dado la advertencia.

Hasta aquí había caminado el negocio; mas el mozuelo iba turbado, lleno de miedo y temblor, que no pudo llegar a la puerta de la calle tan presto que no topase mi amo con él a la vuelta. Aquí fué menester valernos de la presteza en remediar este segundo daño, que tenía más evidencia que el primero, y así antes que él preguntáse cosa, le dije: También han capeado y querido matar a este pobre mocito, y por esto se coló aquí dentro huyendo, que de temor no osa ir a su casa: mire vuesa merced qué lástima tan grande; y como es muy de cólericos la piedad, túvola mi amo del mozuelo, y dijo: No tengáis miedo, que en casa del doctor Sagredo estáis donde nadie os osará ofender. Ofender, dije yo; en oyendo nombrar al doctor Sagredo les nacieron alas en los pies. Yo os aseguro, dijo el doctor, que si los alcanzara; que os había de vengar a vos y a mi escudero de manera que para siempre no capearan más. Mi ama, que estaba allí turbada y temblando en el corredor, como vió tan presto reparado el daño, y vuelta en piedad la que había de ser sangrienta cólera, ayudó a la compasión del marido de muy buena gana, diciendo: ¿Hay lástima como está? No dejéis ir a este pobre mozo, bástenle los tragos en que se ha visto, no le maten esos ladrones. No le

dejaré, dijo el doctor, hasta que le acompañe. ¿Y cómo sucedió esto, gentil hombre? Iba, señor, respondió el mozo, a hacer una sangría por Juan de Vergara, mi amo, a cierta señora del tobillo, y con harto gusto; pero como no duerme este ángel de los pies aguileños, sucedió lo que vuesa merced ha visto. Que no faltará ocasión para hacerla, dijo la señora; sosiéguese ahora, hermano, que en casa del doctor Sagredo está. Subíos acá, dijo el doctor, que en cenando yo os llevaré a vuestra casa. El braco, aunque salió a los ladrones imaginados, no por el ruido dejó de tornar al tema de su tabla, y si antes la había rascado por el mozuelo, entonces lo hacía por la tentación de sus narices contra la carne: mi amo, como vió perseverar al braco, fué a la tabla, y halló el cuarto de carne detrás de la tabla, con que se sosegó, loando mucho el aliento de su perro. Ella, aunque se había librado de esos trances, todavía durando en su intento, me dió a entender que no dejase ir al mozuelo, que era lo que yo más aborrecía.

Cenaron, y el que primero había sido cabecera de mesa, después comió en la mano como gavilán, y no como galán en la mesa, que la fuerza puede más que el gusto. En cenando quiso el doctor llevarlo a su casa, y aunque yo le ayudé, mi ama dijo que no quería que fuese a ponerse en riesgo de topar con los capeadores, especialmente habiendo de pasar por el pasadizo de San Andrés, donde suele haber tantos capeadores retraídos. Y aunque esto, dijo, para vuestro ánimo es poco, será para mí

de mucho daño, porque estoy en sospecha de preñada, y podría sucederme algún accidente o susto que pusiese mi vida en cuidado; que ese mocito podrá dormir con el escudero, que es conocido suyo, y por la mañana irse a su casa. Alto, dijo el doctor, pues vos gustáis de eso, sea en hora buena, yo me quiero acostar que estoy un poco cansado.

Fuéronse a la cama juntos (que siempre llevaba la mujer por delante), aunque como ella vivía con diferentes pensamientos, no dió lugar al sueño hasta que dió en una traza endiablada, que le costó pesadumbre y le pudiera costar la vida. La sala era tan pequeña que desde mi cama a la suya no había cuatro pasos, y cualquiera movimiento que se hacía en la una se sentía en la otra; y así no le pareció bien lo que por allí podía intentar.

La mula era de manera inquieta que en viéndose suelta alborotaba toda la vecindad antes que pudiesen cogerla. Parecióle a la señora doña Mergelina que desatándola podría volver a la cama antes que su marido despertase para ir a ponerla en razón, y en el espacio que se había de gastar en cogerla y trabarla, le tendría ella para destrabar su persona.

Y como las mujeres son fáciles en sus determinaciones, en sintiendo al marido dormido, levantóse paso a paso de la cama y yendo a la caballeriza desató la mula, entendiendo que podía volver a la cama antes que la mula hiciese ruido y el marido despertase, con que tendría lugar para ejecutar su intento. Pero

parece que la mula y él se concertaron: la mula en salir presto de la caballeriza haciendo ruido con los piés, y él sentirlo tan presto que se levantó en un instante de la cama, dando al diablo a la mula y a quien se la había vendido; y si no se entrara la mujer en la caballeriza, topara con ella el marido. El cogió una muy gentil vara de membrillo y pególe a la mula, que huyendo a su estrecha caballeriza, apenas cupiera, por la huéspedada que había dentro. Ella no tuvo donde encubrirse por la estrechez sino con la misma mula, de suerte que alcanzó, como la vara era cimbreña, gran parte de los muchos varazos que le dió con los tercios postreros en aquellas blancas y regaladas carnes.

Yo estaba en la escalera como si aguardara al verdugo que me echara de ella, turbado y sin consejo, porque veía lo que pasaba y sin poder remediarlo. El braco, sintiendo el ruido y oliendo carne nueva en mi cama, comenzó a darle buenos mordiscos al mozuelo y a ladrarle, de suerte que la mujer en manos del marido, y el mozuelo en los dientes del braco, pagaron lo que aún no habían cometido. Yo viendo la ejecución de su cólera, sin saber lo que hacía, le dije: Mire vuesa merced lo que hace, que cuantos palos da en la mula los da en el rostro de mi señora, que la quiere de manera por andar vuesa merced en ella, que no consiente que la toque el sol. Agradeced señora mula lo que me han dicho de vuestra ama, que hasta mañana os estuviera pegando. ¿Hay con qué trabar esta mula? Yo respondí: En

ese corralillo hallará vuesa merced una soguilla, que yo estoy con un dolorcillo de ijada, que no me atrevo a salir. Así como fué por ella, púseme a la puerta, haciendo pala a la señora, y subióse a su cama callando, aunque lastimada. Yo (como siempre procuré que no llegase la ofensa a ejecución), aunque no iba con mucho gusto para ello; en saliendo el doctor le tomé la soguilla, y enviélo a la cama. Trabé la mula, y subíme a reposar a la mía, donde hallé al mozuelo quejándose del braco, y a ella en la suya llorando tiernamente; y preguntándole el marido la causa respondió muy enojada: Vuestras cóleras y arrebatamientos, que como fué tan de repente os alborotastes y yo estaba en lo mejor del sueño, y sobresaltada y despavorida, caía detrás de la cama y dí con el rostro en mil baratijas que estaban aquí, con que me he lastimado muy bien. Sosególa el marido lo mejor que pudo, y pudo muy bien, porque las mujeres honradas cuando tropiezan y no caen en el yerro, caen en la cuenta, que habiendo de ser muy estrecha, es de perdones, y como vió que a las tres va la vencida y ella lo quedó saliendo mal de ellas, no quiso probar la cuarta.

Al mozuelo, con los peligros y los dientes del braco se le quitó el poco amor y desvanecimiento como con la mano.

DESCANSO IV

Como toda la noche hasta allí había sido tan inquieta y llena de disgustos, pesadumbres y alteraciones, efectos propios de semejantes devaneos, fundados en deshonor, ofensa y pe-

cado, lo que hasta la mañana quedaba se durmió tan profundamente, que siendo yo de poquísimo sueño no despesté hasta que por la mañana dieron golpes a la puerta, llamando al Doctor para cierta visita muy necesaria.

Alcé el rostro y ví que el sol visitaba ya mi aposento, que en mi vida le miré de más mala gana, y llamando al lastimado mozuelo, que más parecía embelesado que dormido, y hallándolo con determinación de no tornar a las burlas pasadas, le dije: Pues el mayor peligro queda por pasar, si no vivís con cuidado y recato, que aunque es verdad que vos actualmente no habéis hecho ofensa en esta casa, y los deseos, ya que manchan la conciencia, no estragan la honra, con todo eso, para la reputación de ella y la seguridad vuestra, importa guardar el secreto, que como muchacho de poca experiencia podiades revelar pareciéndoos que son lances muy dignos de saberse, y que diciéndolos por cifras no se entenderían, que es un engaño en que caen todos los habladores, pues adviértoos que no os va menos que la vida en saber callar, o la muerte en querer hablar. Ningún delito se ha cometido por callar, y por hablar se cometen cada día muchos: el hablar es de todos los hombres, y el callar es de solos los discretos: yo creo que cuantas muertes se hacen sin saber los autores, nacen de ofensas de la lengua: guardar el secreto es virtud, y al que no le guarda por virtuoso, le hacen que le guarde por peligroso: el callar a tiempo es muy alabado, porque lo contrario es muy aborrecido: hablar lo que se ha de callar, nos precipita en el peligro y en la muerte,

y lo contrario asegura el daño, y preserva la vida y quietud. Nadie se ha visto reventar por guardar el secreto, ni ahogado por tragar lo que va a decir: las abejas pican a su gusto; pero dejan el aguijón y la vida, y a los que dicen el secreto que les importa callar, les sucede lo mismo. Y en resolución el callar es excelentísima virtud, y tan estimada entre los hombres, que de la suerte que se admiran de ver hablar bien a un papagayo que no lo sabía, se admiran de ver callar a un hombre que sabe hablar. Y para no cansaros más, si no calláredes por que es razón, callaréis por el peligro en que os ponéis, tratando de la honra de un hombre tan valiente como el Doctor.

Con estas y otra muchas cosas que le dije, lo envié a su casa con más temor que amor, o más temeroso que enamorado. El doctor se vistió tan de priesa que no tuvo lugar de mirar el señalado rostro de su mujer, que lo primero que hizo antes de vestirse, y sin aguardar a poner los pies en las mulillas, fué a mirarse al espejo; y viéndose el sobrescrito con algunos borrones, lo sintió de manera, que en muchos días no se quitó del rostro un rebozo, que como era tan apacible y suave, parecía más que lo traía por gala, que por necesidad.

En estando para poderla hablar me llegué a donde estaba aderezándose el temeroso rostro, y lastimándome de los muchos cardenales que le alcancé a ver (que en personas muy blancas, de cualquier accidente se hacen), le dije, con la mayor blandura que pude y supe: ¿Qué la parece de su buena ventura? Que tal lo ha sido, pues en cuantas veces la ha proba-



do, la ha guardado de que los pensamientos no viniesen a la ejecución de las obras, para que su honra (ya que ha estado para despeñarse) quedase salva en un aprieto tan grande, que arrojándose con tan determinada voluntad, le ha puesto tantos impedimentos para la caída, y tantas ayudas para el arrepentimiento. ¿Si cayera en un río muy hondo, y saliera sin mojarse la ropa, no lo tuviera á milagro, y cosa nunca vista? ¿Si se arrojara entre mil espadas desnudas sin salir herida, no le parecería obra de la mano de Dios? Pues crea, y tenga por cierto, que ha sido de tanta evidencia la misericordia divina, usada con vuesa merced y con su marido, pues de su misma voluntad la ha librado, que la más poderosa fuerza que hay con nosotros, es la voluntad propia; ella nos rinde, y hace al entendimiento tan esclavo que no le deja libertad para conocer la razón, o a lo menos para volver por ella; pues la voluntad depravada rindió un pecho tan libre, ella misma con el arrepentimiento y la razón le han de volver a su libertad. El arrepentirse, y volver sobre sí, es de ánimos valerosos: el escarmiento nos hace recatados, como la determinación arrojadizos. Cuando la voluntad nos arroja con atrevimiento, el mal suceso lo remedia con temor: mejor es arrepentirse temprano que llorar tarde. Un mal principio arrojado, mejora el medio, y asegura el fin; más vale, considerando este mal suceso, detenerse, que perseverando, esperar que se mejore. ¡Dichoso aquel a quien le viene el escarmiento antes que el daño! Los malos intentos al principio errados, engendran recato para los venide-

ros: quien no yerra no tiene de qué enmendarse; más quien yerra, tiene en qué mejorarse: que Dios juzgó por mejor que hubiese males, porque les siguiesen los arrepentimientos, que tener el mundo sin ellos; que más grandeza suya es sacar de los males bienes, que conservar el mundo sin males. ¡Ojalá cuantos males se cometen tuviesen tan ruines principios como este! Que los males serían menores por el escarmiento. Vuesa merced vuelva en sí, estimando su hermosura, igualmente con su honra, que este daño tengo yo atajado y le atajaré más.

A todas estas cosas que yo le decía, estuvo destilando unas lágrimas tan honestas y vergonzosas por las rosadas mejillas, que enternecieron al más tirano ejecutor del mundo. Mas alzando el temeroso rostro, después de haberse enjugado con un lienzo la humedad que lo había bañado, con voz un poco baja me dijo lo siguiente: Quisiera que fuera posible sacarme el corazón y ponerle en vuestras manos para que se viera el efecto que ha hecho en él vuestra justa reprehensión, y fuera para mí algún descuento de mis desdichas, si me creyéades como os he creído, no sólo para admitir el consejo sino para obedecerlo y ponerlo en ejecución: que quien oye de buena gana, enmendaráse si quiere.

No digo que totalmente estoy fuera del caso, que como estos accidentes tienen su asiento en el alma, no pueden desampararla tan presto; pero como el amor y desamor nunca paran en el medio, porque en el modo de engañarse van por una misma senda, así yo voy pasando

do un extremo a otro; porque después que me ví acardenalada, y lastimado el rostro por quien tanta honra me hace todo el mundo, se me ha revestido un odio mortal contra quien ha sido la causa de ello.

Fuera de lo que esta noche, en lo poco que mis ojos descansaron, soñé que estando cogiendo una hermosa y olorosa manzana del mismo árbol, al tiempo que con los dedos la apreté, salió de ella mucho humo, y una culebra tan grande, que me dió dos vueltas al cuerpo por la parte del corazón, y me apretaba tanto, que pensé morir: y como ninguno de los circunstantes se atreviese a quitármela, un hombre anciano llegó y la mató con sola su saliva, echada en la cabeza de la culebra, y que al punto cayó muerta dejándome libre y despierta del sueño. Y haciendo reflexión sobre él, a pocas vueltas le dí alcance, de modo, que con los malos principios y la buena consideración vine a cobrar mi honra y vida, y a tener mi corazón en el extremo de odio que tenía de amor por vuestros buenos y saludables consejos. Por donde, si hasta aquí habéis sido mi escudero, de aquí en adelante seáis mi padre y consejero: y si alguna cosa habéis visto en mí que sea en vuestros ojos agradable, por ella os pido y ruego que no me dejéis ni desamparéis en esta ocasión, ni en todo el restante que os queda de vida, que el amor que yo tengo a vuestra persona es tan grande como el cuidado que vos habéis tenido con mi honra: el **desengaño** me ha cogido antes que el gusto me asalariase; aunque la voluntad se dobló, la honra que-

dó en pié. Si el consentimiento fuera obra, yo confesara mi flaqueza por infamia: quien tiene aliento para asirse tropezando, también lo tendrá para levantarse cayendo: quien se arrepiente cerca está de la enmienda: ni me desanima por tierna ni me acobardo por derribada. Si está en mí quien pudo derribarme, ¿por qué no lo estará para levantarme? Sin consejo me rendí, pero con él tengo de librarme. Si me dejé llevar sin persuasión ajena, ¿por qué no volveré en mí por la vuestra? Para caer fui sola y para levantarme somos vos y yo: más agradece el enfermo la medicina que e cura, que no el consejo que le preserva. ¿No admití primero vuestro saludable consejo, y ahora me rindo al cautiverio de vuestra medicina? Al enfermo que no se ayuda no le aprovechan los remedios: mas al que se esfuerza y vuelve en sí, todo le ayuda y alienta. La caridad ha de comenzar por sí propio. Si yo no me quiero a mí bien, ¿qué importa que me quiera quien no está en mí? Si yo aborrezco la salud, en vano trabaja quien me la procura. Mas si yo deseo convalecer, la mitad del camino tengo andado. Quien obedece al consejo, acertar desea: y quien no replica a la reprehensión, no está lejos de convertirse. Cuando la culebra despide el pellejo, renovarle quiere: no hay más cierta señal para venir el fruto, que caerse la flor; ni mayores muestras de arrepentimiento que aborrecer el daño y conocer el desengaño. Yo le conozco, padre de mi alma, y estoy con deseo de levantarme, y determinación de no tornar a caer: ayudadme con vuestro consejo y consuelo, para que vuelva en mí, cobre

lo perdido, y remedie lo pasado, me anime en lo presente, y arme para lo venidero.

Más iba a decir la hermosa escarmentada, sino que por llamar el marido a la puerta fué necesario dejar la más que apacible disculpa, o enmienda. Entró el Doctor, y ella se fingió de la enojada, cubriéndose el lastimado aunque bello rostro, haciendo algunos milindres fingidos, para que la desenojase, que amándola tan tiernamente, fácil éra el hacerlo. Vióle el rostro, y sintiolo mucho más que ella, y después de haberse blandamente disculpado, le dijo: Amiga, sacaos un poco de sangre. ¿Para qué, dije yo, se ha de sangrar? Respondió el Doctor: Por la caída. ¿Pues cayó, pregunté yo, de la torre de San Salvador, para que se saque la sangre? Sabéis poco dijo el doctor, que de aquella contusión del lapso, habiéndose removido las partes hipocóndricas y renes, podría sobrevenir un *profluvium sanguinis* irreparable, y del livor del rostro quedar una cicatriz perpetua. Y luego, dije yo, vendrá el arturo meridional o circunferencia metafísica del vegetativo corporal, y evacuarse la sangre del hepate. ¿Qué decís, dijo el Doctor, que no os entiendo? ¿No me entiende?, dije yo; pues menos entiende su mujer a vuesa mercé, que para decir que del golpe de la caída puede venir algún flujo de sangre, y quedar señal en el rostro, se han de decir tantas pedanterías: contusión, lapso, hipocondrios, profluvio, cicatriz, livor. Póngase un poco de bálsamo o unguento blanco, o zumo de hoja de rábano y riase de lo demás. Y aun creo que es lo me-

por, dijo ella riendo, mas es lo peor que se me ha quitado la gana de comer. Poneos, dijo el Doctor, unos absintios en la boca del ventrículo, y echaos un clister; que con esto y una fricción en las partes inferiores, junto con la exoneración del ventrículo cesará todo eso. Otra vez dije yo: ¿Qué no se podría acabar con los médicos mozos que hablen en un lenguaje que no los entiendan? Pues qué, ¿queréis vos, dijo el Doctor, que hablen los hombres doctos como los ignorantes? Cuanto a la substancia, dije yo, no por cierto; pero en cuanto al lenguaje, ¿por qué no hablarán como los entiendan? Al conde de Lemos, Don Pedro de Castro, el de las grandes fuerzas, yendo a visitar su estado de Galicia, como era tan grande y grueso, y muy bebedor de agua, del cansancio del camino le dió una enfermedad que los médicos llaman hemorroides; y como no iba preparado de médico, díjole el Diego de Osma: Aquí hay uno que desea tomar el pulso a V. S., días ha. Pues llamadle, dijo el Conde; y vistiéndose un ropa muy raída, entre azul y negra, y una sortija que parecía remate de un asador, entró por la sala donde estaba el conde diciendo: Beso las manos a S. S., y el Conde: Vengáis en hora buena, Doctor. Prosiguió el médico: Dícneme que su señoría está malo del orificio. El Conde, que tenía extremado gusto de bueno, conocióle luego, y preguntóle: ¿Doctor, ¿qué quiere decir orificio, platero de oro, o qué? Señor, dijo el Doctor; orificio es aquella parte por donde se inundan, exoneran y expelen las inmundicias interiores que restan de la decocción del mante-

nimiento. Declaraos más, Doctor, que no os entiendo, dijo el Conde: y el médico: Señor, orificio se dice de *os, oris, y facio facis, quasi os faciens*; porque como tenemos una boca general por donde entre el mantenimiento, tenemos otra por donde sale el residuo. El conde, aunque enfermo, pereciendo de risa, le dijo: Pues de este modo se llama en castellano (nombrándolo por su nombre): andad, que no sois buen médico, que lo echáis todo en retórica vana.

De manera, que por donde pensó acreditar-se con el Conde, se echó a perder; él se fué corrido, y el Conde quedó de manera riendo que hacía temblar la cama y aún la sala: yo creo cierto que es alivio para los enfermos que el médico hable en lenguaje que le entiendan, para no poner en cuidado al paciente.

Tienen, fuera de esto, obligación de ser dulces y afables, de semblante alegre, y de palabras amorosas; es bien que les digan algunos donaires y cuentecillos breves, con que los alegren, sean corteses, limpios y olorosos: acaricien tanto al enfermo, que parezcan que sola aquella visita es la que le da cuidado: miren si tiene bien hecha la cama, con aseo y limpieza, y hagan lo que el Doctor Luis del Valle, que a todos, juntamente con hacerles sacramentar, los alienta con darles buenas esperanzas de salud; que hay algunos tan ignorantes en la buena política y trato, que sin estar una persona enferma, por encarecer su trabajo y subir su ganancia, dicen al enfermo que está peligroso, para que lo esté de veras: y es bien

que, pues se tienen por ministros de naturaleza, lo sean en todo.

No digo mil descuidos que hay en el conocimiento de las enfermedades y en la aplicación de las medicinas. Es muy de médicos viejos, dijo mi amo, andar tan de espacio como vos queréis, y en mirar esas niñerías; ya los neotéricos vamos por otro camino, que para lo que es curar tenemos el método de purgar y sangrar, con algunos remedios empíricos de que nos valemos. Y aun por eso, dije yo, huyo de curarme con médicos mozos; porque un amigo mío, que lo era en edad y en experiencia, muy gentil estudiante, habiéndose acreditado conmigo en ciertos aforismos de Hipócrates, que se sabía de memoria, traídos en buena ocasión, y pronunciados a lo melindroso, me entregué en sus manos la primera vez que me dió la gota, de las cuales salí con veinte y dos sudores y unciones, y me las estuviera dando hasta ahora, si yo propio no me hallara el pulso con intercadencias; y con decir que habíamos errado la cura (como si yo también la hubiera errado) me dejó, y se apartó de mí confuso y corrido: mas yo, con la recia complexión que tengo, y con gobernarme bien, en convaleciendo me encontré con él en la plazuela del Angel, cara a cara, la suya de color de pimiento, y la mía de gualda, y me hube con él de manera que salió de mi lengua peor que yo de sus manos. Los grandes médicos que yo he conocido y conozco, en llegando al enfermo, procuran con gran cuidado saber el origen, causa y estado de la enfermedad, y el humor

predominante del paciente, para no curar al colérico como al flemático, y al sanguíneo como al melancólico: y aun si es posible (aunque no hay ciencia de particulares) saber la calidad oculta del enfermo, y de esta manera se acierta la cura, y se acreditan los médicos. No he visto en mi vida, dijo el Doctor, escudero tan licenciado. Pues más tengo de licenciado, dije yo, porque en viendo una verdad desamparada, me arrojo en su ayuda con la vida y el alma. ¿Qué sabéis vos de intercadencias? dijo el Doctor; ¿qué señales tenéis de gota, pues os habéis escapado de lo uno, y no padecéis de lo otro? Las intercadencias, respondí yo, otras veces las he tenido, que me he visto con enfermedades apretadas; pero no me he desanimado, antes a un médico mozo, y muy galán, que me curó en Málaga, le animé, porque se turbó hallándomelas en el pulso (que en esto yo fui médico y él paciente); y aunque me digan que es calidad propia, de mi pulso, ellas tienen todas las partes de intercadencias. Y habiéndome escapado de esta ardentísima fiebre, de que me curé con un cántaro de agua fría que me eché a los pechos, me quedaron unas grandísimas ventosidades, para lo cual me dió un remedio un tudesco, que si yo le guardara hicieran tanta burla de mí los muchachos como yo hice de él; porque a un hombre colérico y nacido en región cálida, le mandó que en toda su vida no bebiese gota de agua, y de la gota me perservó un consejo de Cicerón, que dice que la verdadera salud consiste en usar de los mantenimientos que aprovechan y huir de los que nos dañan; no uso de mantenimien-

tos húmedos, no bebo entre comida y comida, no ceno, bebo agua y no vino, hago todas las mañanas una fabricación antes de levantarme de la cama con grande vehemencia, desde la cabeza, discurriendo por todos los miembros hasta los piés, y cuando me siento cargado hago un vómito; con esto, y la templanza en otras cosas, me preservo de la gota. Perdóneme V. S. I. si le canso con estas niñerías que me pasaron con este médico, que las digo porque quizá encontrará con ellas alguno a quien aprovechen.

Díjome el doctor entonces: Por vuestra vida que me digáis si habéis estudiado, y a dónde, que procedéis con tan buena gracia en todo, que me habéis aficionado de manera, que si fuera un gran príncipe no os apartara de mi lado un punto. Lo mismo, dijo ella, os ruego yo, padre de mi vida, y así os la dé Dios muy larga, que no déis cuenta de vuestra vida, -que vos procedéis de modo que será grandísimo entretenimiento al Doctor por el entendimiento, y a mí por la voluntad. Contar desdichas, dije yo, no es bueno para muchas veces: acordarse de infelicidades el que está caído puede traerlo a desesperación. Una diferencia hay entre la prosperidad y la adversidad: que la memoria de las desdichas en la adversidad entristece más; pero en la prosperidad aumenta el gusto. No se le ha de pedir al que todavía está en miserias, que cuente las que ha pasado; porque es renovarle la llaga que ya se iba cerrando, con traerle a la memoria lo que desea olvidar. El que se ha escapado de la tormenta no se contenta sólo con verse fuera de ella, sino con besar la tierra; pero el que está todavía padecien-

do el naufragio, solamente se acuerda de lo presente, que solicita el remedio; porque aunque yo tengo condición de pobre, tengo ánimo de rico, y si no me desanimo por caído, no tengo de qué animarme por levantado; y no son mis trabajos para contados muchas veces.

DESCANSO V

Mas como la privación puede tanto con las mujeres, por el mismo caso que yo rehusaba, mi ama procuraba más que lo dijese, que como tenía pecho noble y le parecía que la tenía obligada en alguna manera, sacaba fuerzas de flaqueza y buscaba modos cómo darme a entender que estaba de mí agradecidísima. Que esta diferencia hace un pecho liso y sencillo, a uno de mala raza y cosecha, que el bueno aun el bien imaginado agradece, mas el bronco y desabrido no solamente no agradece, pero busca modos cómo desagradecer el bien recibido: pero cuanto más mi ama se esforzaba por dar a entender su agradecimiento, tanto más me ofendía yo en que pensase en que había hecho algo en servirla, que el saber flaquezas ajenas, que o todos las cometemos o estamos naturalmente dispuestos a ello, no ha de ser parte para estimar en menos a aquellos de quien las sabemos: saber el secreto ajeno o es acaso, o por confianza que han de nosotros; y si es por confianza, ya entra en guardarle la reputación del que lo sabe.

Encubrir faltas ajenas es de ángeles, y des-



cubrirlas es de perros que ladran cuando más dañan. Querer saber secretos ajenos, nace de pechos sin merecimientos, que lo que no pueden merecer por sí, quieren merecerlo a costa ajena; quien quiere saber faltas ajenas, quiere estar mal con todo el mundo, y que se publiquen las suyas. ¡Dichosos aquellos a cuya noticia no han llegado las faltas ajenas, que ni ofenderán ni serán ofendidos! Hay algunos ánimos fuera del orden natural, que les parece que han alcanzado una gran joya cuando saben alguna falta de su prójimo: pues no se persuada a entender quien tiene tan abominable costumbre, que no hay contratretas para semejantes desafueros, que todos traen el castigo por sombra; y no hay mala intención que no tenga su semejante o peor. Un fraile, aunque no muy docto, bien intencionado, preguntando en un escrutinio si sabía faltas o descuidos de sus compañeros, respondió que no, porque si las había oído no había reparado en ellas, o las había dejado olvidar, y si venían por relación, no las había oído o no las había creído. Y otro, habiendo desacreditado a todos los compañeros, por acreditarse en el escrutinio, salió más culpado que todos.

Este almacén de palabras he traído para decir el recelo que mi ama debía tener, pareciéndole que podía revelar su secreto, o que lo menos le quería tener, como dicen, el pié sobre el pescuezo, y así, prosiguiendo en su intento, dijo, que por buen término y trato, quisiera perpetuarme en su casa, para tenerme en lugar de su padre, queriéndome casar con una parienta

suya, doncella y de muy buena gracia y de poca edad; y declarándose con su marido y conmigo, encareciendo la bondad y virtud de la moza y cuán bien estaría para el regalo de mi vejez casarme con ella, yo le dije: Señora, no haré eso por todas las cosas del mundo, porque quien se casa viejo, presto da el pellejo: y riéndose ella, proseguí diciendo que en Italia traen un refrancete a este modo, que el que se casa viejo tiene el mal del cabrito, o que se muere presto, o viene a ser cabrón. ¡Jesús! dijo mi ama, ¿pues eso ha de imaginar un hombre tan honrado como vos? Señora, dije yo, lo que veo y he visto siempre es que al viejo que se casa con una moza todos los miembros del cuerpo se le van consumiendo, si no es la frente que le crece más. Las mozas son alegres de corazón, y regocijadas en compañía, andan siempre jugando y saltando como ciervas, y los maridos como ciervos, siendo viejos. No es tan perseguida la liebre de los galgos, como la mujer del viejo de los paseantes: no hay mozo en todo el lugar que no sea su pariente, ni vieja rezadera que no sea su conocida: en todas las iglesias tiene devociones, o por huir del marido, o por visitar las comadres: si es pobre el marido, se anda quejando de él: si es rico, a pocas vueltas le deja como el invierno a la cornicabra, con sólo el fruto en la frente. He rehusado en mi mocedad tomar esa carga sobre mis hombros, ¿y la había de tomar ahora sobre mi cabeza? Dios me guarde mi juicio, bien me estoy solo; ya me sé gobernar con la soledad, no quiero entrar en nuevos cuidados, a fuera consejos vanos.

A todo esto el doctor estaba pereciendo de risa, y su mujer pensando en la réplica que había de hacer; y así con muy grande donaire y desenvoltura, dijo a su marido y a mí: Cada día vemos cosas nuevas, bien es vivir para experimentar condiciones: el primer viejo sois que he visto y oído decir que haya rehusado casamiento de niña; todos apetecen la compañía de sangre nueva para conservación de la suya: los árboles viejos, con un injerto nuevo los remozan: a las plantas, porque no se hielen, les ponen abrigo: la palma, si no tiene junto a sí su compañera, no lleva fruta; la soledad ¿qué bien puede traer sino melancolía y aun desesperación? Todos los animales racionales y brutos apetecen la compañía. No seáis como aquel bestial filósofo, que habiéndole preguntado cuál era buena edad para casarse, respondió, que cuando era mozo, era temprano, y cuando viejo, tarde. Mirad que, fuera de ser para mí grande gusto, para vuestra comodidad es bien vivir con abrigo.

Yo confieso, le dije, que tan elegantes razones, dichas con tanta gracia y estilo, persuadirán a cualquiera que no estuviera con tanta experiencia de las cosas del mundo y tan hecho a la soledad como yo; pero verdades tan apuradas no admiten persuasiones retóricas, porque casarse un viejo con una muchacha, si ella es como debe ser, es dejar hijos huérfanos y pobres y en pocos años venir a ser entrambos de una misma edad, porque naturaleza va siempre tras su conservación, y el viejo conserva la suya, consumiendo la juventud de la pobre mu-

chacha, y si no es de esta suerte, tiene puestos los ojos en lo que ha de heredar, y la voluntad e intención en el marido que ha de escoger. Mas ¿qué tal pareciera yo con mis blancas canas junto a una niña rubia y blanca, bien puesta y hermosa, que cuando alzara los ojos a mirarme el copete lo viera más liso que el carcañal, las entradas como el colodrillo de la ocasión, la barba más crespa y cana que la del Cid?

Eso no os dé pena, dijo ella, que Juan de Vergara tiene una tinta tan negra y fina, que a cuantos hombres y mujeres entran en su casa con canas, los pone de manera que a la salida no los conocen. Ni aun ellos propios se conocen a sí mismos, dije yo, con un engaño como ese, y creo cierto que nace esta flaqueza de no conocer nuestra hechura, porque disfrazar y entretener las canas, no sé de qué sirve, sino de una ocupación de zurradores, que no rehusan traer las manos como ébano de Portugal. Y realmente los que lo hacen tienen tanta ventura que a nadie engañan sino a sí solos, porque todos lo saben; de modo que les añaden muchos más años de los que tienen; y ellos no se desengañan, hasta que por alguna enfermedad dejan de teñirse y se hallan cuando se miran la barba como una urraca ahorcada. Pues si la tinta no acierta a ser del color de la barba, que es muy ordinario, en dándoles el sol hace visos como el arco del cielo. Si con el teñir se reparara la flaqueza de la vista, se supliera la falta de los dientes, se cobrara la fuerza de las piernas y brazos, o se entretuvieran los años: para engañar la muerte, todos lo hiciéramos;

pero hace la muerte con los teñidos como la zorra con el asno de Cumas, que se vistió una piel de león para espantar a los animales y pacer con seguridad: más la zorra, viéndole andar tan despacio, miróle las patas, y dijo: asno sois vos. Así la muerte mira los teñidos, y les dice viejo sois vos. Tiñase quien quisiere, que yo tengo por mejor lo claro que lo obscuro, el día que la noche, lo blanco que lo negro. Mas quiero parecer paloma que no cuervo, más hermoso es el marfil que el hébano. Si como las barbas que pasan de negras a blancas, pasaran de blancas a negras ¿cuánto más odiosas fueran por el color tapetado? En fin, la plata es más alegre que el ébano: ¿no basta casado sino tiznado?

Andad, dijo mi ama, que con eso se disimulan algunos años y sin eso no se puede negar. Aunque los hombres de bien, dije yo, jamás han de mentir, en todas las cosas del mundo puede aprovechar una mentira, si no es en los años y en el juego; porque ni los años pueden ser menos por negarlo, ni la ganancia se ha de quitar por confesada.

Pero volviendo a nuestro propósito, que el matrimonio es cosa santísima no se puede negar, ni yo lo niego, que el no apetecerlo yo nace de la incapacidad mía y no de la excelencia suya; apétezcalo quien está en edad y disposición para ello con la igualdad que la misma naturaleza pide, que ni sean ambos niños ni ambos viejos, ni él viejo ni ella niña, ni ella vieja y él niño. Sobre lo cual hay diversas opiniones entre filósofos, y la más cierta es que el varón

sea mayor que la mujer diez o doce años; pero que tenga yo cincuenta años y mi señora mujer quince o diez y seis, es como querer que un contrabajo y una tiple canten una misma voz, que por fuerza han de ir apartados ocho puntos el uno del otro. ¿Pues nunca habéis sido enamorado? dijo mi ama. Y tanto, dije yo, que ha compuesto coplas y tenido pendencies, que la mocedad está llena de mil inconsideraciones y disparates. No lo serán, dijo ella, que los hombres de buen discurso sazonan las cosas diferentemente que los demás.

Reniego, dije yo, de ejercicios que ha de traer a un hombre hecho lechuza, guardando cementerios, sufriendo fríos y serenos, incomodidades y peligros tan ordinarios como suceden de noche y aun cosas dignas de callar. El que anda de noche ve los daños ajenos y no conoce los suyos, consume presto la mocedad y se desacredita para la vejez: vense de noche cosas que se juzgan por malas no siéndolo: ¡qué de temores y espantos cuentan los que pasean de noche, que vistos de día nos provocarían a risa! Acuérdome que, teniendo cierto requiebro al barrio de San Ginés, con otro juicio tal como el mío era entonces, martes de carnestolendas por la tarde, me envió a decir la señora que le llevase algo bueno para despedirse de la carne, que en estos días hay libertad para pedirlo y aun para negarlo; pero por usar de fineza, por ser la primera cosa que hacía en su servicio, vendí ciertas cosillas, que me hicieron harta falta, y en acabándose la grito de jeringas y navajazos y el martirio perruno, cansado de

las mazas (de quien, sin saber por qué, huyen hasta reventar) dí conmigo en un tabernáculo de la gula, donde henchí un paño de manos de una empanada, un par de perdices, un conejo y frutillas de sartén, y atándolo muy bien, caminé a darlo por una ventana a más de las once de la noche; y como el día siguiente, por ser miércoles de ceniza, era día de mucha recolección, aunque todo el pasado había sido de alegría para los muchachos y trabajos para los perros, había silencio general, de suerte, que aunque yo iba bien cargado no me podía ver nadie: llegando a la plazuela de San Ginés sentí que venía la ronda y retiréme debajo de aquel cobertizo, donde suele haber una tumba para los aniversarios y exequias, y antes que pudiesen llegar a mí los de la ronda, metí el paño de manos, atado como estaba, por un agujero grande que tenía la tumba por la parte de abajo, y sacando un rosario, que siempre traigo conmigo, comencé a fingir que rezaba.

Llegó la ronda, y pensando que fuese algún retraído, asieron de mí, preguntando qué hacía allí. Llegó el alcalde, y visto el rosario y poca turbación, que importa mucho en cualquier ocasión no perturbarse el ánimo, dijo que me dejasen y me recogiese; hice que me iba, y tras poniendo la ronda torné por mi paño de manos y cena a la negra tumba, donde lo había dejado, y aunque con un poco de temor por la hora y la soledad, alargué la mano y brazo todo lo que pude alcanzar y no topé con el paño ni con lo que estaba en él: de lo cual quedé temblando y helado; y es de creer que me causa-

ría horrible miedo una cosa tan espantosa en un cimiterio, debajo de una tumba, a más de las once de la noche, y con tan gran silencio, que parecía se había acabado el mundo; pues junto con esto, sentí dentro en la tumba tan gran ruido de hierro, que se me representaron mil cadenas y otras tantas ánimas, padeciendo su purgatorio en aquel mismo lugar. Fué tanta mi turbación y desaliento, que se me olvidó el amor y la cena, y quisiera hallarme mil leguas de allí; pero lo mejor que pude, o lo menos mal que acerté, volví las espaldas y fuíme poco a poco, arrimándome a la pared, pareciéndome que iba tras mí un ejército de difuntos; pues yendo con esta turbación me sentí por detrás tirar de la capa, desanimándome de manera que dí un golpazo con mi persona en el suelo y con los hocicos en la guarnición de mi espada; volví a mirar si era algún cadáver descarnado, y no ví otra cosa sino mi capa asida al calvario que está en aquella pared; con esto respiré un poco, y fuí cobrando aliento y descansando el temor del clavo y de la capa; pero no el de la tumba.

Sentéme, y miré alrededor a ver si había cosa que pudiese acompañar, y descansé, porque estaba tan cansado que lo hube menester, que no lo estuviera más si hubiera andado cien leguas por los altos y bajos de Sierra Morena. Hice reflexión de lo pasado, considerando qué cuenta daría yo de mí al día siguiente contando lo que había sucedido, sin haber visto cosa que fuese de momento; porque decir un terror tan horrible sin haber averiguado el fundamento,



era desacreditarme y quedar en fama de cobarde o mentiroso: dejar de contarle era quedar en opinión de miserable con la señora Daifa, habiendo gastado lo que no tenía sin decir el fin que tuvo.

Por otra parte veía que si fuera algún difunto no tenía necesidad de mi pobre cena, pues hombre no podía estar tan abreviado que no topara con él cuando extendí el brazo. Al fin hice mi cuenta de esta manera: Si es demonio, mostrándole la señal de la cruz huirá; si es ánima, sabré si pide algunos sufragios; y si es hombre, tan buenas manos y espada tengo como él, y con esta resolución fuíme animosamente a la tumba, desenvainé la espada y rodeando la capa al brazo, dije con muy gentil determinación: yo te conjuro y mando de parte del cura de esta iglesia, que si eres cosa mala te salgas de este lugar sagrado, y si eres ánima que andas en pena, que me reveles qué quieres, o qué has menester (y el ruido del hierro con mi conjuro andaba más agudo): una y dos y tres veces te lo digo y torno a decir; pero cuanto más le decía, tantos más golpes de hierro sonaban en la tumba que me hacían temblar.

Visto que mi conjuro no era válido, y que si dejaba enfriar la determinación que tenía tornaría el temor a desanimarme, púseme la espada entre los dientes, y con ambas manos así de la tumba por el agujero de abajo, y en alzándola salió corriendo por entre mis piernas un perrazo negro, con un cencerro atado a la cola, que huyendo de los muchachos se había recogido a descansar a sagrado; y como des-

pués de haber reposado olió la comida, retiróla para sí y sacó vientre de mal año; pero con el grande y no pensado ruido que hizo saliendo, fué tanto mi espanto, que como el fué huyendo por una parte, yo fuera por otra, sino por un espinazo que al salir me dió con el cencerro, de que no me pude menear tan presto; pero fué tanta la pasión de risa que después de quitado el dolor me dió, que siempre que me acuerdo de ello, aunque sea a solas y por la calle, no puedo dejar de dar alguna demostración de ello.

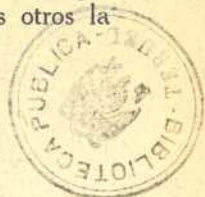
Fué menester que el Doctor y su mujer acabasen de reír, para proseguir el intento para que truje el cuento; y habiéndolo solemnizado, les dije: No se podrá creer lo que yo me holgué de averiguar aquella duda que con tanta confusión me había de poner para contar lo que había visto, por donde pusiera mal nombre a aquel lugar, como lo han hecho otros muchos, que por no averiguar los temores o las causas de ellos desacreditan mil lugares y quedan desacreditados por temerosos y espantables sin haber causa para ello, más de haber visto alguna extraordinaria cosa, y sin averiguarla van a contar mil deslumbramientos y disparates. Uno dijo que había visto un caballo lleno de cadenas y descabezado, y era una bestia que venía del prado a casa, con las trabas de hierro.

Son infinitos los disparates que en esto se dicen: de manera, que no hay población donde no haya un lugar desacreditado por temeroso, y ninguno, si no es burlado o haciendo donaire, dice la verdad. En Ronda hay un paso temeroso después que se subió de noche una mona a

un tejado, que con la maza y cadena atoró, o encalló en una canal, y desde allí echaba tejas a cuantos pasaban, todo es de esta manera. Solas dos cosas hallo yo que pueden hacer mal de noche, que son los hombres y los serenos, que los unos pueden quitar la vida y los otros la vista.

DESCANSO VI

Al tiempo que me iba hallando mejor con el Doctor Sagredo, y mi señora Doña Mergelina de Aybar, por el amor que me tenían, como mi suerte ha sido siempre variable, hecha y acostumbrada a mudanzas de fortuna, y ejercitada en ellas toda mi vida, vinieron a llamar de un pueblo de Castilla la Vieja al Doctor Sagredo con un gran salario, el cual no pudo rehusar por haberlo menester, y para ejercitar lo que había estudiado, que ni la grandeza del ingenio ni el continuo estudio hacen a un hombre docto, si le falta experiencia, que es la que sazona los documentos de las escuelas, sosiega las bachillerías que hacen al ingenio confiado por las filoterías de la dialéctica, que realmente no podemos decir que tenemos entero conocimiento de la ciencia hasta que conocemos los efectos de las causas que enseña la experiencia, que con ella se comienza a saber la verdad. Más sabe un experimentado sin letras, que un letrado sin experiencia, la cual faltaba al Doctor Sagredo, y así le estuvo bien aceptar aquel partido por



esto, y por repararse de las cosas necesarias para la conservación de la vida humana.

Aceptado el partido, pidiéronme con toda ia fuerza posible que me fuese con ellos, lo cual yo hiciera, si no fuera que no me atreví a los fríos de Castilla la Vieja, que estando un hombre en los postreros tercios de la vida, no se ha de atrever a hacer lo que hace la mocedad. El frío es enemigo de la naturaleza, y aunque uno muera de ardentísimas fiebres, al fin queda frío. Las acciones del viejo son tardas por falta de calor; como la mocedad es cálida y húmeda, la vejez es fría y seca; por falta de calor viene la vejez, y por esto han de huir los viejos de regiones frías, como yo lo hice, que me quedé desacomodado por no ir a donde me acabase el frío en breve tiempo.

Fuéronse, y quedéme sólo y sin arrima que me pudiese valer; que los que dejan pasar los verdes años sin acordarse de la vejez, han de sufrir estos y otros mayores daños y trabajos. Nadie se prometa esperanzas de vida, ni piense que sin diligencia puede asegurarla, que hay tan poco de la mocedad a la vejez, como de la vejez a la muerte; no puede creerlo sino quien ha entregado sus años a la dilación de las esperanzas. Cada día que pasa en ociosidad, es uno menos en la vida, y muchos en la costumbre que se va haciendo. Siendo estudiante en Salamanca el Licenciado Alonso Rodríguez Navarro, varón de singular prudencia e ingenio, le hallé una noche durmiendo sobre un libro, y diciéndole que mirase lo que hacía, que se quemaba las pestañas, respondió que apela-

ría para el tiempo que le diese otras; pero que si perdía el tiempo, no tenía para quien apelar sino para el arrepentimiento.

Al mismo, preguntándole por qué camino había venido a ser tan bien quisto en su ciudad, que es Murcia, respondió que haciendo placer y disimulando desagradecimientos, pero que nunca llegaron a engendrar en su pecho arrepentimientos de haber hecho el bien: que los hombres de bien no han de hacer cosas de que se deban arrepentir; y si el arrepentimiento viene tarde, es bien recibido, aprovecha para el reparo de la vida, que como el arrepentimiento sigue a los daños sucedidos por propia culpa, viene acompañado con asomos de virtud, nacida del escarmiento y ayudado de la prudencia. Mas no hay arrepentimiento que venga tarde como sea bien recibido.

Cuatro efectos suelen resultar del tiempo mal gastado y peor pasado; dejamiento de sí propio, desesperación de cobrar lo perdido, confusión vergonzosa y arrepentimiento voluntario; estos dos postreros arguyen buen ánimo y estar cercanos a la enmienda; pero entiéndese, que como el yerro fué con tiempo, el arrepentimiento no ha de ser sin tiempo: que si el mucho tiempo se pasó presto, el poco se pasará volando, y llegará tarde el arrepentimiento, como el tiempo que se pasa al descuido con gusto no se cuenta por horas, como el que se pasa trabajando, no se hecha de ver hasta que es pasado.

Yo quedé solo y pobre, y para reparo de mis necesidades me topó la suerte con cierto hidalgo que se había retirado a vivir a una al-

dea, y había venido a buscar un maestro o ayo para dos niños que tenía de poca edad, y preguntándome si quería criárseles, le respondí que criar niños era oficio de amas y no de escuderos; rióse, y dijo: Buen gusto tenéis, a fe de caballero que habéis de ir conmigo :¿no os hallaréis bien en mi casa?

Yo respondí: Ahora sí, pero después no sé, ¿Por qué? preguntó el hidalgo. Porque hasta tomar el tiento a las cosas, dije yo, no se puede responder afirmativamente; y no se ha de preguntar a los criados si quieren servir, sino si saben servir, que el querer servir arguye necesidad, y saber servir, habilidad y experiencia en el ministerio que los quieren; y de aquí nace que muchos criados, a pocos días de servicio, o se despiden, o los despiden, porque entraron a servir por necesidad, y no por habilidad, como también en algunos estudiantes perdidos, que en viéndose rematados, entran en religión tan llenos de necedad como de necesidad, y a los pocos lances, o desamparan el hábito, o el hábito los desampara. Primero se ha de inquirir y escudriñar si es bueno y suficiente el criado para el cargo que le quieran dar, que no si tienen voluntad de servir: porque de tener criados ociosos, y que no saben acudir al oficio para que fueron recibidos, fuera del gasto impertinente se siguen otros mayores inconvenientes.

Aunque cierto príncipe de estos reinos, diciéndole un mayordomo suyo que reformase su casa porque tenía muchos criados impertinentes, respondió: El impertinente sois vos, que

los valdíos me agradecen y honran; y esotros, pagándoles, les parece que me hacen mucha merced en servirme, y el que no obliga con buenas obras, ni es amado, ni ama, y en las buenas se parece un hombre a Dios. Paréceme, dijo el hidalgo, que quien sabe eso sabrá también servir en lo que le mandaren, especialmente que mi hijo el mayor os podrá hacer bien en algún tiempo, que tiene acción y expectativa a un mayorazgo de parte de su madre, que ahora posee su abuela; y del hijo mayor, a quien le viene, no tiene sino dos nietecillos enfermizos; y muriendo ellos y su padre, queda mi hijo por heredero.

Eso es, dije yo, como el que deseando hartarse de dátiles, fué a Berbería por una planta de palma y compró un pedazo de tierra en que la plantó, y está esperando todavía que dé el fruto; así yo tengo de esperar a tres vidas, estando la mía en los últimos tercios, para la poca merced que se aguarda de quien aún no tiene esperanza, que con ella vive entre la seguridad y el temor, es necesario que tenga larga vida quien se sustenta en ella; que no hay cosa que más la vaya consumiendo que una esperanza muy dilatada; y es de creer, que el que se va a pasar la suya entre robles y jarales, ni la tiene muy cerca ni muy cierta, que por no martirizarme con ellos ni verme en los tragos en que ponen a quien los sigue, he tenido por mejor y más seguro abrazarme con la pobreza que abrazarme con la esperanza.

Esa, dijo el hidalgo, es la cuenta de los perdidos, que por no esperar ni sufrir, quieren ser

pobres toda la vida. ¿Y qué mayor pobreza. dije yo, que andar bebiendo los vientos, echando trazas, acortando la vida y apresurando la muerte, viviendo sin gusto, con aquella insaciable hambre y perpetua sed de buscar hacienda y honra? Que la riqueza, o viene por diligencia buscada, o por herencia poseída, o por antojo de la fortuna prestada: si por diligencia, no da lugar a otra cosa de virtud; y si por herencia, ordinariamente se posee acompañada de vicios o envidia de parientes; si por antojo o arrojamiento de la fortuna, hace al hombre olvidarse de lo que antes era, y de cualquier manera que sea, todos en la muerte se despiden de mala gana de la hacienda y de las honras que por ella les hacían. Una diferencia hallo en la muerte del rico y la del pobre: que el rico a todos los deja quejosos, y el pobre piadosos.

DESCANSO VII

Parece, dijo el hidalgo, que nos hemos apartado de mi principal intento, que es la crianza y doctrina de mis hijos, que consiste en salir industriados en virtud, valor, estimación y cortesía, que son cosas que han de resplandecer en los hombres nobles y principales.

Acerca de la materia de criar los hijos, hay tantas cosas que advertir y tantas que observar, que aun de los propios padres que los engendraron, no se puede muchas veces confirmar la doctrina que ellos han menester; porque las costumbres corrompidas o mal arraigadas en

el principio de los padres, destruyen los sucesores de las casas nobles y ordinarias. Si los antecesores saben los hijos que fueron cazadores, los hijos quieren serlo; si fueron valientes, hacen lo mismo; si se dejaron llevar de algún vicio que los hijos lo sepan, siguen el mismo camino; y para corregir y enmendar vicios heredados de mayores, casi es menestre, y aun necesario, que no conozcan a los padres, que sería lo más acertado sepultar las memorias de algunos linajes, que por ellos se van imitando lo que oyeron decir a sus mayores, que más valiera que no lo oyeran para que no lo imitaran.

Y de aquí nace que suban unos en virtud y merecimientos, no habiendo a quien imitar en su linaje por la educación valerosa que se imprimió en los verdes años, y otros bajen al mismo centro de la flaqueza y miseria humana, degenerando de la virtud heredada, o por la imitación adulterada de los ascendientes, o por la depravada doctrina, impresa y sembrada en los tiernos años, que es tan poderosa, que de una yerba tan humilde como la achicoria, se viene por la crianza a hacer una hortaliza tan excelente como la escarola, y de un ciprés tan eminente y alto, por sembrarlo o plantarlo en una maceta o tiesto, se hace un arbolito enano y miserable, por no haberlo ayudado con buena educación.

Si a los animales de su naturaleza bravos, nacidos en incultos montes y breñas, como son jabalíes, lobos y otros semejantes, los crían y regalan entre gentes, vienen a ser mansos y comunicables; y si a los domésticos los dejan con li-

bertad de irse a los montes y criarse sin ver gente, vienen a ser tan feroces como las mismas naturales fieras. En tiempo del potentísimo Rey Felipe III, anduvo una loba en los patios de los Consejos y jugaban los pajes con ella; y si le hacían mal, se amparaba con llegarse a las piernas de un hombre. Yo la ví echarse a los pies de las criaturas, y porque no la tuviesen miedo se arrojaba a sus piés. Y en tiempo del prudentísimo Felipe II, en Gibraltar, se fué un lechón al monte, que está sobre la ciudad, y vino a ser tan fiero dentro de cuatro o cinco años que anduvo libre en el monte, que a cuantos perros le echaban para matarle los destripaba: que es tan poderosa crianza que hace de lo malo bueno y de de lo bueno mejor: de lo inculto y montaraz, urbano y manso; y por el contrario, de lo tratable y sujeto intratable y feroz. Bien sé, dijo el hidalgo, que es importantísimo el cuidado de criar bien los hijos, porque de ahí viene la vida y honra suya, y la quietud y descanso de sus padres, que como han de conservar en ellos su mismo ser y especie, al paso que los aman, desean su proceder y término, y la imitación de sus progenitores.

Sabemos que dijo aquel Rey de Macedonia, que tenía por tan gran merced del cielo haber nacido su hijo en tiempo de Aristóteles para que fuese su maestro, como tener quien le sucediese en el Reino. De tal suerte, dije yo, han de ser los maestros o ayos, que con la aprobación de su vida y costumbres enseñen más que con los preceptos morales, llenos de superflua vanidad; que muchas veces ense-

ña más el maestro por acreditarse a sí, y por mostrar jactancia, que por mostrar virtud, y humildad: la doctrina llena de este deseo santo a acertar el camino de la verdad, al buen natural perfecciona, y a la mala inclinación corrige.

Al hijo del caballero hánle de enseñar con las letras juntamente virtudes, que refieran aquellas del origen que trae la antigüedad de sus pasados, humildad con valor y estimación sin desvanecimiento, cortesía con el superior, amistad con el igual, llaneza y bondad con el inferior, grandeza de ánimo para las cosas arduas y difíciles de cometer, desprecio voluntario de las que no pueden aumentar sus merecimientos. La zorra un tiempo puso escuela de enseñar a cazar, y como el lobo se hallaba viejo y sin presas, rogóle que le enseñase un hijo, que le parecía que había de ser valeroso para mantenerlo a él y a su madre en su vejez; la zorra hallando en qué vengarse de los agravios que el lobo le había hecho, con mucha presteza y buen gusto recibió al pupilo. Lo primero que hizo fué apartarle de sus atrevidas inclinaciones, que eran de acometer a reses grandes, y enseñarle las raposerías que ella solía usar por su natural instinto; y dióse tan buena maña, que en menos de un año el lobillo salió grandísimo cazador de gallinas. Envióselo al padre por muy hábil y diestro en el oficio: holgóse el padre y la madre pensando que tenían un hijo que había de asolar la campiña de ganado.

Enviáronle a buscar la vida para matar la hambre que habían padecido; y habiendo tar-

dado día y medio, volvió con una gallina y muchos mordiscones y palos que le habían dado. Viendo el lobo la mala doctrina que había aprendido, dijo: Al fin nadie puede enseñar lo que no sabe. Dejéme engañar de la zorra, por no trabajar con mi hijo, porque la poltronería hace buen rostro a la mentira, y hame salido a los ojos lo que no miré con los de la consideración. Hijo, andad acá, y mostrándole unas ternerillas cerca de un cortijo, le dijo: Aquella es la caza que habéis de aprender a cazar.

Apenas acabó de mostrárselas, cuando inconsideradamente cerró con ellas, porque las madres, que ya los habían oído, de un momento pusieron los hijos en medio, y todas puestas en muela, hicieron trincheras de sus cuernos, y el pobre lobillo, que pensó llevar presa, quedó preso, porque le recibieron con las picas o picos de su herramienta, y lo echaron tan alto, que cuando cayó no fué para levantarse más: el padre que con su ancianidad no pudo vengar la muerte de su hijo, se volvió a su guarida, diciendo: La mala doctrina no tiene medicina: costumbres de mal maestro sacan hijo siniestro.

De aquí quedaron los odios para siempre confirmados entre la zorra y el lobo: y así ella no va a buscar la vida sino adonde el lobo no se atreve, que es a las poblaciones, porque allí no pueden encontrarse. Mucho gustara, dijo el hidalgo, ya que habéis traído tan a propósito el cuento, que alargásemos un poco más la materia para que averigüemos cómo se po-

dría elegir el maestro, que ha de ser el guión del cuerpo y el alma del hijo ajeno, que ha de criar con más cuidado que si fuera suyo y enseñarle para conseguir el verdadero camino que le guíe a la perfección de caballero cristiano, que de caballero solamente ya tenemos entendido el modo que todos siguen.

Este modo de caballero, dije yo, está muy cargado de obligaciones, por la significación que trae consigo, de que podrá ser tratar después, si el tiempo nos diere lugar; porque ni la materia quiere brevedad ni yo tengo espacio para ser largo; y alargando la que tenemos comenzada, digo, que la primera y principal parte que ha de tener el que ha de ser maestro de algún Príncipe o gran caballero, es que tenga experiencia, con madurez de edad, que por lo menos tenga los aceros de la juventud gastados: edad en que con dificultad puede ser sabio y prudente un hombre, por faltar el tiempo que nos hace previstos y recatados. Mas si fuere mozo sea tal, que le alaben los viejos experimentados en ciencia y bondad, aunque la mocedad es tan sujeta a variedades, impaciencias, furores y otros inconvenientes arrebatados, que si no es con mucho valor y entereza de virtud experimentada y conocida, tendría por mejor elegir para maestro un viejo cansado del mundo y con buena opinión, que a un mozo que va entrando en él, y con buenas esperanzas, que al fin se tiene la seguridad que basta, y de éste la confianza que puede mudarse. Ha de ser el maestro lleno de mansedumbre, con gravedad, para que juntamente le

amen y estimen y haga el mismo efecto en el discípulo, no perdiéndole un punto de su vista: si no fuere los ratos diputados para el gusto de sus padres, o cuando el niño le tuviere con sus iguales: y en el entretenimiento se halle presente el maestro, alentándole y mostrándole el modo con que se ha de haber en el pasatiempo, no haciendo lo que yo ví hacer a un pedante, maestro de un gran caballero, niño de muy gallardo entendimiento, hijo de un Príncipe, que habiendo concertado con otros sus iguales en edad y calidad un juego de gallos, día de carnestolendas, salió también el bárbaro pedante con su capisayo o armas de guadamacil sobre la sotana, con más barbas que Esculapio, diciendo a los niños: *Destrorsum heus sinestrorsum*, y desenvainando su alfanje de aro de cedazo, descolorido todo el rostro, iba con tanta furia contra el gallo, como si fuera contra Morato Arráez, diciendo a grandes voces: *Non te peto, piscem peto, cur me fugis, galle?*, de la cual pedantería él quedó muy ufano y contento, y los que le oyeron llenos de risa y burla. Yo me llegué y le dije: Mire, señor Licenciado, que por tener poca memoria los gallos se les olvida el latín.

El respondió muy de presto: *Numquam dicerunt, nisi rocantés excitare*. Este, con mil impertinentes bachillerías, llenas de ignorancias gramaticales, dejó al caballero estragado su buen natural: diéronle otro maestro cuerdo, poco o nada hablador, modesto, y de buena compostura, y en pocos días enmendó los borrones que el otro le había enseñado, y con mu-

chas reglas mal sabidas y peor enseñadas, y a veces repetidas, le había estragado, y este otro con muy pocas y muy calladas lo reparó. Parecieron a dos hermanos, el uno muy colérico y el otro muy reposado y lleno de santimonia, que ganaban la vida con un pollino: el colérico le daba mil voces y palos, y el jumento no por eso hacía más movimiento que antes.

El reposado no le decía más que: Arre, válgate Jesús, e hincábale un agujón de un gemo por las ancas, con que le hacía volar. La modestia del maestro, y las otras partes buenas, se imprimen, y son como espejo en que se mira el discípulo, y la imprudencia y poco valor es causa de menosprecio para con el maestro, y de incapaz para con los demás; y así, lo que había de ser doctrina viene a ser pasatiempo, y si se pasa no puede cobrarle, y en este poco se le puede enseñar con brevedad la lengua latina, sin cargarle de preceptos que los mismos maestros, o no los saben, o los han olvidado, de suerte, que en sabiendo declinar y conjugar, les lean libros importantes, así para la lengua latina como para las costumbres, y todo lo demás tengo por tiempo mal gastado: porque las diferencias o propiedades de nombres y verbos se pueden declarar en los libros que se fuesen leyendo, sin hacer lo que los cirujanos, que detienen la cura porque dura la ganancia: que en esto realmente son culpados los maestros de lenguas que se aprenden por las reglas, porque faltaron los que las hablan, y los que aprenden para saberlas y no para enseñarlas, con que entiendan el libro que les le-

yeren, sabrán más que sus maestros: y volviendo al ejemplo de la zorra, sea el maestro de tan buen nacimiento o crianza, templado, vergonzoso, verdadero, secreto, humilde, con valor, callado, no lisonjero, ni hablador, que como dicho tengo, enseñe más con la vida y costumbres que con las palabras, o a lo menos que se parezca lo uno a lo otro, para que no le abata al discípulo los pensamientos bien heredados a presas mal arraigadas, por la ignorante doctrina, que la virtud ha de crecer con el discípulo, de manera, que con enseñarle modestia, no le enseñan encogimiento que le desjarrete el valor del ánimo con que nació.

La educación de los caballeros ha de ser como la de los halcones, que el halcón que se cría encerrado no sale con aquella fiereza y aliento con que sale el que se cría donde le dé el aire, como le criaban sus padres. Hase de criar el halcón en lugar alto, en donde gozando de la pureza del aire pueda ver las aves, a quien después ha de abatir. El que se cría encerrado, fuera de ser más tardío en el oficio para que le crían, no sale con aquel coraje y determinación que el otro que se crió al aire. Así el caballero que se ha de criar para imitar las grandezas de sus progenitores (aunque se cría lleno de virtud y modestia) aquel recogimiento no ha de ser encogimiento de ánimo, sino, como arriba dije, ha de tener valor con humildad, estimación sin desvanecimiento, cortesía y circunscripción en todos sus actos; de suerte, que no le falte cosa para cabal señor; que eso quiere decir caballero, compuesto de



esta voz, *cabal* y *hero*, que en latín quiere decir, señor.

Así, que caballero es *cabal ero*, o *cabal señor*, que no le falta cosa para serlo, y digan otros lo que quisieren, que la filosofía cristiana nos da lugar y licencia para dar sentido que tenga olor de virtud.

Mucha satisfacción y gusto, dijo el hidalgo, he recibido con el buen discurso que habéis hecho: satisfacción en la doctrina, que realmente va encaminada a la verdad cristiana, y gusto de las ignorancias de aquel pedante. Mas cuanto a la derivación de caballero, es muy sabido que se dice de caballo, porque sustentan caballo, y andan a caballo, y pelean a caballo.

Si por esa razón fuera, dije yo, también se llamara caballero el playero o arriero que trae caballos de la mar, y también se dice el que va en un jumento o acémila, que va caballero, que realmente no es caballo, y parece que en esa opinión es impropio.

También, dijo el hidalgo, llamaron *equus* al caballero, de esta palabra *equus*, que quiere decir caballo.

Tampoco, dije yo, concedo lo uno como lo otro; porque los romanos siempre dieron nombres a las cosas que significasen la misma obra para que los criaban. Como a los cónsules les dieron este nombre de cónsul, que quiere decir aconsejar y mirar por el bien de la República. Y así al caballero, no creo que le dieron el nombre de *equus* por caballo, sino de *aequus*, *aeque*, *aequum*, por cosa igual, *cabal justa*, como tiene obligación de serlo quien ha

de ser cabeza y modelo de las costumbres que han de imitar los miembros inferiores de la República, aunque realmente se van deslizando algunos de sus obligaciones, quizá entendiendo que caballero quiere decir alcabalero de los mercaderes, sacándolo de su propia significación y de la entereza y firmeza que ha de guardar en todas sus acciones, que por eso al baluarte le llaman caballero, porque ha de estar siempre firme e inmutable a la fuerza de los contrarios, y al ímpetu de la artillería, como el caballero lo ha de estar a resistir las injusticias y agravios que se hacen a los inferiores y oprimidos, y haciendo al contrario van contra su calidad y contra las obligaciones que heredaron de sus pasados.

DESCANSO VIII

Toda esta plática o conversación pasó estando este hidalgo y yo echados de pechos sobre el guardalado de la puente Segoviana, mirando hacia la Casa de Campo, por donde vimos asomar un buen atajo de vacas que nos interrumpió la conversación, y viéndolas, le dije: Aquellas vacas han de pasar por este puente más apiñadas y más aprisa que vienen por aquella parte, por eso no aguardemos aquí el ímpetu con que han de pasar. No temáis, dijo el hidalgo, que os guardaré a vos y a mí. Guárdese a sí, le dije yo, que a mí aquella pared que baja de la puente al río me guardará, porque yo no me entiendo con gente que no habla, ni sé reñir con quien trae armas dobles en la frente. Fuera de lo que dicen: Dios me libre de bellacos en cuadrilla. Háse de reñir con

uno que si le digo teneos allá me entienda; reñir con un animal bruto es dar ocasión que se ría quien lo mira, y cuando salga bien de ello, no he hecho nada. No se ha de poner un hombre en peligro que no le importa mucho; defenderse del peligro es de hombres, y ponerse en él es de brutos. El temor es guarda de la vida, y la temeridad es correo de la muerte. ¿Qué honra o provecho se puede sacar de matar un buey, cuando se haga por ventura, sino tener que pagar a su dueño? Si yo puedo estar seguro, ¿por qué tengo de poner mi seguridad en peligro?

Con todo esto que yo dije, él se quedó haciendo piernas, y yo con las mías me puse lo más presto que pude detrás de la esquina. Venía por la puente delante una mula con dos cueros de vino de San Martín, y un negro atajado en medio de ellos, y aunque venía un poco apriesa delante de los bueyes, con el ímpetu que venían, por la priesa que los vaqueros le dieron, cogieron a la mula en medio al tiempo que llegaron a emparejar con mi negro hidalgo; la mula era maliciosa, y como se vió cercada de cuernos, comenzó a tirar puñadas y coces, de manera que arrojó al negro y a los dos cueros encima de un novillejo harto alegre, y que comenzando a usar de sus armas, arrojó él un cuero por la puente al río, en medio de muchas lavanderas.

El hidalgo, por librar al negro y defenderse a sí, puso mano a su espada, y afirmándose contra el novillo, le tiró una estocada uñas abajo, con que hizo al otro cuero dos claraboyas que alegraron harto a la gente lacayuna;

pero no fué tan de balde, que no le trujese por delante, asido por las cuchilladas de las calzas, que de puro manidas, no pudiendo resistir la violencia de los cuernos, se rindieron, y él quedó arrimado al guardalado de la puente, con algunos chichoncillos en la cabeza, diciendo: Si trujera las nuevas buen lance había hecho. En pasando la manada, que fué en un instante, acudieron los gentiles hombres guiones de la gente de a caballo, y acometiendo por los orificios de los ijares al cuero sin aliento, en un instante le dejaron sin gota de sangre.

Las lavanderas acudieron al que había caído en el río, cada una con su jarrillo, que llevando uno en las tripas y otro en la mano, le dejaron la boca al aire, y el señor cuero callar; al negro medio deslomado le pusieron sobre la mula; no sé lo que fué de él. Yo acudí a mi hidalgo, no a darle en cara el no haber seguido mi consejo, sino a limpiarle y consolarle, diciendo que lo había hecho muy como valiente hidalgo, que es yerro al afligido y corrido reprehenderle lo que no tiene remedio: con la reciente pesadumbre a nadie se ha de decir: bien os decía yo; que el daño hecho es mala la corrección temprana: al que está compungido de su daño, no se ha de dar en cara lo que dejó de hacer, que él se tiene consigo la penitencia de su yerro; y en semejantes sucesos el empacho y vergüenza son castigos de la confianza. El se puso muy hueco del consuelo que yo le dí en alabarle de su disparate, aunque se le echó de ver la confusión que tenía en el rostro.

Con todo eso me agradeció lo que le dije, y

para alegrarlo le mostré el estrago que los lacayos hacían en el cuero, y la alegría de las lavanderas, que le echaban mil bendiciones al novillo, rogando a Dios que cada día sucediese lo mismo.

Y en habiendo ellos y ellas concluído con dejar los pellejos sin alma, se tornaron a su costumbre antigua. Los lacayos a decir mal de sus amos y del gobierno de la República, y las lavanderas a murmurar de doncellas y religiosos. ¡Lastimosa cosa, que pasando toda la vida en pobreza, trabajo y miseria, con que pueden ganar a Dios la voluntad, vengán a hallar alivio y descanso en los brazos de la murmuración! Que es tan poco humilde nuestra naturaleza, que ordinariamente la pobreza se rinde a la envidia, como si el arrepentimiento de las partes suspendiese de sola la diligencia humana, sin orden de la voluntad divina, y que se aborrezca por cosa infame, lo que tanto amó el Autor de la vida.

Los pobres son piadosos para otros pobres; pero no para los ricos; y si considerasen con los ojos del alma cuánto más cargados de obligaciones y cuidados están los ricos que los pobres, sin duda no trocarían su suerte por la del rico; que al rico todos procuran derribarle, y al pobre nadie le tiene envidia; y con todo eso su mayor consuelo es murmurar del que ven acrecentado o en mejor estado que el suyo; pero dejemos ahora a los lacayos gobernar el mundo y a las lavanderas aniquilar y deshacer lo que mejor hay en él. El hidalgo, aunque algo desabrido del suceso, con grandes veras me

comenzó a persuadir de que fuese con él, yo a considerar si me estaba bien; porque cuanto a lo primero yo echaba de ver que el andar vagamundo y ocioso era cosa perniciosa para conservar la reputación y sustentar la vida, que aunque es así que la ocupación cansa el cuerpo y la ociosidad fatiga el espíritu, y el que trabaja piensa en lo que hace de bien, y el ocioso en lo que puede hacer de mal; gracia del cielo es menester para que el ocioso se ocupe en cosas de virtud, y mucha fuerza de mala inclinación, para que el ocupado se ejercite en el vicio.

Muchas veces oí decir al Doctor Cetina, gran juez, que aborrecía las ocupaciones de su oficio por no saber faltas ajenas, y por otra parte las deseaba por no estar ocioso. Cuanto a lo segundo, consideraba que no era cordura salir de Madrid, a donde todo sobra, por ir a una aldea donde todo falta; que en las grandes Repúblicas el que es conocido, aunque anochezca sin dineros, sabe que al día siguiente no ha de morir de hambre. En los pueblos pequeños, en faltando lo propio, no hay esperanza de lo ajeno: el perro que no es de muchas bodas, siempre anda flaco. Si el conejo tiene dos puertas en su vivar, puede salvarse; pero si no tiene más que una, luego es cazado. El hombre que no sabe nadar, en un charco se ahoga; pero el que sabe entrar y salir en la mar, no se anega.

Lo tercero, veía tan inclinado al buen hidalgo a llevarme consigo, y a mí tan agradecido a quien me quiere bien, que no sabía negárselo, que el agradecer el amor y las buenas obras

es de pechos nobles, y la ingratitud, de tiranos: el que no agradece no merece tener amigos: nada tienen los hombres que no sea recibido, y así desde nuestro nacimiento hemos de comenzar a agradecer.

Tras de todo esto consideré mi estado, y la obligación natural que tengo a mí propio. El buen hidalgo no era muy rico, y de sus acciones descubría estrechez de corazón; no parecía liberal; pobreza y miseria en un sujeto, aunque son para uno, no quiero que sean para mí; yo naturalmente soy enemigo de la escasez, y aún creo que la misma naturaleza la aborrece, siendo como es pródiga en dar; y a este hidalgo se le echaba de ver que no era escaso por pobre, sino por inclinación: pero con todo eso me aventuré a no negarle lo que me pedía.

Fuíme con él a casa de cierto título, con quien profesaba parentesco o amistad; porque él tenía necesidad de algún regalo, por las bur-las que le habían pasado con el novillo, y entrando dijo a un despensero de la casa que me regalase: él entendió sin duda que no me regalase, y así lo hizo; de manera, que de pura dieta casi se me vino a juntar el pecho con el espinazo. Era ya tarde, y mostróme el dicho despensero un tinelo donde comían los criados más importantes de la casa, como son gentiles-hombres y pajes.

Llegóse la hora de cenar, y el tinelo estaba más oscuro que la última cubierta del navío. Entró cierto galancete, aunque no alto de cuerpo, de razonable talle, trigueño de rostro, ceja arqueada, casi de hechura de mariposa de se-

da, buena expedición de lengua, pocos conceptos y muchas palabras, más lleno de hambre que de hidalguía: y como vió tan lóbrego el aposento, dijo: Hola, trae aquí velas.

Vino un pícaro, con más andrajos que un molino de papel, con un cabo de vela portuguesa, e hincóla en un agujero de la misma mesa tinelar, que si no tuviera nudo de madera, la hincara en la pared. Pusieron en ella unos manteles desvirados, que parecían delantal de zurrador. Sacó aquél galán una servilleta de la faltriquera, no más limpia, pero más agujereada que cubierta de salvadera, y por gran cosa dijo: Más ha de veinte años que la tengo conmigo, lo uno por no ensuciarme con estos manteles; lo otro, porque me la dió cierta señora, que no quiero decir más.

Pusiéronles a cada uno un rábano, cuyas hojas fueron la ensalada, y el rábano el sello estomacal. Yo les dije que estaban seguros de la fatigosa pasión de orina, así por el uso de las hojas, como por la templanza en la comida, que no les dieron a cenar sino unos bofes salpimentados con hollín y salpimiento. Respondió aquel entonadillo: Siempre en casa de mis padres oí alabar esta virtud de la templanza, y por haberme criado con ella, soy templado en todas mis acciones. Si no es hablar, dijo otro gentilhombre. Prosiguió, que los hidalgos tan honrados y bien nacidos como yo, no se han de enseñar a ser glotones, que no saben en lo que se han de ver, en paz o en guerra.

No se halla que mi padre comiese más de una vez al día, y con mucha templanza (si no

era cuando le convidaba el duque de Alava, grande amigo suyo, que entonces comía más que cuantos había en la mesa); era muy gran cortesano, tan discreto y decidor, que entretenía solo a una sala de gente, pero con todo eso nos dejó muy pobres. No me espanto de esto, dije yo, que el caudal eran palabras y la resulta sería viento: que cuando el hablar no se acompaña con el hacer, como se queda en la primera parte, nunca se ve el fruto de la segunda. La dulzura y gracia de la lengua satisface tanto a su dueño, que todo se va en vanagloria para sí y detracción para los demás. Y en resolución, la lengua es la más cierta señal de la interior del alma, que la mucha locuacidad no deja cosa en ella que no eche fuera.

A todo esto, yo esperaba mi cena, que según se tardaba, me parecía que servía ya en palacio. Asomó mi despensero con un platillo de mondongo, más frío que las gracias de Mari Angela. Tomélo y despedacélo, que no había con qué cortarlo; y al olor que subió de tripa mal lavada, dijo aquel hablador: En viendo este género de comida, siento un olor ambarino que me consuela el alma, porque lo comíamos siempre en mi aldea hecho con las manos de una hermana mía, que si no fuera por unos cabellos rubios como el oro que se le caían encima, lo podía comer un ermitaño.

A mí me olió de manera que deseaba que el pícaro me lo quitara de delante, y convidéle a aquel hidalgo con él, diciendo que había cenado; él lo probó y aprobó, alabando el picante de la pimienta y cebolla, y la limpieza

de las manos que lo habían hecho, se acabó junto con el cabo de vela. Comenzó éste a decir: Pícaro, trae aquí velas. ¿Cuáles velas?, preguntó el pícaro; váyase a pasear y deje las velas. A fe de hidalgo, dijo aquel gentilhombre, que os tengo que hacer quitar la ración. Eso fuera, dijo el pícaro, si me la hubieran dado; pero la que no se ha dado, mal se puede quitar; que como sabe, ha más de cuatro meses que no se da ración en esta casa. Oh, villano, dijo el otro, deshonra buenos; ¿y tal has de decir? Los mal nacidos que como este infaman las casa de los señores, que no saben tener paciencia ni sufrir un mal día; luego echan las faltas en la cara; no se contentan con el respeto que les tienen por servir a quien sirven; mal calláredes vos lo que yo he callado y sufríradés lo que yo he sufrido, y hubiéradés hecho lo que yo he hecho, supliendo faltas y gastando mi hacienda, o restando mi dinero y diciendo muchas mentiras por disculpar sus descuidos. Los bien nacidos tienen consideración a las muchas obligaciones de los señores: si hoy no tienen, mañana les sobra y pagan junto lo que no dan por menudo. Señor, dijo el pícaro, yo no tengo las inteligencias que vea merced que se va a las casas de juego.

Atajóle de presto el gentilhombre, diciendo: Es verdad que yo juego de ordinario, que aún no ha más de esta tarde, que gané dinero y ciertas joyuelas y una cadenita de oro. ¿Pues cómo no tiene para velas? dijo el pícaro. Porque dí, respondió, todo el dinero de barato. No es mucho, dijo el pícaro, si es verdad esto, que

de cuantas veces lo recibe le dé una. ¿Yo, pícaro? dijo el mozalvillo. Como su padre, respondió el pícaro. Mi padre, dijo el galán, tomábalo porque se lo daban y lo merecía. Y vuesa merced, dijo el pícaro, porque lo pide y no lo merece.

A toda esta pendencia, y otra que se había trabado entre dos pajes, sobre la antigüedad del asiento, estaba á obscuras el lóbrego tinelo, y yo espantado dije al mozuelo que callase y tuviese respeto, que a los que tienen oficio superior en casa de los señores, no se les habían de atrever de aquella manera. Déjelo vuesa merced, dijo otro gentil hombre, que si el pícaro habla, por todos habla: que si jugando sentencia una causa que no sea en su favor, luego dice que lo hace porque le den barato. Fuera de ser el que nos ponga a todos en mal con el señor, congraciador general, y celebrador y reidor de lo que el señor dice, arcaduz de la oreja, manantial de chismes, estafeta de lo que no pasa en todo el mundo. Si dice algo, él lo celebra y quiere que se lo celebren todos: si otro dice o hace algo bueno, lo procura derribar y deshacer; si malo, a pura risa lo persigue, y si alguno le parece que se le va entrando al señor en la voluntad, por mil caminos le descompone.

Estas y otras muchas cosas le dije yo de mi persona a la suya con cinco palmos de espada. Cuando yo esperaba una grande pendencia, el habladorcillo dió una carcajada de risa, con que el otro se indignó mucho más, y dijo: ¿luego no es verdad lo que digo? Y el otro con una

risa falsa le dijo: Eso y mucho más es verdad: y vuesa merced sabe poco de palacio, que aquí el doblez y la ficción están en su lugar: no hay verdad, sino lisonja y mentira, y el que no la trata no puede valer en palacio. Desde que nació me crié en él, y aunque mi padre me avisaba de esto mismo, nunca le ví medrar, sino cuando decía mal del algún ausente, que como sea dicho con donaire, como él lo decía, alegra el ánimo, endulza el oído, atrae la voluntad y saca risa de los pechos melancólicos. Y llevarase el diablo, dije yo, a quien lo dice, y a quien escuche, y a quien incita a que se diga, y a quien tiene tan ruin opinión, y a quien lo consiente, pudiéndolo estorbar que no se diga. Y querer nadie hacer ley de su mala condición y costumbre en las cosas de palacio, es yerro notable y digno de castigo, que todos estos son actos que tienen su principal descendencia y origen de la antiquísima casa de la envidia. Pasión infame, engendrada en pechos que piensan que el bien ajeno ha de redundar en daño suyo, desnudos de partes y merecimientos, la cual envidia es la más perniciosa de todas, porque como tiene su fundamento en un pesar del bien ajeno, todo el tiempo que dura en aquél la prosperidad, dura éste en la malicia, y sin tasa ni elección, porque el mismo en quien se halla tan abominable inclinación, en todo se opone: al menor, porque no se iguale, y al igual porque no le deje atrás, y al mayor porque no le sujete. ¡Qué templado está a lo viejo! dijo el hablador. ¡Y qué destemplado está él a lo moderno! dije yo. Y prosiguió diciendo: ¿En-

tre los religiosos y religiosas, puede negarse que no son muy ordinarias las envidias sobre las elecciones de superiores y oficios?

Cuando las haya, que pocas veces las hay, dije yo, al fin son sobre cosas honradas, de mucha calidad e importancia para su Religión, y cada uno sigue el bando que más le parece conveniente para cosas de tanta substancia: pero en palacio, ¿sobre qué es la envidia, sino sobre unas calzas viejas que desechó el señor por más que viejas? ¿O sobre hacerse secretario de lo que es público en la boca de todos? Pues quiero que entiendan los habladores y zizañeros de palacio, que ya con su argentería falsa pueden traer endiablado al señor, en tanto que por la tierna edad se deja lleva de congraciadores, que al fin son descendientes de sangres alimentadas con virtud y valor de ánimo, y han de caer en la buena cuenta mejor que en el yerro y conocer lo que es bien y mal, y premiarlo conforme a la intención con que ha corrido.

Preguntó aquel gentilhomme: ¿Pues no ha de tener el Príncipe criados, que por la reputación del señor sepan cumplir de palabra con los mercaderes, y entretener los acreedores a quien deben? Eso, dije yo, es lo que menos importa a los señores, porque los tales criados no mienten por entretener las trampas de los señores, sino por dilatar las que ellos hicieron a vueltas de ellos. Mas pregunto, ¿es forzoso que por estar un hombre ocioso y vicioso, ha de servir toda la vida, sujeto a las costumbres envejecidas de los que no pretenden más de vivir y morir, y por levantarse tarde y ejerci-



tar la poltronería han de estar todo el día arriados a la pared, como ánima de gigantón en puerta de tarbena? Bien sé que no han de ser todos soldados ni todos estudiantes, oficiales y sacerdotes, que servirse tienen las gentes de las gentes y los Príncipes de los hombres que sean hombres que no profesan la adulación por comer y holgar. Estudien, lean, aprendan algo de virtud, que no ha de ser todo congraciarse con el señor, derribando al uno, desacreditando al otro, y amenazando a aquél, y enfadando a todos. Sobre cosas que no tienen más calidad ni cantidad que comer y pasearse, y a la vejez contar historias, que ni las vieron ni las leyeron, ni aun quizá las oyeron, que la necesidad los hace inventores.

Ya se me iba desatando el frenillo contra la vida de palacio, como el estómago estaba desocupado y las parte orgánicas obraban más desenvueltamente, cuando entraron hachas encendidas alumbrando toda la casa, que sirvió la visita de que por una saetía entrase la luz a la mesa de los doce pajes, y acudiendo cada uno a sus obligaciones, quedé tan solo, que pude desamparar las mías en el tinelo, y deslicéme lo más calladamente que pude sin despedirme de nadie, ni hablar palabra, volviendo de cuando en cuando el rostro atrás, por ver si me seguían por la cosa que había hecho en el regalo mondonguil, que ni comí ni comiera, y en verme libre de aquel carnero de huesos mondos, entendí que me había escapado de alguna mazmorra de Argel.

Fuíme a mi posadilla, que aunque pequeña,

me hallé con una docena de amigos que me restituyeron mi libertad, que los libros hacen libre a quien los quiere bien. Con ellos me consolé de la prisión que se me aparejaba, y satisfice el hambre con un pedazo de pan conservado en una servilleta, y a la dieta con un capítulo que encontré en alabanza del ayuno. ¡Oh, libros, fieles consejeros, amigos sin adulación, despertadores del entendimiento, maestros del alma, gobernadores del cuerpo, guiones para bien vivir y centinelas para bien morir! ¿Cuántos hombres de obscuro suelo habéis levantado a las cumbres más altas del mundo? ¿Y cuántos habéis subido hasta las sillas del cielo? ¡Oh, libros, consuelo de mi alma, alivio de mis trabajos, en vuestra santa doctrina me encomiendo!

Reposé aquella noche muy poco, porque como el sueño, que se dió para descanso del cuerpo, se hace de vapores cálidos y húmedos que suben del estómago, y manjar al cerebro, y yo estaba casi en ayunas, fué tan poco mi sueño, que a las seis de la mañana estaba ya vestido. Santiguéme, y encomendándome al Autor de la vida, fuíme a un humilladero del bendito Angel de la Guarda, que está de la otra parte de la puente Segoviana.

El día amaneció claro, y el sol grande y de color amarillazo. Fuera de esto, en un rebaño de ovejas que encontré cerca de la puente ví que los carneros se topaban unos con otros, y de cuando en cuando alzaban los ojos al cielo; eché de ver la tempestad que amenazaba al día y díme prisa para volver pronto. Fuí a rezar, y en acabando llegó el ermitaño a mí, que

me pareció ser hombre de buen discurso, y me dijo: No hará tan buen día como hizo el del bienaventurado San Isidro, si se halló vuesa merced aquí. Si me hallé, dije yo, y he conocido las mismas señales de mal tiempo, por donde este día no se parecerá al otro. Cierto, dijo el ermitaño, que miré desde este alto y se me representó con la mucha cantidad que había de coches y carros, una hermosa flota de navíos de alto bordo, que me trajo a la memoria algunas que he visto en España y fuera de ella. En el mismo concepto, dije yo, estuve aquel día, que venía con un poco de gota, con el espacio y remanso que requiere tal enfermedad, y me acordé de la Armada de Santander, que tan hermosa apariencia tuvo, y tan mal se logró.

Llegando al medio de la puente, me llamaron para subir en un coche dos caballeros del hábito eclesiástico, de muy gallardos entendimientos, acompañados de prudencia y bondad.

Subí, y apenas estuve en el coche, cuando se alborotaron los caballos por una superchería que usó un hombre de a caballo con un hidalgo de a pie, de muy buena suerte, sobre haber sido estorbo para no hablar a su comodidad con una cuadrilla de cien mujeres que ocupaban un coche ajeno, que en cogiéndole prestado cabe dentro todo un linaje y toda una vecindad. Alborotada la flota carrozal, llegóse cerca de nosotros el autor de la pesadumbre, muy ufano de lo que había hecho. Díjole uno de aquellos dos caballeros, Bernardo de Oviedo: Si fuera lícito a los hombres todo lo

que pueden, no se fuera vuesa merced riendo de la sinrazón que ha hecho. Respondió al otro: Vuesa merced no debe saber qué cosa es ser enamorado. A lo menos, dijo Bernardo, sé que el amor no enseña a hacer cosas ruines.

Pasó acaso por allí el maestro Franco con su mula, y dijo al agresor: No se desconsuele vuesa merced, que por lo menos ha granjeado la voluntad de doce mujeres, que con esa hazaña y doce pasteles de costa, irán a decir que vuesa merced es un Alejandro y un Scipión. ¿Huégase conmigo, dijo el valiente? Pues vive Dios que si no fueran clérigos había de pasar el negocio adelante. Pues por eso, dijo el Maestro Franco, lo hizo Dios mejor, que sin quedar vuesa merced descomulgado nos ha dado harta materia para reír.

A todo esto estaba muy colérico cierto gentilhombre que iba allí, de buena conservación y poca substancia, y dijo: ¿Es posible que ha tenido aquel hidalgo paciencia para no vengarse de su agravio, aunque le hicieran pedazos? ¿De cuál agravio?, dijo Bernardo.

El anduvo muy bien en no hacer diligencia donde no había de aprovechar, y los agravios que no caen sobre materia no tocan a la honra, ni aun a la ropa, si bien perturban el ánimo. Jugando suelen decir mil disparates los que pierden, como decir: cualquiera que se huelga que pierda, miente, y es cornudo. Háse de reír de esto, porque nadie dió materia para la desmentida, y llámase materia la ocasión de agravio hecho con palabras o con obras, sobre que caiga la venganza. Si dándole a un jumento de varazos, le alcanzan a dar a un

hombre, o si jugando al mallo o a los trucos le aciertan a dar un palo, no tiene de qué sentirse, porque aquel agravio no cayó sobre materia, y la paciencia en semejantes casos arguye mucho valor de ánimo. Ea, señor, dijo el otro, que la paciencia en tan notorias injurias descubre pocos hígados en quien ordinariamente la tiene. Por tres cosas, dijo Luis de Oviedo, tiene un hombre paciencia notable: o por no entender bien las cosas del mundo; o por templanza natural de condición, o por virtud adquirida de muchos actos; y el que sin estas tres cosas sufre injurias que no puede remediar, manifiesta invencible ánimo para ellas y menosprecio para quien las hace.

Al tiempo que acababa esta conversación con el ermitaño, viendo todo el cielo revuelto y turbado fuíme a despedir para irme, y él me detuvo diciendo que antes que se acabase de pasar la puente me cogería la borrasca: dentro de poco espacio fué tan grande la tempestad de truenos y rayos, que la creciente, en menos de media hora, vino a cubrir los ojos de la puente, y fué forzoso cerrar las puertas del humilladero, que combatidas por el aire, hicieron mucho en no rendirse a su violencia. Mejor está vuesa merced aquí, dijo el ermitaño, que no en el camino. ¿Qué mejor, dije yo, que estando en la casa del mismo defensor de nuestras almas y cuerpos, criado para eso de la inefable bondad del Eterno Padre?; más bien guardados estamos que fuera de ella. Guarda a quien no solamente la heredad de Dios reverencia y conoce: pero aun en la an-



tigüedad, ciega de la lumbre de Fe, tuvo gran veneración, dedicándole templos, y levantándole altares en nombre del genio, que así llamaban los antiguos al benditísimo Angel Custodio. ¡Jesús, y qué continuos e inciviles truenos! ¡qué gruesa piedra! ¡qué perseverancia tan grande!

Desde que yo vine a Castilla, nunca entendí que fuera tan sujeta a tempestades tan desatadas como las que muchas veces he visto, que en mi tierra, por ser llena de grandes montañas muy altas y sujetas a la fuerza de los vientos, no es tan de admirar que se vean estos tan arrebatados turbiones, mezclados con vientos y granizos. ¿De dónde es vuesa merced?, dijo el ermitaño. Yo, señor, respondí, soy de Ronda, ciudad puesta sobre muy altos riscos y peñas tajadas, muy combatida de ordinario de ponientes y levantes furiosos: de manera que si fueran los edificios como éstos se los llevaran tormentas. Nunca he sabido hasta ahora, dijo el ermitaño, de dónde fuese vuesa merced, aunque le conocí en Sevilla, y le comuniqué en Flandes y en Italia. Miréle con cuidado, y haciendo reflexión, conocíle que había sido soldado donde dijo; holguéme, y abracélo, supe de él que se había retirado a la soledad de los montes algunos años a servir a Dios, y por haber enfermado se vino a poblado, o cerca de él, a pasar la vida eremítica, dándole a Dios lo que le quedaba.

Aunque la furia del argavieso no duró más de una hora, el agua que tras él se siguió durar sin cesar hasta el día siguiente, con furia de

vientos deshechos. El buen ermitaño se halló con carbón, encendió un brasero, e hizome quedar a comer con él, de lo que Dios le había enviado por mano de gente muy devota, de que hay muchísima abundancia en Madrid.

DESCANSO IX

Cerradas las puertas del humilladero, para defensa del viento, y encendido el carbón para la del frío, estaba el lugar abrigado y apacible, que la armonía que el aire hace con el ruido de los canales produce una consonancia agradable para las orejas y no para el cuerpo, que en esto se diferencia el oído del tacto, que hay cosas que tocadas son buenas, y oídas son malas, y al contrario.

Comimos, y encerrados todo el día con la obscuridad, la noche y día fueron todo noche. Tornó el ermitaño a repetir su primera pregunta, y como estábamos ociosos y encerrados, sin tener otra ocupación, tratamos de lo que se nos ofreció. Preguntóme dónde había estudiado, y cómo me había divertido tanto por el mundo, siendo de una ciudad tan apartada del curso ordinario, y que para la cordedad de la vida humana tiene bastantes y sobrados regalos para pasar con alguna quietud.

Yo le respondí a todo lo que me preguntó: Aunque aquellos altos riscos y peñas levantadas, por la falta de la comunicación, despertadora de la ociosidad, y engendradora de amistades, no son muy conocidos: con todo eso cría tan gallardos espíritus, que ellos mismos

apetecen la comunicación de las grandes ciudades y Universidades, que purifican los ingenios, y los hinchán de doctrina, por donde hay vivos en este tiempo varones, con cuya salud se alegra, con tanta aprobación de hombres doctos, que no tienen necesidad de la mía. Tuvíamos allí un gran maestro de gramática, llamado Juan Cansino, no de los que dicen ahora Preceptores, sino de aquellos a quien la Antigüedad dió el nombre de gramáticos, que sabían, generalmente, de todas las ciencias, doctísimo en las humanas letras, virtuoso en las costumbres, dechado que obligaba a que se las imitase, las cuales enseñó, juntamente con la lengua latina en que hacía muy elegantes versos. Era naturalmente manco de ambas manos; pero de los más respetados y temidos a fuerza de la virtud propia; lo cual granjeó con enseñar silencio más que hablar, porque decía él muchas veces que el hablar era para las ocasiones forzosas, y el callar para siempre. De esto, y la lengua latina, si no fuí de los mejores discípulos, tampoco fuí de los peores.

Estando yo razonablemente instruído en la lengua latina, de manera que sabía entender un epigrama y componer otro, y adornado con un poco de música (que siempre han tenido entre sí algún parentesco estas dos facultades), por la inquietud natural que siempre tengo y he tenido, quise ir a donde pudiese aprender alguna cosa que me adornase y perfeccionase el natural talento que Dios y naturaleza me habían concedido. Mi padre, viendo mi deseo e inclinación, no me hizo resistencia, antes me

habló a su modo con la sencillez que por allá se usa, diciendo: Hijo, mi costilla no alcanza a más de lo que he hecho; id a buscar vuestra ventura. Dios os guíe y haga hombre de bien; y con esto me echó su bendición, y me dió lo que pudo, y una espada de Bilbao, que pesaba más que yo, que en todo el camino no me sirvió sino de estorbo.

Partíme para Córdoba, aunque llegué entero, que es donde acude el arriero de Salamanca, y allí vienen de toda aquella comarca los estudiantes que quieren encaminarse para la dicha Universidad. Fuíme al mesón del Potro, donde el dicho arriero tenía posada, holguéme de ver a Córdoba la llana, como muchacho inclinado a trafagar el mundo. Fuíme luego a ver la Iglesia mayor, para oír música, donde me dí a conocer a algunas personas, así por acompañar a mi soledad, como por tratar gente de quien podía aprender; que realmente con la poca experiencia y haberme apartado poco había de mis padres y hermanos, acto que engendra encogimiento en los más gallardos espíritus, viendo que en aquella ausencia era forzoso, y que la fortuna nos acomete en cobardía, animéme lo mejor que pude, diciendo: la pobreza me sacó, o por mejor decir, me echó de casa de mis padres, ¿qué cuenta daría yo de mí si me tornase a ella? Si los pobres no se alientan y animan a sí propios, ¿quién los ha de animar y alentar? Y si los ricos acometen las dificultades, los pobres ¿por qué no acometerán las dificultades, y aun los imposibles, si es posible?

Enternézcome con la memoria de mis hermanos; pero ésta se ha de olvidar con el deseo de poderles hacer bien; y si no pudiere, a lo menos habré hecho de mi parte lo posible y obligatorio. No se vienen las cosas sin trabajo; quien no se anima de cobarde se queda en los principios de la dificultad; si no hago más que mis vecinos, tan ignorantes, que quedaré como ellos; ánimo, que Dios me ha de ayudar.

Fuíme a mi posada, o a la del mesón del Potro, y púseme a comer lo que yo pude, que era día de pescado: en sentándome a la mesa, llegó cerca de mí un gran marchante, que los hay en Córdoba muy finos, que debía ser vagamundo, y me oyó hablar en la Iglesia mayor, o el diablo hablaba con él, y díjome: Señor soldado, bien pensará vuesa merced que no le han conocido: pues sepa que está su fama por acá esparcida y muchos días ha. Yo soy un poco vano, y no poco: créímelo y le dije: Vuesa merced ¿conóceme? Y él respondió: De nombre y fama muchos días ha, y diciendo esto sentóse junto a mí y me dijo: Vuesa merced se llama N., y es gran latino, poeta y músico: desvanécime mucho y convidélo si quería comer: él no se hizo de rogar y echó mano de un par de huevos y unos peces, y comiólos: yo pedí más, y él dijo: Señora huéspeda (porque no posaba en aquella posada) no sabe vuesa merced lo que tiene en su casa; sepa que es el más hábil mozo que hay en toda la Andalucía: a mí dióme más vanidad, y yo a él más comida, y dijo: Como en esta ciudad se crían siempre tan buenos ingenios, tienen noticia de todos los que hay bue-

nos en toda esta comarca. ¿Vuesa merced no bebe vino? No, señor, respondí yo. Hace mal, dijo él, porque ya es un hombrecito, y para caminos y ventas, donde suele haber malas aguas, importa beber vino, fuera de ir vuesa merced a Salamanca, tierra frigidísima, donde un jarro de agua suele corromper a un hombre. el vino templado con agua da esfuerzo al corazón, color al rostro, quita la melancolía, alivia en el camino, da coraje al más cobarde, templá al hígado, y hace olvidar todos los pesares: tanto me dijo del vino, que me hizo traer de lo fino media azumbre, que él bebiese, que yo no me atreví.

Bebió el buen hombre, y tornó a mis alabanzas, y yo a oírlas de muy buena voluntad, y al sabor de ellas a traer más comida; tornó a beber y a convidar a otros tan desengañados como él, diciendo que yo era un Alejandro, y mirando hacia mí, dijo: No me harto de ver a vuesa merced, que vuesa merced es N. Aquí está un hidalgo, tan amigo de hombres de ingenio, que dará por ver en su casa a vuesa merced doscientos ducados.

Ya yo no cabía en mí de hinchado de tantas alabanzas, y acabando de comer, le pregunté quién era aquel caballero. El dijo: Vamos a su casa, que quiero poner a vuesa merced con él. Fuimos, y siguiéndole aquellos amigos suyos y del vino, y yendo por el barrio de San Pedro, topamos en una casa grande con un hombre ciego, que parecía hombre principal, y riéndose el bellacón, me dijo: Este es el hidalgo que dará doscientos ducados por ver a

vuesa merced. Yo corrido de la burla le dije: Y aun por veros a vos en la horca los diera yo de muy buena gana. Ellos se fueron y yo quedé muy colérico y medio afrentado con la burla, aunque dijo verdad, que el ciego bien diera por verme cuanto tenía.

Esta fué mi primera baza de mis desengaños, y el principio de conocer que no se ha de fiar nadie de palabras lisonjeras, que traen el castigo al pié de la obra. ¡De qué podía yo envanecerme, pues no tenía virtud adquirida en qué fundar mi vanidad! La poca edad está llena de mil desconciertos y deslumbramientos; los que poco saben fácilmente se dejan llevar de la adulación. Yo me dejé engañar con aquello que deseaba hubiera en mí, pero no es de espantar que un hombre sencillo y sin experiencia sea engañado de un cauteloso; mas será digno de castigo si se deja engañar segunda vez. No tenía de qué correrme por lo hecho, sino de qué aprender para adelante desapasionarme de las cosas del mundo; pero al fin me lastimó la burla de manera, que no siendo amigo de venganzas, quise probar la mano, a ver si sabría dar una traza para que me la pagase aquel burlador. Había otros estudiantes esperando al mismo arriero, híceme camarada con ellos, y comenzamos a pasear juntos. Yo me quité el vestido de camino y me vestí una sotanilla y ferreruelo negro de muy gentil ventidoseno de Segovia, y trújelo de manera, que los estudiantes lo conociesen bien, y luego me torné a poner de camino.

El bellaco del burlador vino a la tarde, rién-

dose mucho, y yo más, porque no entendiese que me había corrido; díjele: que quería por mi amigo a un hombre de tan buen gusto, y entre los dos y sus amigos reimos el disimulo con que había comido y hablado. El tenía conocimiento, no muy sencillo, en una casa donde se daba de comer razonablemente y a precio conveniente, y así me dijo, que quería que comiese yo allí siempre, porque nos harían cortesía: yo le dije: Sí haré, con tal que vuesa merced coma conmigo, pero estoy esperando un mercader que acude a las ferias de Ronda, para quien traigo una libranza de cien ducados, y hasta que él venga, no lo puedo pasar muy bien. No le dé a vuesa merced pena, dijo él, pensando que tenía lance, que yo haré que le fien cuanto quisiere. Eso no, dije yo, que temblo de tratar de fiar ni ser fiado, que por ahí se perdió mi padre. Yo le daré a vuesa merced una muy gentil prenda sobre que nos fien, hasta que venga este mercader. Sea en hora buena, dijo el buen hombre.

Fuíme a mi casa, y doblando muy bien aquel ferreruelo de veintidoseno, llámele a solas, de que él se holgó mucho, y díselo para que le llevase por prenda; yendo yo con él, vísele dar y comenzamos a comer sobre él el bellacón y los dos estudiantes, y yo estuve siempre alerta, que no pudiese entrar sin mí a la casa donde comíamos, porque no me hiciese alguna treta, como lo tenía pensado, que de mí no tenía sospecha. Vino el arriero de Salamanca, y tratamos de irnos.

El redomazo, como no pudo hacer treta con

el cuidado que yo tenía, a lo menos pidióle a la buena mujer una docena de reales sobre el ferreruelo, porque dijo que quería ir fuera; no pudo decírselo sin que yo lo entendiese; díjele: Pues se va fuera vuesa merced, dígale a esa señora que si yo viniese por el ferreruelo con el dinero, me lo dé.

Y así lo hizo, que su intención era desaparecerse hasta que se hubiese ido el arriero, y quedarse con la prenda. Desaparecióse, y yo fuí a un juez, y le dije con gran sentimiento y palabras que pudieran conmoverle, que como había sido estudiante, era fácil persuadirle, quejándome: Señor, yo soy estudiante, y estoy de camino para Salamanca; habiendo quince días que estoy aquí esperando al arriero, hanme hurtado un ferreruelo que me llegó a veinte ducados; tengo noticias que está en cierta casa, y suplico a vuesa merced porque no me desavíe de ir con el arriero, pues sabe vuesa merced, como tan gran estudiante y letrado, en qué caen estas cosas, me mande con justicia restituir el ferreruelo, que el que lo hurtó guardó al puntō crudo, porque me faltase tiempo para cobrarlo, y gozar más de su bellaquería. No le valdrá, dijo el Juez, que a semejantes trazas sé lo acudir con justicia y diligencia. ¡Qué grande maldad que a un pobre estudiante, que quizá no llevaba otra cosa con qué honrarse en Salamanca, le querían desviar quedándose con su hacienda hurtada!

Dió luego a un alguacil y escribano comisión para que hiciese la diligencia. Yo repartí entre los dos ocho reales, con que se les encendió

el deseo de cumplir con lo mandado por el juez. Fuí con los dos estudiantes a la buena mujer, Dios me lo perdone, y dejando a la puerta al escribano y alguacil, díjele que me sacase el ferreruelo. Sacólo, viéronlo los estudiantes, y conocieron ser el mío.

Entraron el alguacil y escribano, y tomados los testigos, la mujer dijo: que no quería dar el ferreruelo sino a quien lo había empeñado, que era un conocido suyo, hombre muy honrado. El escribano se hizo depositario de él, y en llegando al juez con la información, mandó entregarme mi ferreruelo, dando mandamiento de prisión contra el bellaconazo, que si antes no parecía por lo que quería hacer, después no pareció por lo que quería hacer con él. Fuímonos con el arriero, y habiendo comido a costa suya, lo dejamos en este trance, con que reímos todo el camino. No alabo yo el haber hecho esta pesada burla, que al fin fué venganza, cosa indigna de un valeroso pecho, y que realmente en esta edad no la hiciera; pero quien hace mal a quien no se lo merece, ¿qué espera sino venganzas y castigo? Estos hombres vagamundos y ociosos, que se quieren sustentar y alimentar de sangre ajena, no merecen que toda la república sea su fiscal y verdugo.

El ocioso siempre piensa en hacer mal, o en defenderse del que ha hecho, y en no pensando en esto, está triste y melancólico. La melancolía facilísimamente acomete a los holgazanes. ¡Qué contento queda uno de éstos cuando ha puesto en ejecución su maldad, y qué presto vuelve a estar en su mala intención! La misma

vida que trae el ocioso, lo trae arrastrando: por más infelice tengo a un hombre ocioso, que a un enfermo; porque éste tiene la esperanza de salud, y la procura con todos los medios posibles; mas los ociosos y vagamundos nunca desean salir de su mal estado: como el que está en galeras muchos años no se halla fuera de aquella miseria, así el ocioso, en ocupándolo, no se halla fuera de su ruin vida. ¡Qué disgustos pasa cuando juega y pierde! ¡Qué desesperación siente cuando ve a los virtuosos bien apuestos! ¡Qué carcoma infernal le acomete cuando se ve incapaz de merecer lo que el otro alcanza!

Dios nos libre de tan abominable vicio, origen y principio de pobreza, poca estimación, olvido de la honra y ofensa de la Majestad de Dios.

DESCANSO X

Fuímos caminando con el arriero la mitad del camino al pie de la letra, y la otra como tercios de pescado cuando el arriero se le antojaba; que era mozo resuelto, de condición desaparecible, enseñado a perder el respeto a los estudiantes novatos, y así nos quiso hacer una burla en un pueblo pequeño, y en parte la hizo; lo uno por llevar los mulos descansados, y lo otro porque pensó, quedándose solo, derribar la fortaleza de una mujercita de buena gracia que iba en nuestra compañía, destituyéndola del arrimo y apoyo que llevaba con cierto oficial que se había de casar con ella.

Fingió que le habían hurtado un zurrón de

dineros, y que la justicia venía a prendernos a todos por darnos tormento hasta averiguar quién lo tenía: y junto con esto juró que nos había de dejar en la cárcel, y caminar con los mulos lo que pudiese, que para muchachos sin experiencia cualquiera temor de estos bastaba: creímoslo como si fuera verdad averiguada, y encareciólo de manera que nos hizo andar toda aquella noche, tras lo que habíamos caminado el día antes, cinco o seis leguas, y no caminando, sino huyendo por dehesas y montañas, fuera de camino, sin guía que nos pudiese alumbrar por donde íbamos; y él se quedó riendo, importunando con requiebros y mal lenguaje a la pobre mujer sola y sin defensa; pero no le sucedió como pensaba, porque el ruido que él había hecho había sido por medio de un alguacilejo amigo suyo: y la mujer, como valerosa, después de haberse defendido de la violencia, que con ella quiso usar, tuvo modo de escabullirse de él, y yéndose al Alcalde, le dijo con grandísima acción de palabra y sentimiento, que aquel arriero había hecho una estratagemma y maraña muy perniciosa para aprovecharse de ella y quitarle el remedio que consigo traía.

Creyólo el buen hombre, así por conocer la desvergüenza y mal trato del arriero, como por atajar el daño que a la pobre mujer le podía suceder; y afeándole este caso y la inhumanidad que había usado con los estudiantes, le mandó que diese fianzas, que llevaría muy regalada a la mujer, sin hacerle agravio ni ofensa, y que no le castigaba muy gravemente por no desviar la jornada a los estudiantes: y amo-

nestóle que mirase cómo procedía, porque le castigaría con todo rigor, sin tener respeto a cosa alguna, si por el camino iba haciendo inscencias, y mandóle con ésto que se avisase muy de mañana para recoger a los cansados y hambrientos estudiantes: ¡oh arrieros, impía gente y sin caridad! ¡cruels contra su misma naturaleza! No reconocen a nadie más de en cuanto le están quitando el dinero. Y así los castiga Dios, porque tienen muchas posadas y pocos amigos. Todos los géneros de gente aman la piedad si no son éstos. El día que no hacen alguna burla a los caminantes, no están en sí. Tratan con bestias y así se van convirtiendo en su naturaleza. No se ha visto que llevando bestias vacías aliviassen del trabajo y cansancio del camino a algún miserable; parece que les falta el uso de la razón natural como a éste, que no pudiera uno de la ley contraria usar con nosotros más exorbitante bellaquería que hacen huir de noche, cansados de haber caminado el día antes, sin más ocasión que cometer dos enormes maldades. Ibamos huyendo, y por no ser sentidos, y en tropa, dividímonos cada cual por donde mejor le pareció.

Yo seguí una media vereda, que estaba bien cubierta de árboles; hice cuanto pude de mi parte para no quedarme más atrás de los otros, pero mi cansancio era de modo que en poco espacio a ninguno de todos sentía. Puse el oído en la tierra, que de este modo se oyen mejor los pasos, aunque estén algo lejos: no sentí cosa que me hiciese compañía.

Traspúseme un poco, y luego díme priesa a



andar, volviéndome hacia atrás, pensando que iba delante, y así cuanto más andaba y me apresuraba, menos esperanza tenía de alcanzar los compañeros: hacia las espaldas me parecía que oía perros ladrar algo lejos, que como los compañeros iban apriesa alteraban estos animales.

Como no estaba ejercitado en caminos, y el día antes había trabajado en eso, el sueño, como descanso general de todos los miembros, solicitaba sus horas diputadas, y no pudiendo ya más conmigo, rendíme al cansancio y al sueño. Topéme con un alcoroque, bien ancho de tronco, y por una parte descorchado, de suerte que formaba un arrimo a modo de alacena, donde pude arimar y reclinar las molidas espaldas. Dejéme dormir; pero como no se duerme bien sentado, caíme de lado como una cosa muerta.

Desperté a cabo de un rato, porque parecía que me andaban hormigas por el rostro limpiélas con la mano y volvíme del otro lado: torné a recordar, porque sentí lo mismo; pero como el cansancio era tanto, y el sueño tan profundo, aunque algo temeroso de la soledad en que me veía, dejéme caer tercera vez en el mismo lugar. No mucho después, aunque el sueño no mide el tiempo, desperté a una tristísima y cansada voz de un ¡ay! que al parecer salía de las entrañas de la tierra, que hizo en las mías tal armonía, que por poco me faltara el aliento y la vida; más teniendo la respiración, así por el temor como por tornar a escuchar con atención la dolorosa voz, sentí otra más cerca de mí, que como había unas matas un poco altas, no veía el instrumento de donde salía.

Ya yo estaba casi por expirar, o para hacer alguna flaqueza indigna de hombre de pecho, cuando muy cerca de mí, tanto que veía el bulto, sonó tercera vez la voz diciendo: ¡Ay de mí, más infelice y sola que cuantas padecen cautiverio y servidumbre en las mazmorras de crueles e inclementes moros! ¡Ay de mí, la más desventurada de las que han visto despedazar sus hijos en su presencia! ¡Ay, más sin remedio y consuelo que las ya condenadas por sentencia de rigoroso juez! ¡Oh sitio maldito, árbol descomulgado, testigo de dos muertes, por quien yo diera mil vidas, si las tuviera! ¿Qué exequias hará quien desea morir sin ellas, siendo homicida de sí propia? ¿Con qué llanto podré entregarme a la rabiosa muerte que tanto huye de mí? ¿Cuántos días y noches vengo a ver si puedo acompañar estos despedazados miembros?

Yo me levanté, y estando ella junto a mí, sin hacer movimiento, y yo temblando, me dijo: ¿Eres acaso sombra que vienes enviada de la región de los muertos a llevarme a la compañía de mi esposo y de mi amigo? Si eres de allá, ya sabes que en este mismo lugar adonde estás, mi amante dió la muerte a mi esposo sin consentimiento mío, por gozarme a solas y con libertad, y que en ese mismo árbol el amante, que me había quedado para consuelo, pagó la culpa de su delito. Veslo ahí sobre tí colgado, siendo mantenimiento de aves y animales.

Yo, escandalizado, alcé el rostro, y ví, porque ya comenzaba a amanecer, a aquel cuyos gusanos andaban por mi rostro, cuando yo pen-

saba que eran hormigas; y confieso que con el horrendo espectáculo de la desesperada mujer, y con el hediente espantajo del árbol, sino hubiera luz me cayera muerto, cortado y sin fuerzas; más para no hacerlo, me ayudó el oír los cencerros y campanillas de la recua del arriero, que ya salía del pueblo, porque, como arriba dije, pensando que iba delante, me iba hacia atrás, y a él le hicieron salir más de mañana que solía, porque fuese a recoger los engañados estudiantes.

Y prosiguiendo la miserable mujer, dijo: Y si eres de este mundo, huye de este execrable lugar y déjame proseguir mis acostumbradas exequias, desesperado mantenimiento con que me desayuno todas las mañanas: y bien pudo dudar la irremediable mujer si yo fuera fantasma o visión horrible de los olvidados sepulcros; porque el temor me había chupado los carrillos, alargado el rostro y teñido el color de rojo en pajizo: la falta de sueño me tenía hundidos los ojos a lo último del colodrillo: el hambre prolongado el pescuezo vara y media, y el cansancio desjarretado piernas y brazos; el ferreruelo tenía hecho turbante sobre la cabeza: ¡qué figura para no juzgarme por del otro mundo, y no digo lo demás por mi honra!

No pude responder palabra, ni ofrecerle ningún favor, porque para mí le había menester. No acertaba a apartarme de aquella más que horrible mujer, de ojos encarnizados y hundidos, nariz prolongada, rostro arrugado y hambriento, dientes amarillos, labios negros barba aguzada, el cuello que parecía lengua de vaca:

torcíase las manos que parecían dos manojos de culebras, y todo lo demás de esta traza.

El temor me tenía trabado el entendimiento, y el entendimiento todas las demás acciones que podían aprovecharme para partirme de ella; pero alentándome lo mejor que pude, y pude muy mal, fuí moviendo los pies como toro desjarretado, maldiciendo la soledad y a quien quiere andar sin compañía y considerando qué bien puede traer, si no es estas cosas y otras peores, ¿qué temores nos trae?, ¿qué imaginaciones no engendra?, ¿qué males no causa?, ¿qué desesperaciones no ofrece? Los que tienen aborrecida la vida, buscan la soledad para acabarla de presto. Quien huye la compañía, no quiere ser aconsejado en su mal. ¿hay más apacible cosa que la compañía?, ¿ni más odiosa que la soledad? ¿Cuántas desdichas, cuántos robos, cuántas muertes suceden cada día por ir sin compañía? ¿Cuántas venganzas se ponen en ejecución, que no se pondrían sino por la soledad? Al solo nadie le va mano en el mal, ni le ayuda en el bien. ¡Ay del solo, que si cae, no hay quien le ayude a levantar! Andese quien quiera solo, que la soledad sólo es buena para santos o para poetás, que los unos tratan con Dios, que los acompaña, y los otros con su imaginación, que los desvanece.

DESCANSO XI

Con estas solitarias consideraciones llegué al camino, donde viéndome el arriero, con más blandas palabras que solía, paró la recua, y

con cortesía y afabilidad me dijo que subiese, do-
liéndose mucho de la mala noche que habíamos
padecido. Y aun si bien lo supiéredes, dije yo,
y preguntando a la mujer que venía con él,
qué novedad era aquélla, respondió lo referido.

Los demás, con el marido de la buena mujer,
hallámonos ya hartos de dormir y comer: yo,
aunque me preguntaron cómo me había queda-
do atrás, no respondí más de que había errado
el camino.

Del cuento sucedido no les dije palabra; lo
uno por pensar que pudiera haber sido ilusión
del enemigo del género humano, lo otro porque
las cosas tan extraordinarias hacen diferentes
efectos en los que las oyen, el más cierto es
reírse, dar matraca a quien las cuenta. Las co-
sas en que puede ponerse duda no se han de
decir sino a los muy particulares amigos, o los
discretos que las reciben como ellas son. No to-
dos tienen capacidad para oír cosas graves.
Verdades que pueden escandalizar y alborotar
los pechos, cuando no es necesario, no se
han de decir.

Yo reventaba por hablar; pero consideraba
que me ponía a peligro de no ser creído. Más
vale callar que dar ocasión de incredulidad o
murmuración. La admiración da ocasión al si-
lencio, y de esta vez quise ver si podía enseñar-
me a callar.

Fuimos nuestro camino sin suceder cosa no-
table, yo callando y los demás preguntándome
la causa: yo respondía no más de que era con-
dición natural mía: pero en todo el camino no
se apartó de mi imaginación la mujer, el árbol,

la fruta y la cama llena de gusanos, hasta que llegamos a Salamanca, donde la grandeza de aquella Universidad hizo que se me olvidase todo lo pasado.

Alegróse mi alma de ver que los ojos gozasen lo que tenían los oídos y los deseos llenos de la soberbia fama de aquellas academias que han puesto silencio a cuantas ha habido en el mundo. Ví aquellas cuatro columnas sobre quien estriba el gobierno universal de toda la Europa, las bases que defienden la verdad católica. Ví al padre Mancio, cuyo nombre estaba y está esparcido en todo lo descubierto, y otros excelentísimos sujetos, con cuya doctrina se conservan las facultades en su fuerza y vigor. Ví al Abad Salinas, el ciego, el más docto varón en música especulativa que ha conocido la antigüedad, no solamente en el género diatónico y cromático, sino también en el armónico, de quien tan poca noticia se tiene hoy, a quien después sucedió en el mismo lugar Bernardo Clavijo, doctísimo en entender y obrar, hoy organista de Felipe Tercero.

En comenzando a beber del agua de Tormes, frigidísima, y a comer de aquel regalado pan, me cuajé de sarna, como les sucede a todos los buenos comedores, de manera que estudiando una noche la lección de sùmulas me comencé a rascar los muslos al sabor de unos carboncillos que tenía encendidos en un tiesto de cántaro, y cuando volví en mí los hallé tan desollados, que con el agua que destilaban me quedé hecho un alquitara, y por quince días me negaron la obediencia y respeto; daño en que ordinariamente

caen los principiantes en Salamanca, porque como el pan es blanco, candeal y bien sazonado, y el agua delgada y fría, sin consideración comen y beben, hasta cargarse unos de la perruna, y otros de la gruesa, y así es menester que los que comienzan nuevos en Salamanca, lo uno por la frialdad y sutileza del agua, y lo otro porque los estudiantes van hechos al regalo de sus casas y de sus padres y tierras, y con la poca edad se recibe más fácilmente el daño; fuera de que entrando con este cuidado, la templanza es la que conserva la salud y aviva el ingenio.

Los repletos de comida y bebida están incapaces de acudir a las cosas de entendimiento y prudencia, y realmente la templanza da más gusto a los mantenimientos del que éstos en sí tienen, y con ella se templa la lujuria en los mozos; pero yo me hube tan destempladamente con el pan y agua de Salamanca, que por la Natividad de nuestro Redentor me dieron unas grandísimas calenturas; llamé al doctor Medina, Catedrático de Prima, doctísimo de aquella Universidad, y lo primero que hizo fué mandar que me quitasen el agua.

Yo le dije que mirase que era colérico y muy encendido de sangre, y él me respondió, como si dijera una gran hazaña suya: Ya saben que el doctor Medina quita el agua a los enfermos. Creció la calentura, y no el remedio: comenzó a darme unos cordiales, que no aprovecharon cosa, porque la salud de los coléricos con calenturas sólo consiste en darles agua fría a sus tiempos, sangrias moderadas, y con-

sistiendo la salud mía en no negarme el agua, no me la dejaran en todo el aposento.

Diéronme unos baños con veinte suciedades, y dejáronse allí una artesilla en que me los habían dado: yo me ví tan impaciente, y tan acosado de la sed, que me levanté como pude a buscar agua, y como no la hallé, pegué con la artesilla del agua, que estaba fría como un hielo, y a dos golpes que bebí, la dejé en el asiento, y la panza como vela latina con el viento en popa; pero duró poco, porque dentro de un ochavo de hora comenzó el estómago a basquear, y arrojó tanta cantidad a bocanadas, que de vacía la barriga, la doblaba como alforja de un lado sobre otro.

Vino a la mañana el Doctor y vió el artesilla más llena que la dejó, porque en ella misma descargó el nublado. Preguntóme cómo me hallaba, respondíle que muerto de hambre. Miró el pulso y hallóle sin calentura: admiróse de ver la mudanza, y dijo: ¡Oh, milagroso baño! No se ha inventado tal medicina en el mundo: no le he dado a hombre que no le haga notable provecho. Habránle tomado, dije, como yo. Este baño, dijo el Doctor, alienta y refresca, confortando las partes interiores. ¿Y cómo se le dá vuesa merced, dije yo, a los demás? Tibio, respondió él, y bañando todo el cuerpo por de fuera. Pues désele, dije yo, frío, y bebido, que así le tomé yo, y les aprovechará mucho más, y contéle el caso; dijo: *rectum ab errore*, repitiéndolo cuatro o cinco veces, y haciéndose cruces se fué, y me dejó sano.

Hay médicos tan crueles, que a un pobre

enfermo colérico fogoso le dejan que se le abra el hígado, y se le sequen los huesos: pareciéndoles que negándole el agua acabarán más presto con la enfermedad y el enfermo. Aquel refrán que dicen: al que es de vida, el agua le es medicina, se ha de entender de esta manera, que aquel *debida* es participio: de manera, que al que es *debida* el agua, y al que se le debe el agua, a éste, le es medicina, que no al otro. Y siendo así, ¿a quién se le debe más que a un colérico con calenturas?

Y esa otra significación ordinaria la tengo por burla y modo de hablar de gracia. En Ronda conocí un tejero que hacía cuarenta y cuatro años que no probaba gota de agua, que decía por donaire que él no había de beber licor donde se ensuciaban las ranas. Vino una vez con tanta sed y cansancio, que para quitarla bebió un jarro de agua fría, que dentro de veinticuatro horas le puso como el barro con quien trataba. A éste no se le debía el agua. Lo uno por no estar acostumbrado a ella, lo otro porque su estómago no era de hombre colérico, y al que es *debida* el agua le es medicina.

DESCANSO XII

Si los trabajos y necesidades que los estudiantes pasan no los llevase la buena edad en que los coge, no había vida para sufrir tantas miserias y descomodidades como se pasan ordinariamente; pero con ser en la puericia y adolescencia, edad tan quitada de cuidados y sentimientos, se hace gusto del acíbar, risa y

pasatiempo de la necesidad, con que se va pasando aquel espacio en que se sazona e hincha de doctrina el entendimiento, que con la esperanza del premio todo se hace sufrible.

Ninguno hay que no se prometa grandes cosas en los primeros años, que en comenzando a gustar o disgustarse de la mala correspondencia, por la tardanza de los arrieros, o de olvido de los padres y parientes, por la mayor parte se encogen y desaniman, especialmente aquellos que por ser pobres no tienen quien les acuda con lo necesario o parte de ello; que cierto desjarreta mucho la necesidad al que con buenos pensamientos comienza los estudios.

La falta de mantenimientos, al carecer de libros, la desnudez, la poca estimación que consigo traen estas cosas, tienen muchos y grandes ingenios acobardados, arrinconados, y aun distraídos por la privación de sus esperanzas mal logradas. Yo confieso de mí, que la inquietud natural mía, junta con la poca ayuda que tuve, me quebraron las fuerzas de la voluntad, para trabajar tanto como fuera razón. Y como en esta edad los alientos de la mocedad están tan dispuestos al mantenimiento, nunca se ve uno harto. Acuérdomme, que después de haber comido la ración del pupilaje de Gálvez, me comí seis pasteles de a ocho en una pastelería excelentísima que había en el desafiadero. Miren qué alientos estos para las necesidades de Salamanca.

Estábamos después de esto tres compañe-

ros en el barrio de San Vicente tan abundantes de necesidad, que el menos desamparado de las armas reales era yo, por ciertas lecciones de cantar que yo daba; y aun las daba, porque se pagaban tan mal, que antes eran dadas que pagadas; y aun dadas al diablo. Consolábamonos con la igualdad de la provisión, y aunque parezcan niñerías, indignas de este lugar y aun de acordarse y tratarse, tengo que decir alguna para que no se desanimen los que se vieren con ingenio y pobreza, y con deseo de saber: que haciendo gusto de la necesidad, puede llevarse la penuria que de ordinario se pasa en los estudios: ver pasar a otros mayores trabajos, disminuye la fuerza de los nuestros.

Misericordias y necesidades ajenas (aunque sean contadas para ejemplo) en parte consuela a los afligidos. ¿Qué trabajos puede tener un estudiante, que no los haya mucho mayores?

El trabajo y necesidad que toca a muchos y muchos le llevan, se hace sufrible, aligera y alivia las cargas de todos. Cuanto más el que con buen ánimo acomete el trabajo, la mitad tiene hecho, y al fin los valerosos ánimos atropellan las forzosas necesidades. Dígoles, porque las que pasaron mis compañeros y yo fueron de manera, que pudieran consolar a los estudiantes más llenos de miserias del mundo, y entre otras contaré una que puede servir de risa y de consuelo.

Hallámonos una noche, entre otras muchas, tan rematados de dineros y paciencia, que nos salimos de casa medio desesperados,

sin cenar, sin luz para alumbrarnos, sin lumbré para calentarnos, haciendo un frío que en echando el agua en la calle se tornaba cristal. Yo fui en casa de cierto discípulo, y dióme un par de huevos y un panecillo: vine muy contento a casa y hallé a mis compañeros temblando de frío y muertos de hambre (como dicen los muchachos), que no osaban desenvolver un poco de rescoldo que se había guardado para su menester. Dije lo traía, salieron a buscar algunas serojas para avivar el rescoldo; vinieron presto muy contentos, por haberse hallado un leño bien largo; pusiéronlo al poco rescoldo que había quedado, y soplamos cuanto pudimos todos tres, y el leño no se quería encender: tornamos a soplar una y otra vez; pero quedándose el leño sin encender, se hinchó el aposento de un humo muy hediondo.

Eché un papel en el rescoldo para que diera luz en el aposento, y en encendiéndose, descubrió, que el leño era un muy descarnado zancarrón de un mulo, que por poco nos hiciera reventar de asco; y si antes no cenamos por no tener qué, después no cenamos por eso y por la náusea de nuestros estómagos, que hubo alguno que purgó por dos partes lo que no había comido, ni cenado, hasta echar sangre por la boca, y el que lo trujo quiso cortarse la mano.

Bien confieso que no son estas cosas para contarse; pero como sean para consuelo de afligidos, y mi principal intento sea enseñar a tener paciencia, a sufrir trabajos y a padecer desventuras, puede llevarse con los demás que

no cuento. Todo lo que se escribe, para doctrina nuestra se escribe, y aunque sea de cosas humildes, se ha de recibir para el efecto que se dice. Y habemos de pensar, que ni en los ejemplos de cosas grandes hay siempre provecho, ni que en las pequeñas falta doctrina. Tan bien se reciben los fábulas de Esopo, como las estratagemas de Cornelio Tácito. Más gusto se halla en un higo que en una calabaza: así conté una niñería como ésta; porque para decir necesidades de estudiante, que son de hambre, desnudez y mal pasar, también las historias ejemplos han de ser de pobreza, para consolar a quien la padece.

No paró aquí la mala desventura de aquella noche, porque estando a la puerta de la calle, por no poder sufrir el pestilencial olor del leño mular, pasó rondando el Corregidor (que al presente era D. Enrique de Bolaños, muy gran caballero, cortés y de muy buen gusto), y nos dijo: ¿Qué gente? Yo me quité el sombrero, y descubrí el rostro, y haciendo una gran reverencia, respondí: Estudiantes somos, que nuestra misma casa nos ha echado a la calle. Mis compañeros se estuvieron con sus sombreros y cebaderas sin hacer cortesía a la justicia. Indignóse el Corregidor, y dijo: Llevad presos a esos desvergonzados. Ellos, como ignorantes, dijeron: Si nos llevaren presos, nos soltarán un pie a la francesa; y asíéronlos, y lleváronlos por la calle de Santa Ana abajo: yo con la mayor humildad que pude, le dije: Suplico a vuesa merced se sirva de no llevar a la cárcel a esos miserables, que si vuesa merced supiese

cómo están, no los culparía. Tengo de ver, dijo el Corregidor, si puedo enseñar buena crianza a algunos estudiantes. A estos, dije yo, con dalletes de cenar, y quitalles el frío, los hará vuesa merced más corteses que a un indio mejicano: y junto con esto (viendo que me escuchaba de buena gana), le conté lo pasado de los huevcs y de la humareda que procedió del sacrificio acemilar.

Rióse del cuento (que tenía mucha apacibilidad), y a costa de ciertas espadas que había quitado a ciertos escolares vagamundos, les hinchó el vientre de pasteles y marrana, y de lo de la tabernilla, y a mí me hizo mucha merced de allí en adelante. Díjeles a mis compañeros amigos: Muy mal anduvistéis con el Corregidor. ¿Por qué?, preguntaron ellos, ¿es nuestro juez? Respondí yo: Porque a las personas constituídas en dignidad, sean o no sean superiores nuestros, tenemos obligación de tratarlos con reverencia y cortesía: y no sólo a éstos, sino a todos los más poderosos, o por oficios, o por nobleza, o por hacienda, porque siéndoles bien criados y humildes, en cierta forma los igualamos con nosotros, y haciendo al contrario, nos damos por enemigos de los que nos pueden agraviar muy a su salvo.

Dios crió el mundo con estos grados de superioridad, que en el cielo hay unos Angeles superiores a otros, y en el mundo se van imitando estos mismos grados de personas, para que los inferiores obedezcamos a los superiores. Y ya que no seamos capaces de conocernos a nosotros propios, seámoslo de conocer a

quien puede, vale y tiene más que nosotros. Esta humildad y cortesía es forzosa para conservar la quietud y asegurar la vida. Es muy grande yerro querer ajustar nuestras fuerzas con las de los poderosos, usar del rigor de nuestra condición con quien es más cierto el perder que el ganar. La humildad con los poderosos es el fundamento de la paz, y la soberbia la destrucción de nuestro sosiego, que al fin pueden todo lo que quieren en la República.

En esta vida pasé tres o cuatro años, hasta que se me dió una plaza en el colegio de San Pelayo, estando entonces allí el Sr. D. Juan de Llanos de Valdés, que cuando esto se escribe es del Consejo Supremo de la Inquisición, en compañía de sus hermanos, tan grandes estudiantes como caballeros, y el señor Vigil de Quiñones, que a fuerza de virtud y merecimientos es ahora obispo de Valladolid; donde teníamos conclusiones todos los sábados, y pudiera yo aprovecharme, si la necesidad de mis padres y el deseo que yo tenía de servirles no me sacara con una carta suya para ir a heredar cierta hacienda, de que un pariente me quería hacer donación, o capellanía.

DESCANSO XIII

Salí de Salamanca con dinero que bastara para dejar de ser peón, y como era fuerza el serlo, acordándome de la poca población que había en Sierra Morena, por aquella parte de la Hinojosa, que había quince leguas sin po-

blado, y por no dejar de ver a Madrid y a Toledo, vine por esta máquina, pasé por Toledo y Ciudad Real, donde una monja muy virtuosa y principal, llamada doña Ana Carrillo, me regaló y ayudó para el camino.

Saliendo de Ciudad Real me encontré con un mozo de muy buen talle, que parecía extranjero: fuímos caminando hacia Almodóvar del Campo, y topamos con dos gentiles hombres en el camino, que llevaban entre los dos un muy gallardo macho, remudando a veces de cuando en cuando. Trabamos conversación con ellos, y parece que se inclinaron a no dejarnos atrás. Colegí de su modo de proceder, que serían lengua de dos mercaderes, que iban a la feria de Ronda con muy gentil dinero, que a mí me dió gusto por ser aquel mi viaje. No me pareció bien y con gran cuidado les miré a las manos, y a las bocas.

Entramos en una misma posada, y como yo llevaba tragada la malicia, y andaba sobre aviso, no hablaban palabra, que fingiéndome dormido no se la entendiese. El uno de ellos no hacía sino entrar y salir en la posada, hasta que ya topó con la de los mercaderes.

En amaneciendo cogió el uno de ellos una cabalgadura, y se partió delante, llevando para cierto efecto una graciosísima sortija (que no pudieron dar la traza, sin que yo la oyese). Fuése aquel delantero, como criado, y quedóse esotro como señor.

Muy por la mañana aderezó su macho, y estuvo con mucho cuidado aguardando a que pasasen los mercaderes: en pasando, hízose

encontradizo con ellos, y preguntóles con grande comedimiento adónde caminaban, y respondiéndole ellos que a la feria de Ronda, hizo grandes demostraciones de holgarse, diciendo: Mejor me ha sucedido que pensaba, en haberme encontrado con tan principal compañía; porque voy a la misma feria, a comprar un atajuelo de doscientas o trescientas vacas, y por no haber andado este camino, a lo menos de las Ventas Nuevas adelante, iba con algún recelo de mil daños, que suelen suceder a los que llevan dinerillo, y habiendo encontrado con vuestas mercedes, iré muy consolado, así por la buena compañía, así como porque vuestas mercedes me encaminarán allá, pues tienen más inteligencia que yo para lo que voy a comprar. Ellos le ofrecieron de ayudarle, y hacerle amistad en la feria, por ser muy conocidos en la ciudad.

Estos dos bellacones que iban en seguimiento de los mercaderes, a lo que después entendí, eran de un género de fulleros que entre ellos llaman donilleros; fueron riendo por el camino, porque el fullerazo era grande hablador, y les iba diciendo cuentos, con que los entretenía con mucha gracia y donaire. Yo por no perderlos hasta ver el fin, andaba lo más que podía asiéndome de cuando en cuando al estribo, o al trancado del macho, que como dije que iba a la feria de Ronda, y era natural de ella, los mercaderes me animaban y esperaban a ratos.

Llegando cerca de cierta venta, que la mitad del año está desamparada, puesta en una

ladera a mano derecha como subimos, el fullero sacó de la faltriquera ciertos mostachones, que por la mucha especie, llaman la sed a tiro de arcabuz, y dió a cada mercader uno, y como era por el mes de mayo, cuando llegaron a emparejar con la venta, que estaba medio caída y sin gente, iban ya pereciendo de sed, dijo el fullero: Aquí dentro hay una fuente-cita muy fresca, entremos a cumplir con los mostachones; y si vuestas mercedes quieren, aquí llevo una bota de muy gentil vino de Ciudad Real con que podemos hacer satisfacción al llamamiento. Apeáronse, y entró el fullero primero en la venta, llegó a la fuente, y siguiéndole los mercaderes, bajóse a beber, y dijo con grande admiración: ¡Ay! ¿qué es esto que me hallo aquí? Y alzó la sortija que el ladrón de su compañero había dejado en la fuente. ¡Oh qué graciosa sortija! dijeron los mercaderes; sin duda que algún caballero se la quitó para lavarse las manos, y se la dejó olvidada: cada cual se holgará de habérsela hallado. Todos tres, dijo el bellaco del fullero, la hallamos, y de todos tres ha de ser. ¿Pues qué haremos de ella? dijo un mercader. Echarla a una quínola, dijo el fullero, en llegando a la ventana, y a quien Dios se la diere, San Pedro se la bendiga. Bien dice vuesa merced, dijeron los mercaderes, y a fe que si la gana cualquiera de los dos, se ha de emplear muy bien; por cierto la sortijuela era de mucha codicia, porque al rededor tenía doce diamantes, aunque pequeños muy finos, y en lugar de piedra un rubí de hechura de corazón, que a cual-

quiera aficionara, labrado todo con mil donaires.

Fueron todos muy codiciosos de ella, tratando por todo el camino los mercaderes del descuido del que la había perdido, y el bellacón del cuidado del que la había dejado, haciendo mil monerías con ella, para ponerles más codicia.

Llegaron a Ventas Nuevas, y no parando en la primera llegaron a la segunda por hallarse más cerca del puerto. Apeáronse, y el bellacón sacó la bota de vino añejo de Ciudad Real, de más hojas que un Calepino, de que bebieron de muy buena gana. En comiendo un bocado de prisa, por codicia que cada uno tenía de la sortija, que les estaba haciendo el ojo, con el bocado en la boca, preguntaron al huésped si tenía naipes para echar una rifa. Dijo que no, y el ladrón del compañero, haciéndose el bobo, dijo: Yo llevo aquí unas no sé cuántas barajas que me encomendaron en mi pueblo, y por las muchas que allá se levantan sobre ellas, no las llevo de muy buena gana. Si sus mercedes me las pagan, yo se las daré. Mostrad acá, dijo el fullero, que estos señores y yo os las pagaremos muy bien.

Dióles una baraja hecha a su modo, y como el licor de Ciudad Real se arrima tanto al corazón y humea para el cerebro, alegráronse, y con mucho gusto echaron la rifa a cuatro quinolas.

El fullero les dejó llegar a cada uno a tres sin haber tomado ninguna para sí, y en dos pasantes que echó, una de su mano, y otra del

que tenía al lado, hizo las cuatro y arrebató la sortija, haciendo grandes algazaras con ella. Picáronse de esto, y dijeron: Juguemos dineros. El fullero, con cierta socarronería, negando al principio, dijo que no quería poner en peligro su dinero o las vacas que se habían de comprar con él: pero al fin, persuadido, jugó; teniendo más gana él que los otros, que con palabras que tenía hechas a propósito, los iba haciendo picar. Pedía que les diesen de beber de la olorosa bota que estaba metida en parte fresca, y en calentándose las orejas echaban doblas como granizo; de suerte, que se estuvieron toda la tarde jugando, una vez ganando el fullero, y otra dejando ganar a los mercaderes, por disimular la fullería, y quejándose a veces, decía: Vuestas mercedes me han de ganar aquí esta tarde cuatro o cinco mil escudos, según estoy de picado.

Al tiempo que entramos en la venta el mocito y yo, nos dijeron que allí no se daba posada a gente que no traía cabalgadura. Recibimos con humildad la notificación, y parámonos a descansar un poco. Mi compañero, afligido, preguntó: Pues qué hemos de hacer para esperar el fin y suceso de esta grande aventura? Yo le respondí: Dejadme, que yo conjuraré a la ventera, de manera que no nos eche de la venta. ¿Pues es endemoniada, dijo él, ó bruja? A lo menos, dije yo, parécelo; pero no digo yo, sino con el conjuro general de las mujeres. ¿Cuál es? preguntó el otro. Ahora lo veréis, dije yo. Llegúeme a la ventera, que era una mujer coja y mal tallada; tenía las

narices tan romas, que si se reía, quedaba sin ellas; los ojos parecían de capirote de disciplinante: echaba un tufo a ajos y vino por unos dientes entresacados y pardos, bastante a ahuyentar a todas las vívoras de Sierra Morena; las manos parecían manojos de patatas; sólo tenía que notar la limpieza, que parecía haber salido del naufragio de los Condes de Carrión: con todo esto me llegué a ella, y la dije: ¿Que desdicha fué la que trujo a estas soledades a una mujer de tan buena gracia como vuesa merced? ¡Qué despacio está, dijo ella, el señor estudiante! No es cierto, dije yo, sino que desde el punto que llegué aquí, puse los ojos en vuesa merced, para consolarme del cansancio del camino. No haga burla, dijo ella, de las mal vestidas. Yo no hago tal, sino que me parece vuesa merced muy hermosa. Hermosa, dijo ella, como gata legañosa.

Parecióme que ya iba creyendo, y díjele: Pues miren con qué gracia y donaire responde. Cierto que es igual el rostro con el habla, y todo es con mucho gusto. Y como Deo gracias, dijo ella: si conociera a una hermana mía que tengo, tabernera en las ventas de Alcolea, dijera eso de veras; que por sólo oirla echar pullas van a beber a su casa cuantos pasan. ¿Y vuesa merced, dije yo, como no se acerca hacia Córdoba? Porque, señor, dijo ella, unas tienen ventura y otras tienen ventrada. ¿Pues es posible, dije yo, que no ha habido quien saque a vuesa merced de tan mal oficio? Y respondió ella: Estase la carne en el garabato por falta de gato. Pues a fe, dije yo, que si me

hallara en disposición, que había de hacerlo; porque me da lástima ver entre estos riscos y montañas a una mujer de tan buenas prendas. Pues calle vuesa merced, dijo ella, que mi marido y yo les habemos de quitar el dinero a estos que se quedaron con él, y por la mañana haremos lo que nos pareciere; y si acaso mi marido volviere a decir a la noche que se salgan de la venta, váyanse por la puerta trasera del corral, que yo se la dejaré abierta.

Fuése, y mi compañero me preguntó: ¿Qué es del conjuro? ¿Qué mayor conjuro queréis, dije yo, que haber llamado hermosa a una bestia que parecía panza de vaca, con su zumaque y menudillos? Conjuro es éste, dijo, que puede servir de malilla en todo el mundo.

En tanto que pasamos esta conversación se llegó la noche, y la desesperación de los mercaderes; porque con las trampas que el fullero iba haciendo, y con los tragos de cuando en cuando de Ciudad Real, les fué chupando la plata y el oro, y los zurroneos en que tenían el dinero.

Los mercaderes quedaron dados al diablo y maldiciendo la venta, y a quien a ella los había traído, se volvieron a dormir a la que habían dejado atrás, con intención de volverse a Toledo. El huésped, que no era lerdo, entendió muy bien la bellaquería. Yo estaba para reventar por lo que había oído la noche antes, y por lo que había visto entonces. Estuve determinado de revelarles la maldad; porque volviéndose los mercaderes, me faltaba el bien que me habían prometido hacer por el camino;

pero consideré que decir el secreto que estaba en duda, era desacreditar a los fulleros, y a mí ponerme en peligro; que no siendo cosa sabida, tenemos obligación de callarla con secreto natural. La seguridad consiste en el silencio, y en estas ocasiones y otras semejantes háse de advertir el peligro de ambas partes.

Yo callé contra mi voluntad, y el ventero, que era un bellaco redomado, disimuló y calló como yo y el otro. Los señores fulleros quedaron muy contentos; pero fueron tan miserables, que no dieron barato a nadie, por donde se aumentó en el ventero el deseo de hurtarles la ganancia, y en mí de devolvérsela a sus dueños.

El ventero, que realmente lo sintió, les dió a entender que recibió mucho gusto en ver los mercaderes despojados; y haciéndoles grandes zalamerías, les dió un aposento que tenía aderezado para los mercaderes, donde estaba un arcaz muy grande con tres llaves, que les dió para guardar su dinero y ropa. Era el arcaz de una madera muy maciza y de tablas gruesas, que hacía pared con la caballeriza, que me puso con cuidado, imaginando qué traza podría tener para hurtarles el dinero de un arcaz cerrado con tres llaves, y por ningún camino podía moverse de donde estaba. Habló con la mujer de secreto, mirando con cuidado si los veían hablar.

En cenando muy solamente los fulleros, habiendo hecho el pancho de perdices y vino de Ciudad Real, se atracaron en su aposento, y se cerraron de manera que no podía entrar-

les una bruja. En siendo una hora de la noche, o poco menos, el ventero dijo: Los que tienen cabalgaduras salgan de la venta, que ya que no hay arrieros, queremos dormir sin cuidados.

Salimos aquel mocito y yo, y dando vuelta por las espaldas de la venta, hallamos abierta la puerta del corral y entramos en el pajar. Yo andaba pensando con cuidado como diablos, o con qué modo o traza podían hacer tiro a los fulleros. Veía que en aquel aposento no podían entrar, por estar bien cerrado, y el arcaz muy bien guardado. Traer salteadores para el efecto no era negocio seguro, sino muy peligroso; entrar y matarlos no podían, porque eran menos que ellos; pues querer minar el aposento con pólvora era para todos peligroso. Y no pude dar en el modo hasta que entre once y doce, estando ellos durmiendo el mejor sueño, vinieron el ventero y la ventera muy paso entre paso, alumbrando ella con un cabo de vela: el marido comenzó a desviar con mucho silencio un gran montón de estiércol que estaba en la caballeriza arrimado al aposento de los fulleros.

A pocas vueltas se descubrió la tabla del arcaz donde estaba por la parte de arriba asida con tres o cuatro goznes, y por la parte de abajo con dos tornillos, cada uno en su esquina. Quitó el ventero los tornillos, y en quitándolos, mandó a la mujer que se llevase de allí la vela, porque no entrase la luz en el aposento: ella la llevó, y yo fuí muy poco a poco al ventero, al tiempo que tenía la tabla alzada y los zurriones en las manos, y con voz muy

baja, o por mejor decir, entre dientes, le dije: Dad acá esos zurrone, y tornad a poner los tornillos; él me los dió pensando que era su mujer, y salíme con ellos y con mi compañero por la puerta del corral, que mientras tornaba a poner el montón de estiércol hubo lugar para todo; y anduvimos un ratillo apriesa hacia atrás, cada uno con su zurrón, no por el camino real, sino por un lado a la parte arriba, con todo el silencio posible.

Ya estábamos casi frente de la otra venta, a donde los mercaderes se habían vuelto a dormir, y nos sentamos a descansar un poco, que el recelo y el temor aumenta el cansancio. Yo le dije al compañero: ¿Qué pensáis que traemos aquí?: Nuestra total destrucción, porque a ninguna parte podemos llegar donde no nos pidan muy estrecha cuenta de este dinero, que como él de suyo es goloso y codicioso, o por la parte que le puede caber, o por congraciarse, cualquiera dará noticia a la justicia de dos mozos caminantes de a pie, cansados y hambrientos, y con dos zurrone de moneda, y el tormento será forzoso, no dando buena cuenta de lo que se pregunta; pues esconderlo para volver por él, tampoco atinaremos nosotros, como los demás; y andar mucho por aquí dará sospecha de algún daño, y el menos que nos puede suceder es caer en manos de los ladrones, que nos quiten el dinero y la vida: ponerse a peligro por ganar dinero, muchos lo hacen; pero poner en peligro vida, honra y dinero, ningún hombre de juicio lo ha de hacer: y así mi principal intento fué volver este dinero a

sus dueños, para tener tanta parte en él como ellos, sin peligro de las vidas y sin daño de las conciencias; y aquí viene bien: quien hurta al ladrón, etc.

Esta y otras muchas cosas le dije para desarraigarle de cierta goloşina que se le había pegado, que como lo llevaba a cuestras había contraído no sé qué parentesco con la sangre del corazón; pero al fin le pareció muy bien. Fuimos a la venta, y aunque era muy de madrugada, dimos golpes a la puerta, diciendo que veníamos con un despacho de mucha importancia para unos señores mercaderes de Toledo que estaban dentro. Ellos lo oyeron, y hicieron al ventero que abriese.

Encendió luz y entramos en el aposento cargados, y sin hablarles palabra arrojamos los gatos sobre una mesa, que si fueran de Algalia no regalaran tanto las narices como estos regalaron las orejas. ¿Qué es esto? dijeron los mercaderes. Su dinero, respondí yo, que ha vuelto a César lo que era suyo. Contámosles el caso, y díjeles que antes que en la otra venta se levantasen pasásemos el puerto. De buena ventura mía, venían mulas de retorno hacia Sevilla. Los mercaderes, alegres y agradecidísimos del caso, para mí y para el otro mozo tomaron dos mulas y caminando pasamos el puerto sin que lo sintiesen en las ventas.

Encumbramos el puerto, y bajamos a otra que está en lo más bajo, no mal proveída, adonde estuvimos todo el día, descansando y durmiendo, por el poco sueño y mucha pesadumbre que les había causado la pérdida de

su dinero: y a la tarde supimos que el ventero (como martirizando a su mujer, no supo cosa del hurto, porque no osó decir que nos había dejado dentro), sospechando que los fulleros le habían hecho la treta que él no entendió, fué a dar aviso a la Hermandad, de la vida y trato de aquellos hombres y cómo tenían dos zurrone de dinero mal ganado, y vino la Hermandad, y como no halló los dineros, ni los zurrone que el ventero había dicho en el arcaz, a él por desatinado o loco o porque había cargado demasiado, a los fulleros por gente sospechosa que tan tarde se estaban en la venta y a la mujer por suspensa y callada, que no supo dar razón de sí, les hicieron pagar las costas sin averiguar el secreto.

Holgámonos mucho con el suceso, de manera que los mercaderes lo querían oír por momentos, que según pareció, hallaron más dinero dentro de los zurrone del que habían dejado; y con donaire decía el uno de ellos: No quiera Dios que yo lleve dinero ajeno en mi poder, gástese por el camino en perdices y conejos, que no quiero tener que restituir; y así se hizo con beneplácito de todos.

Yo consideré a solas conmigo, y aun lo comuniqué con uno de los mercaderes, cuán mal se logra lo mal ganado, y cuánto peor se goza lo adquirido con juegos de ventaja, donde se aventura la reputación sin asegurar la ganancia, que está sujeta a cuantos la ven, y a cuantos lo imaginan, y a los ausentes a quien toca la distribución de la estafa que tasadamente les queda para consumir en los tabernáculos

de la gula, fiestas de Baco y sacrificios de Venus, sin aprovechar la sumisión y cortesía fingida para engañar al que quieren desollar o al que ya tienen desollado; que si bien quisiesen los hombres sencillos advertir a las cautelas, enredos y marañas de estos apacibles lobos, echarían de ver que una cortesía sin tiempo, una amistad sin razón ni conocimiento, un comedimiento no acostumbrado, unas ceremonias no debidas, traen consigo más daño que provecho para aquel con quien se usan; porque si son los hombres de tan ruin condición que aun a la cortesía debida acuden de mala gana a quien tienen obligación, ¿por qué no se ha de entender que la novedad de cortesía extraordinarias traen consigo algún secreto, especialmente no teniendo partes por donde se le deban? Los fulleros tienen también su materia de estado, porque, o engañan por sí o por amigos, que tienen señalados y diputados para el efecto, casas de posadas, o mesones, donde les dan el soplo a la gente nueva a quien pueden acometer.

Tienen también su libro de caja o de memoria de todos aquellos que acuden a favorecer su ministerio en todos los pueblos grandes o pequeños, porque es oficio corriente por toda España; y en las poblaciones de importancia tienen correspondencia y avisos de las zorras comadres, para chupar la sangre a los corderos inocentes. Y aunque son tan grandes los saines de estos cautelosos culebrones, para chupar la sangre de los que van inclinados al jugo, que no pueden reducirse a regla cierta, ni guar-

darse de sus trampas, con todo eso digo que todo lo que fuere artificio apacible y no usado, se ha de temer aun de los mismos amigos en materia de juego, porque se venden unos a otros. Cuando convida a jugar un conocido a otro, llevándole a parte no sabida, vaya con cuidado, sea en público o en secreto; y me parece que no será malo este refrancillo para este propósito: *Si bien me quieres, trátame como sueles.*

Caminamos con todo el gusto que pudimos mis mercaderes y yo, buscando por el camino ocasiones en que tenerlo: llegamos a la Conquista, que es un pueblecito que se comenzaba entonces, un domingo por la mañana; entramos a oír misa, que la estaba diciendo un clérigo que pronunciaba la lengua latina como gallego. La misa era de *Requiem*, porque habían enterrado aquella mañana un pobre, y ayudábale un sacristán que sobre un sayo pardo muy rozangante traía un sobrepelliz de cañamazo.

Acabada la misa, diciendo el responso sobre la sepultura, acabó el clérigo diciendo: *Requiescat in pace, alleluja, alleluja.* El sacristán le respondió con muchos pasos de garganta: *Amén, alleluja, alleluja.* Lleguéme al buen hombre y díjele: Mire, padre, que en misa de *Requiem* no hay *alleluja*, y respondió muy confiadamente: Arre allá, señor estudiante: ¿no ve que es entre Pascua y Pascua? Fuímonos cayendo de risa por todo el camino.

DESCANSO XIV

Como el camino, por bueno que sea, siempre trae consigo un género de soledad, porque ordinariamente se camina o por necesidad, o por negocios forzosos, que ocupan la memoria y distraen el gusto, procurábamos tenerle en todas las cosas que encontrábamos. Los mozos de mula acudían a su costumbre, uno a echar puas, otro a hacer burlas a los caminantes, otro a cantar romances viejos, cual sea su salud: nosotros de lo que se ofrecía a la vista.

Encontramos un pastor que paseaba su ganado de un distrito a otro, pereciendo de sed él y los perros; que en Sierra Morena por mayo y por todo el verano, aunque de noche hace fresco, de día se encienden los árboles de calor: y era tan ignorante el buen hombre, que teniendo sed llevaba los perros atados porque no se le perdiesen. Preguntónos si sabíamos dónde hubiese agua; yo le respondí: ¿Pues llevando perros, preguntáis eso? desatadlos, que ellos hallarán presto el agua. ¿Y es eso así? dijo un mercader. Es cosa muy sabida, dije yo, y muchas veces experimentada. Y dije al pastor: Desatad los perros, o el uno de ellos, y ponedle un cordelillo largo, con que lo váis siguiendo, que él hallará fuente, arroyo o laguna: así lo hizo el pastor; de suerte, que dándole larga con el cordel, rompió por una ladera alzando el hocico y se fué hacia una espesura derecho, que había al pie de una peña,

donde halló agua, que refrescó al pastor y satisfizo al ganado.

Y contaréles a vuesas mercedes lo que me contó en Ronda un caballero de muy gentil entendimiento, que se llama Juan de Luzón, muy experimentado en letras humanas y divinas. Hay dos pueblecitos en sierra de Ronda, entre otros muchos, uno llamado Balastar, y el otro (si bien me acuerdo) Chúcar, entre los cuales andando un cabrero moro apacentando su ganado, apretándole la sed, y no hallando agua ni señal donde pudiese haberla, desapareciósele un perro, y a cabo de rato vino mojado todo y muy contento, coleando al amo, y haciéndole muy grandes fiestas.

Espantado de aquello el cabrero, le dió muy bien de comer y lo ató, aguardando a que le tornase a aquejar la sed, diligentísima despertadora de la pereza. Atóle un cordelejo largo, y dejóle ir, y siguiéndole el amo, fué saltando matas y peñas, rasgándose las manos y el rostro, y siguióle con todas estas dificultades, hasta unas grandes espesuras, se coló por la boca de una cueva, que por debajo de altos riscos estaba naturalmente hecha, con algunos resquicios, que le daban la luz que había menester.

En medio de la cueva nacía un clarísimo arroyo, que se dividía en dos partes: bebió el moro, e hinchó su zaque; y admirado de la novedad dió en una traza, a su parecer buena, que después le costó la vida; y fué, que atajó con unas piedras el un arroyo de aquellos, echando todo el agua por una parte, para ver

al día siguiente donde había ido a parar. Fué a su ganado y averiguó al día siguiente que había faltado el agua en Chúcar. El moro que sabía el secreto, fué al pueblo diciendo, que si se lo pagaban bien les daría su agua, y otra tanta más, y contó el caso como había sucedido. El poco tiempo que les había faltado el agua los necesitó de manera que le dieron doscientos ducados porque les diese su agua y la del otro pueblo. En recibiendo su dinero fué a la cueva y soltó al agua por aquella parte.

Viéndose con su agua tan crecida, conociendo la inconstancia y codicia del cabrero, antes que los de Balastar le corrompiesen con esperanza de mayor interés, acordaron darle garrote, quedándose con el agua toda, y el moro sin vida, sin que hasta hoy se haya sabido en qué parte está el secreto; y hoy se echa de ver señal de que algún tiempo corrió por allí agua, por las guijas y piedras que lo manifiestan. Halló aquella encubierta cueva el aliento del perro, leal amigo y fiel compañero, descubridor de enemigos de sus amos.

Extraña fuerza de aliento, dijo un mercader, que siendo el agua un elemento sin olor, la venga a descubrir un perro con sólo alzar el rostro al aire, principal movedor y embajador del olfato. Que son las calidades de los perros y las excelencias que hay en ellos muy dignas de admiración, no por los cuentos que se dicen de ellos, ni haciendo caso de historias atrasadas, sino por lo que vemos y expe-

rimentamos cada día. ¡Qué fidelidad!, ¡qué amor!, ¡qué conocimiento!

A lo menos, dije yo, tienen dos admirables virtudes, si se puede dar este nombre en ellos, que si los hombres las tuviesen sentadas en el alma como ellos en su natural inclinación, vivirían en perpetua paz, que son humildad y agradecimiento. ¡Oh, bien notado! dijo el mercader: ¡oh qué gallarda consideración! Del bienaventurado San Francisco, que fué hijo de un mercader, se dice que alababa mucho la humildad de los perros, deseando imitarles en esto, por la mucha que tuvo nuestro Maestro, y Redentor Jesucristo. Pues en agradecimiento, dije yo, fuera de lo que la ley natural nos enseña, lo tenemos por precepto suyo que enviando sus santísimos discípulos a predicar por el mundo, les mandó que en agradecimiento del bien que les hiciesen en sus posadas curasen los enfermos que en ellas hubiese. ¿Pues hay, dijo el mercader, quien desagradezca, o quien no sepa agradecer el bien que le hacen? ¿Hay quien no le parezca que no satisface el beneficio recibido? ¿Quién ha de carecer de tan admirable virtud? Yo creo, respondí, que nadie, si no son los avarientos y los soberbios, que son dos géneros de gente pestilencial en la República; los unos porque no saben usar caridad, y los otros, porque siempre van contra ella. Y pues se ha ofrecido materia tan excelente y divina virtud, como es el agradecimiento, en tanto que llegamos a Adamuz tengo que referir un caso digno de saberse, que no hay vida de hombre ninguno de

cuantos nadan por el mundo de quien no se pueda escribir una gran historia, y habrá para ella bastante materia. En una dispersión que hubo de estudiantes en Salamanca, por cierto encuentro que tuvo el Corregidor D. Enrique de Bolaños con la Universidad, y no con ella, sino con los estudiantes, gente briosa y fácil de moverse para cualquiera alteración; como se quedó la ciudad sin estudiantes, el autor también se fué a su tierra como los demás, que las vacaciones estaban ya muy cerca, tiempo deseado para descanso de los estudiantes.

La necesidad suya era tanta, que trilló el camino a la apostólica. Llegó un día al anochecer a las ventas de Murga, y no queriéndole dar posada, por el poco provecho que había de dejar en ellas, pasó adelante solo y cantando por hacerse compañía, que la voz humana tiene propiedad maravillosa para acompañar a quien no lleva dineros que le puedan quitar. Salieron cuatro hombres con cuatro ballestas, y preguntáronle de dónde venía. El respondió que de Salamanca. ¿Y a quién deja atrás?, preguntaron ellos; y él respondió: Antes todos me dejan a mí, porque ando poco. Pues ¿cómo no se quedó en las ventas?, preguntaron. Y él respondió: Porque no llevo dineros, ni cabalgadura que les pudiera dejar provecho, me dieron voces que me saliera de la venta, y yo las voy dando a Dios porque me acompañe, y juzgue la crueldad de estos venteros. A lo cual dijo el más pequeño de los ballesteros o ballesteadores: Preguntamos esto, señor estudiante, por ver si queda atrás quien nos pued-



comprar caza, de que tenemos mucha abundancia y pocos compradores. Y volviéndose a los compañeros dijo: Gran lástima me ha dado el mal trato y crueldad de que estos venteros usan con la gente de a pie, y más la necesidad que he visto en este estudiante. Llévemole a nuestro alojamiento, que algún tiempo nos valdrá con Dios esta caridad. Harto mejor, dijo uno, será matarlo (después lo supe), porque no diga que nos ha encontrado, y espante a los caminantes.

Al fin el mozuelo dió y tomó con ellos hasta que lo llevaron consigo, porque les pareció que era lo más sano para su negocio.

Mostróse el mozuelo muy compasivo, que si bien las ruines compañías hacen prevaricar una buena inclinación, tal vez la Naturaleza da una sofrenada para recordación del primer natural, que por más que se olvide, de cuando en cuando torna a su primer principio. Fué con ellos, o, por mejor decir, se lo llevaron por unas espesuras, obscuridades y escondrijos, llenos de revueltas y dificultades, que, como ya era de noche y sonaba en unas profundidades despeñándose el agua, y la fuerza del viento sacudía los árboles con gran furia, y al estudiante el temor le hacía de las matas hombres armados que le iban a despeñar en aquella infernal hondura: iba con gran devoción mirando al cielo y tropezando en la tierra; pero con muy buen ánimo, hablando sin muestras de temor.

Llegaron al fin a su habitación, que parecía más de zorras que de hombres, y desenvolvien-

do mucha cantidad de brasa, que parecía ser de muy buena leña de encina, encendieron, para alumbrarse, unas rajuelas de tea, que les daba la luz bastante que habían menester para toda la noche. La cena fué muy buenos tajos de venado, si no eran quizá de algún pobre caminante. El no sabía fiestas que hacerles, diciéndoles cuentos, entreteniéndolos con historias, alabándoles el vivir en aquella soledad, apartados del bullicio de la gente. Decía-les que el ejercicio de la caza era de caballeros y grandes señores, y que sin duda descendían de alguna buena sangre, pues se inclinaban a él. Si algún disparate se les caía, se lo alababa y solemnizaba por muy gran cosa. Al uno decía que tenía buen rostro; al otro, que plantaba bien los pies; al otro, que tenía buen ingenio; al otro, que hablaba con mucha discreción; que en semejantes conflictos la humanidad mezclada con la apacibilidad y distracción, a los pechos que de suyo son fieros, y aun fieras, los vuelve mansos y amigables. La necesidad en los peligros hace sacar fuerzas de flaqueza; y con gentes de aquella raza el temor engendra sospecha, y el ánimo arguye sencillez. Turbarse donde (aunque se teme el daño) no estamos en él, es apresurarlo si ha de venir, y ponerlo en duda y sospecha, si no se temía. El se hubo tan bien con los cazadores de gatos muertos y rellenos, que le regalaron y dieron de cenar y dos zamarras en que durmiese; y antes que amaneciese, por que no saliese con luz, le dieron de almorzar, y sacándolo al camino aquel mozuelo, el menor de los

cuatro le fué diciendo el peligro en que se habría visto si no fuera por él; y, en pago, le rogaba no dijese a nadie lo que había sucedido; despidióse de él y fué su camino, volviendo atrás muchas veces la cabeza, que aún le parecía que no estaba muy seguro de ellos. Si encontraba algún caminante, le decía que no fuese por aquel camino, porque le había seguido una grandísima sierpe, que no osaba decir otra cosa, pareciéndole que estaban oyéndolo.

Al fin, para abreviar el cuento, habiendo peregrinado por España y fuera de ella más de veinte años, redujose al estado que Dios le tenía señalado; fuése a su tierra, que es Ronda; hízose sacerdote, sirviendo una capellanía de que le hizo merced Felipe II, sapientísimo Rey de España. Después del suceso de los salteadores, veintidós y veintitrés años, vinieron en busca de tres ladrones famosos, trayendo lengua de ellos que estaban en Ronda, que para hurtar tenían esta astucia. Las mujeres vendían buhonería (que todos eran casados); entraban en las casas a vender su mercadería, mirábanlas bien, y daban al punto a sus maridos las señas de toda la casa, y a la mañana amanecía robada. Llegó a Ronda este soplo, dieron con ellos en la cárcel por la orden del licenciado Morquecho de Miranda, que al presente hacía oficio de Corregidor, siendo Alcalde mayor.

Y, por abreviar el cuento, dióles tormento y confesaron de plano: pidióle al autor que los confesase, y entrando representósele la presencia del uno de ellos, que le hizo cosquillas en

el alma; y reparando en el sentimiento que había tenido, halló que era el que le había dado la vida en Sierra Morena; buscando traza como agradecer el bien que le había hecho, y pareciéndole que estaba el negocio muy adelante para rogar por un hombre convencido por su confesión, fuése al juez y díjole que si hacía justicia de aquél perdía una gran ocasión secreta.

El juez dispuso de los otros dos y dejó aquél para que descubriese una gran máquina que el confesor le había dicho, y apretándolo después a que hiciese con el delincuente que lo confesase, le respondió: Señor, martirizado de la piedad y movido del agradecimiento, fingí a vuesa merced lo que sabe: este hombre me libró de la muerte; ha venido a mis manos, quería pagarle el bien que me hizo, y a los jueces tan bien les acompaña la misericordia como la justicia; suplico a vuesa merced por las entrañas de Dios que se compadezca del trabajo de un hombre tan piadoso como éste. Respondió: Estoy pensando cómo satisfacer a vuestra demanda y a mi reputación y al bien de ese hombre, que por piadoso lo merece: él no está ratificado, y en las cosas criminales tenemos ley del Reino que nos da licencia para poder conmutar la pena de muerte en galeras: yo os siento tan ansiado por agradecer el bien que os hizo, que quiero aprovecharme de esta ley, pues no hay parte, y echarlo a galeras, donde purgue su pecado, Hincóse de rodillas, agradeciendo a Dios y al juez tan piadosa causa; llevó la nueva al casi

muerto preso, que respiró, volvió en sí como de la muerte a la vida, y el autor quedó contentísimo de haber mostrado su agradecimiento en tan apretada ocasión, que siempre las buenas obras tienen guardado su premio en este y en el otro mundo. ¡Extraño suceso y digno de memoria! (dijeron los mercaderes); ¡qué santa cosa es hacer bien!, ¡qué cierto la buena obra es la prisión del corazón noble!, ¡qué buen fruto coge quien siembra buenas obras! Que como el vestido cubre el cuerpo, las buenas obras son coberturas del alma. ¡Qué contento quedaría ese hombre cuando hizo este bien! Como queda sabroso el brazo cuando acierta un tiro, así lo queda el alma cuando hace una buena obra.

En esta conversación, el acabarse el cuento y descubrir a Adamuz fué a un mismo tiempo; lugar apacible, puesto en el principio o fin de Sierra Morena, en jurisdicción del Marqués del Carpio; y al mismo tiempo se descubrieron aquéllos fértiles campos de Andalucía, tan celebrada en la antigüedad por los Campos Elíseos, reposo de las almas bienaventuradas. Posamos y reposamos aquella noche en Adamuz.

DESCANSO XV

El día siguiente, por ciertos respetos, me fué forzoso (por llegar primero a Málaga que a Ronda) apartarme de los mercaderes, tomando la vía del Carpio; y ellos lo hicieron tan bien conmigo, que me dieron uno de los machos en que iban y dineros, fiando de mí



en que se lo llevaría a la feria a buen tiempo, y ellos se fueron con las mulas de retorno en que yo había venido hasta allí; el macho era endiablado, que ni se dejaba herrar, ni poner la silla, y por momentos se echaba con la carga, aunque con la compañía había disimulado algo de su malicia; y así, en saliendo del lugar, por verse solo y por su ruines resabios, en el primer revolcadero se arrojó, cogiéndome una pierna debajo, de suerte que si yo no me echara al mismo tiempo del otro lado, recibiera mucho daño; pero con esta precaución pude levantarme, y llevándolo del diestro muy contra su voluntad un ratillo, se me quitó el dolor, sin entrar el frío que pudiera, si no hiciera aquella diligencia. Eché de ver la ruin compañía que llevaba con mi cabalgadura; pero, por si otra vez se echaba, cogí un garrote para usar de un remedio que había oído decir a un viejo, que, como la experiencia los ha enseñado, saben más que los mozos, y para semejantes actos, que no son de muchos lances, cerrados los ojos se puede seguir su parecer.

Fuí con gran cuidado para otra vez que se quisiese echar, y en sintiéndolo que iba a caer dile con el garrote entre ceja y ceja con tal furia, que, cayendo, le vi volver lo blanco de los ojos, bien arrepentido de haberlo hecho, porque realmente pensé que lo había muerto; pero sacando de presto pan, y mojándolo en vino, díselo, y tornó en sí tan castigado, que nunca más se echó, a lo menos llevándome a

mí encima, aunque topó arenales donde pudiera hacerlo.

Fuí mi camino, y en llegando a un bosquecillo del Carpio, aunque pequeño, abundantísimo de conejos y otras trazas, en la ribera del Guadalquivir, apeéme a cierta necesidad natural y forzosa, y antes que la comenzase espantóse el macho, dió a huir por el ruido que hicieron un culebrón y una zorra que salieron de un zarzal y matas muy espesas que había junto al camino, que debían de estar ambos en una cueva, que la culebra con ningún animal hace amistad sino con la zorra.

Ella dió por una parte, y la culebra tras el macho, que, como supe después, a cuantos pasaban acosaba, porque habían muerto su compañía; arrojéle una piedra, no pensando que sucediera lo que sucedió, que como la piedra iba por el aire, corrió más que la culebra y dióla en el espinazo, de que volvió con tal furia contra mí, que si no me pusiera de la otra parte del camino, dejando en medio mucha arena, lo pasara mal, que como no se podía aprovechar de las conchillas que le sirven de pies en la arena, como en lo duro y liso, no se atrevió a atravesar el camino; pero cuanto yo más corría por la una banda, ella corría por la otra, con más de una vara de cuello alzado de la tierra, vibrando la lengua muy aprieta y haciendo cinco o seis de ella.

Iba yo de manera que ya no sentía la falta del macho, sino la persecución de la culebra, que me tenía sin aliento, lleno de sudor y cansancio. Los silbos no eran formados ni agudos,

sino bajos y continuados, casi al modo que pronunciamos acá las xx. Llegué a una parte del camino adonde había piedras para tirarle. Paréme, así por descansar como por aprovecharme de las piedras; pero ella, viendo mi temor, quiso pasar por la arena para acozarme, por donde tuve yo esperanza de librarme de ella; porque, en entrando, no pudo aprovecharse de las conchuelas ni moverse, sino muy poco; animándome lo mejor que pude, le tiré tantas piedras, que casi la vine a enterrar entre ellas, y acertándola con una, después de haberle escupido muchas veces hacia la cabeza (que es veneno contra ellas) la acerté con una piedra media vara más arriba de la cola, donde tiene el principal movimiento, de que no pudo menearse más, y acudiendo con otras muchas le majé la cabeza y me senté a descansar.

Pasaron por allí dos hombres que iban camino de Adamuz, y me contaron lo que arriba dije. Midiéronla, y tenía diez pies de largo, y de grueso más que muñeca ordinaria. Abrieronla, y halláronle dentro dos muy gentiles gazapos, que estas serpientes son muy voraces y poco bebedoras, aunque pasan mucho tiempo sin mantenimiento; y así hacen tarde la digestión, que en el poco movimiento que ella hacía bien se echaba de ver que estaba pesada. Consideré, en el rato que estuve descansando, qué de cosas hay en el mundo que contrastan la vida del hombre. Que hasta un animal sin pies ni alas le persigue, y le comenzó a perseguir desde su principio antes que otro animal

ninguno, o porque no piense el hombre que se le dió el dominio y jurisdicción en la tierra sin pensión ni trabajo, o porque con la razón sepa distinguir lo malo de lo bueno y guardarse de lo que le pueda dañar; mediante la cual razón conoce y sabe conocer el mantenimiento provechoso y desechado el nocivo.

Huir de los animales bravos y servirse de los mansos; pero los feroces y dañosos avisán del mal que pueden hacer o con las uñas, o con los cuernos, o con los dientes, o con los picos. ¡Mas que un animal sin pies, sin uñas, sin cuernos, como éste, sea tan horrendo y abominable, que atemorice con sólo mirarle! Ordenación fué de Dios para sujetar la soberbia del hombre y desjarretársela con la misma inmundicia y asquerosidad de la hez de la tierra, que aun muerta la veía y me daba horror; y confieso de mí que siempre que veo semejantes sabandijas engendran en mí nuevo temor y espanto; pero ¿qué no espantará ver que una cosa que parece cerbatana o varal, de su propio movimiento corre tanto como un caballo? ¿Y que con hincar la cabeza en el suelo dé tan grande golpe a un hombre que lo derribe y aun lo mate, acometiendo a traición, que no cara a cara? ¿Que sea tan astuto que se desnude el hábito viejo y se vista de nuevo? ¿Que se cure la ceguera de sus ojos, causada de las humedades del invierno, con refregarse en el hi-nojo la primavera? Son tan contrarios a todos los demás animales, que con ninguno hacen amistad, sino con la zorra, o porque ambas ha-

biten siempre en cuevas de tierra y piedra, o por buscar abrigo en el pelo de la zorra.

Hasta aquí había estado el ermitaño callando, y aquí parecióle preguntar, como hombre que había estado en soledades y entre ásperas montañas, huyendo el concurso de la gente, viviendo y conversando con animales brutos, cuál era la razón por que estas sabandijas sean tan espantables, como son culebras, lagartos, sapos, escuerzos, áspides, víboras y otras semejantes que suelen verse? Respondíle: Lo primero, que todas las cosas que no vemos y tratamos de ordinario, traen consigo este género de admiración. Lo segundo, que por tener tanto de los dos elementos graves, que son agua y tierra, y tan poco de los elementos leves, que son aire y fuego, que casi no tienen parentesco ni semejanza con el hombre; porque éste tiene de los espiritual, en que se parece a los ángeles, y de lo corporal, en que se parece a los animales brutos; y éstos en aquella parte terrestre húmeda y fría tienen semejanza con las sabandijas, y éstas consigo solas y con las entrañas de la tierra. Lo tercero y último, porque todos los animales que no pueden engendrar de la putrefacción de la tierra, sin generación de su semejante, ni pueden ser para el servicio ni para el gusto del hombre, a quien Dios les manda que obedezcan, y ellos mismos huyen de su presencia, como de señor a quien aborrecen, por la superioridad y dominio que tienen sobre todos, o por la antipatía natural. Y esto baste, porque la pérdida de mi

macho me da pena y cuidado, y priesa que lo busque.

Ya que hube descansado y limpiándome el sudor del rostro, que lo de dentro no pude, fui buscando mi macho, o, por mejor decir, de los mercaderes, por toda la orilla y ribera del Guadalquivir, sin topar a persona que me supiese dar rastro ni nuevas de él, yendo, como iba, cargado con ferreruelo, espada, cojín y alforjas, que todo lo echó por alto, si no es la silla, que la llevaba en la barriga; de suerte que yo me cargué de todo lo que el macho se descargó, y mucho más que me cargaban las matracas que me daban los que me topaban hecho caballo de postillón, que por no dejarlo lo sufría todo. Paréme a descansar un ratillo, antes que pasase el río, donde vi tanta abundancia de conejos, que estaban más espesos a la orilla del río que liendres en un jubón de arriero, que en todo el día no dejaban de venir a beber muchas manadas de ellos.

Pasé de la otra parte del río, y entréme a descansar en un mesón que está antes de llegar al pueblo, donde tampoco me supieron dar nueva de mi negro macho, aunque prometí hallazgo, haciendo diligencias con los guardas del bosque. Refresquéme lo mejor que pude de mantenimiento y bebida, con la templanza que el cansancio pedía. Púseme a la puerta del mesón para ver si pasaba el macho o persona que de él me diese nuevas. Miré aquel pedazo de tierra en el tiempo que allí estuve, que en fertilidad e influencia del cielo, hermosura de tierra y agua, no he visto cosa mejor

en toda la Europa, y, para encarecerla de una vez, es tierra que da frutos al año, sembrándola y cultivándola con regadío de una aceña, con tres ruedas, que la baña abundantísimamente, donde algunos años después pasó en presencia mía una desgracia muy digna de comentarse, para que se vea cuánta obligación tienen los hijos de seguir el consejo de los padres, aunque les parezca que repugna a su opinión.

Y fué que, siendo Marqués del Carpio don Luis de Haro, caballero muy digno de este nombre, y muy gallardo de persona y adornado de virtudes y partes muy dignas de estimar, vinieron allí madereros de la sierra de Segura con algunos millares de vigas muy gruesas, y dando al Marqués licencia y lugar para que las pasasen, alzaron la puente de la pesquera para que toda el agua se recogiese a un despeñadero o profundidad, por donde los maderos habían de pasar. Los gancheros eran todos mozos, de muy gentiles personas, fuertes de brazos y ligeros de pies y piernas; grandes madereros y sufridores de aguas, fríos y trabajos.

Quisieron hacer al Marqués una fiesta de gansos, poniéndolos atados entre los dos maderos de la puerta de la pesquera, y como iba el madero despeñándose por la violencia del grande cuerpo de agua, puesto el ganchero sobre el madero hacia la cabeza del ganso, y tirando del pescuezo, se deslizaba de la mano y caía en la profundidad del agua, saliendo lejos de allí nadando, en que pasaron cosas de mucho gusto y risa, aunque no sin peligro de quien la causaba, que siempre las caídas son de gusto

para quien las ve, pero no para quien las da, especialmente en ejercicios tan poco usados como éste.

Entre estos gancheros venía un mozo recio, de muy gentil talle, alto de cuerpo, rubio y bien hecho de miembros, grande hacedor de su persona, y que entre todos los demás era conocido y respetado como por de tal opinión y por grandes fuerzas para cualquier ejercicio de hombres. Este pidió licencia a su padre, que venía en compañía de los otros, para ir a quitar el pescuezo a un ganso que estaba recién puesto; la cual el padre le negó, que los padres, o por tener más experiencia que los hijos, o por ser hechura suya y conocer sus inclinaciones, o por haberlos criado y conocer de qué pie cojean, o por el amor entrañable que les tienen, son algo profetas de los bienes o males de los hijos; y así éste por ningún camino consintió que de su voluntad fuese el hijo a la fiesta: pero diciendo él que no quería que lo tuviesen por menos hombre que a los demás, con importunaciones alcanzó de su padre que lo dejase ir, aunque de muy mala gana. Y reprehendiéndole algunos por que lo hacía tan forzado, respondió en presencia mía unas palabras llenas de gran sentimiento: No sabe nadie lo que es aventurar un hijo criado y solo.

El mozo fué gallardísimamente, teniendo todo los ojos puestos en él, que en asiendo el cuello del ganso, que él pensaba con facilidad arrancar con la fuerza grande que hizo, estuvo casi colgado de las manos hasta que el

madero llegaba ya al cabo, en cuyo remate o cabeza, deslizándosele la mano cayó y dió de cerebro, sumergiéndose en el profundo del charco, sin que más pareciese hasta el día siguiente, con grande espanto y compasión de todos los circunstantes, quedando el padre, que lo estaba mirando, en éxtasis. Todos los gancheros nadando le buscaron, y lo hallaron al día siguiente, que pareció en cierta manera castigo de la desobediencia que tuvo al mandamiento del padre, y ejemplo para cuantos le vieron. Fué contra el precepto y consejo paternal, del cual tienen necesidad todos los que desean acertar.

Pasó este caso en este mismo lugar, y en presencia del marqués D. Luis de Haro y de su hijo el marqués D. Diego López de Haro, que cuando esto se escribe están vivos y más mozos que el autor, en cuya compañía se halló presente a este infelice suceso. Y porque no habrá lugar de contarle adelante, se dice aquí, por encargar a los hijos que aunque les parezca que saben más que los padres, en razón de la superioridad que Dios les dió sobre ellos, y representando la persona del verdadero Padre, los han de obedecer y respetar y creer que en cuanto a las costumbres morales saben más que ellos; porque con esto se merece con el universal Padre de todas las criaturas.

Y volviendo al estado presente y la pena que me daba de mi macho, aquella tarde no pude saber de él, y así me quedé aquella noche en el mesón, sin esperanza de poderlo hallar.

DESCANSO XVI

Amaneció el sol el día siguiente con unos rayos entre verdes y cetrinos, señal de agua, y yo sin macho ni esperanza de hallarlo. Fui-me al pueblo a las nueve o a las diez, y vi que unos gitanos estaban vendiendo un macho, muy hechas las crines y el trenzado de atrás, con su enjalma y demás aderezos, encareciendo la mansedumbre y el paso con mil embelecocos de palabras. Hacía el gitano mil jeringonzas sobre el macho, de manera que tenía ya muchos golosos que le querían comprar. Lleguéme cerca, y vi que era del color del mío; pero desconocido en verlo tan manso, seguro, remozado las crines y cola. Vi que se dejaba tocar en todas las partes del cuerpo sin alterarse, y así no me atreví a pensar que pudiera ser mío. Alzábanle los pies y manos, dándole palmadas en el pecho y en las ancas, estando él con mucha paciencia y mansedumbre; yo estaba desconfiado de que pudiera ser el mío: pero fuíme por una lado disimuladamente y púseme delante de él, aunque detrás del gitano, y en viéndome amusgó las orejas por el conocimiento, o por el temor que me tenía.

Espantéme de ver su tan súbita y no esperada mudanza, y vi que realmente era mi macho; mas no pude imaginar cómo le podía cobrar sin dar testigos o evidencia de cómo era mío; y así no me arrojé a decir que era hurtado, y decía entre mí: ¿es posible que sean estos gitanos tan grandes embusteros que en

menos de veinticuatro horas hayan hecho este macho de enjalma y le hayan disfrazado de manera que me ha puesto en duda el conocimiento de él, y que lo hayan hecho más manso que una oveja, siendo peor que un tigre, y que no tenga yo modo para cobrarlo manifestando mi justicia?

Pero detúveme un poco y llueguéme con los demás a ver el macho, y alabándole pregunté si era gallego. Respondióme el gitano: Vuesa merced, ceñor, a fe que sabe mucho de bestiaz, y ha conocido bien la bondad de loz mejores cuatro piez que hay en toda Andalucía. No ez gallego, mi ceñor, cino de Illezcas, que allí lo truqué por un cuartago cordovez, y aquí traigo el teztimonio. Será levantado, dije yo entre mí; y junto con esto lo mostró. Ofrecióseme traza para cobrarlo fácilmente, y lleguéme a un hidalgo, a quien vi que todos respetaban, que era de los antiguos criados de aquella casa, llamado Angulo, y le dije: Señor, este macho me han hurtado los gitanos, y aunque trae enjalma, es de silla; y aunque parece que traen testimonio, es falso. A lo cual me dijo el hidalgo: Mire, señor estudiante, que conocemos este gitano de mucho tiempo acá, y nos ha tratado siempre de verdad. Pues ahora, respondí yo, no la trata, y haciendo vuesa merced las diligencias que yo le suplicaré, se verá con evidencia la verdad que tengo dicha; y vuesa merced está inclinado a comprarlo porque le parece manso, siendo peor que un demonio.

Pues ¿puede ser fingida, preguntó el hidal-

go, aquella mansedumbre y bondad? Sí, señor, respondí yo, porque lo han emborrachado; y no hay bestia tan feroz ni maliciosa que echándole, de grado o por fuerza, una azumbre de vino en las tripas no se amanse más que una oveja; y por esto haga vuesa merced lo que yo le suplicaré, y saldrá de este engaño, viendo que el macho es malicioso y que es mío. Y lo primero que digo a vuesa merced que se lo llegue a comprar, y dígame esto y esto, hablándole algo al oído e informándole de todo lo conveniente.

Fuése el hidalgo, después de bien informado, al gitano, y mirando el macho le dijo: Yo estoy muy contento de esta bestia, y la comprara si tuviera silla y freno, porque tengo de hacer un viaje muy largo. El gitano se holgó mucho de ello, y trajo la silla y el freno, diciendo que era el mejor caminador del mundo, y que por pensar que para el campo se vendería más presto le había puesto la enjalma. En viendo el hidalgo la silla y el freno, halló que conformaban con las señas que yo le había dado, y haciendo lo que yo le había dicho al oído, llevólo a su casa, asegurando a los gitanos que lo quería probar; y túvolo, hasta tanto que se gastaron los humos del vino, encerrado en su casa.

Hecho esto llamó al gitano y díjole que subiese en el macho y caminase un cuarto de hora fuera del pueblo. Subió, aunque era muy suelto, con mucha dificultad, por la poca seguridad del macho, que, gastada la suavidad del vino, tornó a su ruín natural, y caminando como un

viento, al salir de las casas, con la misma furia que llevaba dió consigo y con el gitano en tierra, y cogiéndole una pierna debajo se revolcó de manera que fué bien necesaria la ligereza del gitano para que no se la quebrase.

Acudió aquel hidalgo, desengañado ya de la bellaquería, y le dijo, riéndose: ¿Qué desgracia es esta, Maldonado? Señor, dijo el gitano, como está holgado y mal herrado, se echa con la carga. Y riéndose más el hidalgo, dijo: Pues alzadle los pies, veamos si ha menester herradura. Alzóle el pie y dióle una patada en el carrillo izquierdo, con que le dejó señalada la herradura y los clavos; díjole el hidalgo: Mal se conoce lo que no se ha criado, hermano Maldonado; si vos hubiérais tratado y conocido esta bestia, ni os engárades, ni nos engañárades. En lo ajeno dura poco la posesión; íbades con aquel refrán: "Quien no te conoce te compre". ¿Por qué pensábades que os preguntó el dueño si era gallego, sino porque como tal os había de dar la coza que os dió? Vos queríades herrarlo; mas ¿él no os herró a vos?; ¿cogísteis ayer el macho y queríades hoy venderlo? Huélgome de saber que también sois nigromántico, pues desde ayer habéis venido de Illescas. Señor, dijo el gitano, yo hice como gitano, y su merced ha de sufrir como caballero; bien eché de ver que este señor sabía de bestias. Descubierta el hurto con la evidencia posible, me dieron mi macho y me avié camino de Málaga, pasando por Lucena, donde, llegando un poco tarde, reposé y comí un bocado, y pensando llegar aquella noche a Benamejí,

cuyo camino yo no sabía, partime con la relación que me dieron. Las leguas son más largas de lo que yo pensaba; el camino estaba lleno de lodo, porque la noche antes había llovido muy bien. Yo, por priesa que me dí con mi macho, me anoheció una legua antes de llegar a un riachuelo que está entre Lucena y Benamejí.

Halléme confuso, por ser la noche oscura y caminar sin guía, sin encontrar a quién preguntar por el camino, que era domingo en la noche, cuando todos los labradores están en sus casas. Al fin, poco a poco, muchas veces tropezando, y algunas cayendo, llegué al río, y en pasando no hallé camino por la otra parte, por una costumbre que tienen los labradores en aquella tierra, que es, para desviar los caminantes para que no les entren por el sembrado, cavar por aquella parte por donde suelen hacer senda los caminantes. Salió del río mi macho lo mejor que pudo, y estaba tan empinado el cerrillo, que en acabándose la senda ni pude ir adelante, ni volver atrás.

Vime en un gran peligro, porque si quería bajar con el pie derecho había de rodar por la sierra abajo hasta llegar a un arroyo salado, donde, cuando bien librara, llegara la cabeza llena de chichones. Roguéle al macho con mucha humildad que me hiciese la merced de estarse quedo mientras bajaba al revés; pero al tiempo que le mandé que volviese por la sendilla que había subido, él iba tan cansado que se echó, y echándose, como el cerro estaba tan empinado, rodó hasta el arroyo salado; yo volví

por la senda hasta llegar al arroyo, y fuí a mi desdichado macho y, lo que pude, ayudéle a levantar, que estaba tan molido que fué menester animarle con sopa en vino, y llevándole del diestro lo más poco a poco que pude, fuí considerando que todo aquello me sucedía por no haber tenido respeto a la fiesta, caminando y haciendo el viaje que se pudiera hacer otro día; que al fin, como las fiestas son para dar gracias a Dios, y no para hacer jornadas, no puede haber quietud para hablar con Dios despacio. Que trabajando en los días que la Iglesia tiene dedicados para Dios, no solamente no aumenta el provecho, pero por mil caminos aumenta el daño, como me sucedió esta noche, que yendo con mi macho a mano izquierda por una ladera arriba, yendo por la parte de abajo por animarlo, deslizó y cogióme debajo; aunque no fué mucho el daño, porque pude fácilmente salir, y dándole sopa en vino pudo subir, hasta que descubrí en lo alto del cerro un cortijo, donde me llegué con toda la humildad del mundo; y aunque di muchos golpes no me respondían, porque había mucha gente que se había juntado allí aquella noche por ser día de fiesta.

Al fin, dí tantos golpes, que me respondió un mozo, y diciéndole con la necesidad que venía, respondiome que me fuese en hora buena; y tornando a llamar, acudió el aperador del cortijo, que en todas sus acciones pareció ser muy hombre de bien, y abriéndome la puerta acudió a mi necesidad y al cansancio de mi macho, y díjome: Perdone vuesa merced, que por

estar dando voces sobre una serilla de higos que estos mozos me habían hurtado, no pude responder tan presto. Pues si no es más de por eso, dije yo, no le dé pena, que yo le diré quién se la hurtó. Angel será vuesa merced, respondió él, y no hombre, si me dice eso. Déjeme reposar, dije yo, y se lo diré. Descansé un rato, y mi macho cenó lo mejor que pudo; yo cené un muy gentil gazpacho, que cosa más sabrosa no he visto en mi vida, que tanto tienen las comidas de bueno cuanto el estómago tiene de hambre y de necesidad. Fuera de que el aceite de aquella tierra, y el vino y vinagre, es de lo mejor que hay en toda Europa.

Habiendo cenado, y estando todos los mozos alrededor, le dije al aperador: Este dornajo en que habemos cenado ha de descubrir el hurto de los higos. Dijo uno entre dientes: Aun sería el diablo la venida del estudiante. Pedile al buen hombre un poco de aceite y almagre, y sin que los mozos le viesan unté el suelo del dornajo con una mezcla que hice del aceite y almagre, y pedile un cencerro de las vacas, y poniéndolo debajo del dornajo dije, con voz que lo oyeron todos, habiendo puesto el dornajo más adentro donde estaba el pajar: Pasen todos a uno y den una palmada en el suelo del dornajo y en pasando el que hurtó los higos sonará el cencerro.

Fueron todos uno a uno, y dió cada uno su palmada en el almagre, no sonó el cencerro, que es lo que todos esperaban. Llaméles a todos y díjeles que abriesen las palmas de las manos, las cuales tenían enalmagradas, sino

era el uno de ellos; y así les dije a todos: Este gentil hombre hurtó los higos, que porque el cencerro no sonase no osó poner la mano en el dornajo. El se puso colorado como un escaramujo, y los demás estuvieron toda la noche reventando de risa y dándole matraca, y el aperrador, muy agradecido de haber hallado sus higos, y yo muy contento del buen acogimiento; y por el buen hospedaje dejéle dos cuchillos damasquinos, con que por poco le corta las orejas al ladrón de los higos.

DESCANSO XVII

Habiendo descansado aquella noche lo que parecía que bastaba para los trabajos de mi macho, fuí a rogarle que se animase, y gruñendo alzó la pata, y al mismo tiempo dile un palo, con que se le acordó el trabajo pasado. Sosegóse luego, y echéle la silla; caminé a Beramejé, que estaba muy cerca, y aunque quise pasar sin que me viese el señor Benamejé, el bellaco del macho se arrojó en su casa, y fué preciso descansar allí un rato.

Al fin, por abreviar el cuento, llegué a Málaga, o por mejor decir, paréme a la vista de ella en un alto que llaman la cuesta de Zambrana. Fué tan grande el consuelo que recibí de la vista de ella, y la fragancia que traía el viento, regalándose por aquellas maravillosas huertas cubiertas de todas especies de naranjos y limoneros y llenas de azahar todo el año, que me pareció ver un pedazo de paraíso, porque no hay en toda la redondez de aquel hori-

zonte cosa que no deleite los cinco sentidos. Los ojos se entretienen con la vista de mar y tierra, llena de tanta diversidad de árboles hermosísimos como se hallan en todas partes que producen semejantes plantas; con la vista del sitio y edificios, así de casas particulares como de templos excelentísimos, especialmente la iglesia mayor, que no se conoce más alegre templo en todo lo descubierto. A los oídos deleita con grande admiración la abundancia de los pajarillos, que, imitándose unos a otros, no cesan en todo el día y la noche su dulcísima armonía, con un arte sin arte, que como no tienen consonancia ni disonancia, es una confusión dulcísima que mueve a contemplación del universal Hacedor de todas las cosas.

Los mantenimientos, abundantes y substanciosos para la salud. El trato de la gente, muy apacible, afable y cortésano, y todo es de manera que se pudiera hacer un grande libro de las excelencias de Málaga. Y no es mi intento reparar en esto. Negocié a lo que venía en aquella santa iglesia, de donde se pueden sacar muchos sujetos para obispos y oidores, y para gobernar el mundo, entre los cuales hallé un prebendado amigo mío, hombre bien nacido, de grandes y superiores partes, muy digno de estimarse, apasionado, porque sin razón le ofendían las ausencias; hombre que por ningún camino podían correr parejas con él. Que de la misma manera que la envidia no se creía sino en pechos olvidados de la buena educación y partes, así compete siempre a los que las poseen y resplandecen en actos de ciencia y de vir-

tud. Que les parece que reconocer superioridad y ventaja a quien se la tiene es perder el derecho que tienen a la descortesía, a quien se crían subordinados, por falta de buen entendimiento y sobra de mala voluntad.

Quejábase que habiendo hecho grandes bienes a un hombre que siempre había tenido pocos o ningunos, y habiéndose librado de cosas de que él por ningún camino tuviera trazas ni modo para librarse, no sólo no le agradecía, pero buscaba caminos por donde pudiese obscurecer las buenas obras recibidas. Vilo con determinación de volver la hoja y vengarse de él por la mejor vía que pudiese; pero atájéle con advertirle que arrepentirse del bien que había hecho no cabe en ánimos nobles.

Pues hacer mal, dije, a quien hiciste bien, arguye poca firmeza y constancia en el valor del ánimo. Vengaros por tribunales es yerro notable, porque nunca las ofensas manchan, hasta que lleguen a tan miserable estado; especialmente que si vos me decís que es hombre desadornado de partes heredadas o adquiridas, ¿qué agradecimiento os ha de tener a vos, si no agradece a Dios haberle puesto en el estado que no merecía, ni pensó merecer? Y preguntó: ¿quién hizo mal, él o vos? Respondí: Claro está que él. Pues enójese él, dije yo, que hizo tan gran maldad como no agradecer; que vos, que no hicisteis mal, no tenéis de qué sentir, sino de estar muy contento. Y no queráis desmerecer con Dios la buena obra que hicisteis.

Consolóse de manera que si había sido mi

amigo hasta allí, por este consejo creció mucho más la amistad. Y realmente la quietud del ánimo no admite alteraciones advenedizas de pechos e intenciones en quien se asientan mal la paz y tranquilidad del alma. Hanse de huir semejantes recuentros, por el mejor medio que fuere posible; y si es forzosa la comunicación, como sucede en comunidades, usar de ella en sólo aquello que no puede excusarse, llevando siempre por guía la justicia y la verdad, de manera que los que viven con cuidado de hallar en qué tropezar, se corran y confundan; y cuando no sucediere como se desea y como sería razón, calle por sí propio y enmiéndese de la culpa; si le murmuraren sin ella, consuélase viendo que está libre de calumnia. De suerte que por todos caminos el silencio es refugio y acogida de los agravios con malicia. Pero tornando a lo primero, ¿por qué pensáis, le dije, que dicen ordinariamente: nunca falta un Gil que me persiga?, que no dicen un don Francisco, ni un don Pedro, sino un Gil; es porque nunca son perseguidores sino hombres bajos, como Gil Manzano, Gil Pérez; ni para verdugos y cómitres buscan sino hombres infames y bajos, enemigos de piedad, bestias crueles, sin respeto ni vergüenza, inclinados a perseguir a la gente que ven levantarse en actos de virtud, como este miserable de quien os quejáis. De estos, la comunicación por ningún camino es buena, porque no son capaces de hacer bien, ni pueden dejar de hacer mal; lo cual se ataja no conociéndolos para que no lo hagan. Pues suele pasar, dijo, por cerca de mí

sin quitarse el sombrero. Eso, dije yo, o será por descuido, o por descortesía. Si por descortesía, enójese, como tengo dicho, consigo propio, porque ha hecho mal, y no os enojéis vos por los pecados del otro, que fué descortés y mal criado. Que vos no os habéis de alterar, no habiendo cometido culpa; y si se hace por descuidado, consigo trae la disculpa; porque los que caen en esta inadvertencia no podemos juzgar si van pensativos, u ocupados por imaginaciones de negocios, que puede suceder por muchas cosas, e inculpados, de que no podemos ser jueces, no tener ciencia, ni razón de sentirnos y alterarnos. Y en esto de las cortesías no tenemos de qué enfadarnos. Lo uno, porque el no usarla con nosotros no es culpa nuestra. Lo otro, porque quien da no da más de lo que tiene, y quien no tiene cortesía no es mucho que no la dé; y la regla general es que en ninguna manera habemos de tomar fastidio de lo que no sucede por culpa nuestra, que los descortesés su castigo tienen acerca de quien los conoce.

DESCANSO XVIII

Saliendo de Málaga, me paré entre aquellos naranjos y limoneros cuya fragancia de olor con gran suavidad conforta el corazón, y púseme a mirar la excelencia de aquella población, que, así como por la influencia del cielo como por el sitio de la tierra, excede a todas las de Europa en aquella cantidad que su distrito abraza. Y estando en esta contemplación vi venir hacia mí una cosa que parecía hom-

bre sobre una mula, hablando entre sí a solas, con un movimiento de brazos, meneo de rostro y alteración de voz, como si fuera hablando con alguna docena de caminantes. Volví la rienda a mi macho, picándole con toda la priesa posible, antes que pudiese llegar a mí, porque le conocí la enfermedad; que para huir de un hablador de estos querría tener no solamente pies de galgo, sino alas de paloma; y si ellos supiesen cuán odiosos son a cuantos los oyen, huirían de sí propios. Que la locuacidad, fuera de ser enfadosa y cansada, descubre fácilmente la flaqueza del entendimiento, suena como vaso vacío de substancia y manifiesta la poca prudencia del sujeto, y tiene tan buena gracia con las gentes, que jamás son creídos en cosas que digan, porque aunque sea verdad, va tan derramada, ahogada y desconocida entre tantas palabras como el olor de una rosa entre muchas matas de ruda; son estos habladores como el helecho, que ni da flor ni fruta; son el raudal de un molino, que a todos los deja sordos y siempre él está corriendo. No hay toro suelto en el coso que tanto me haga huir como un palabrero de éstos, y, en resolución, no hay buen rato en ellos sino cuando duermen, como me sucedió en éste, que por mucha priesa que me di a huir, me alcanzó y saludó como el verdugo, por las espaldas, y apenas le hube respondido, cuando me preguntó adónde iba y de dónde era.

A lo primero le respondí, mas a lo segundo no me dió lugar a que le respondiese; y prosiguiendo me dijo: Pregunto de dónde es vuesa

merced, porque yo soy del reino de Murcia, aunque mis padres fueron montañeses, de un linaje que llaman los Collados. A lo menos no callados; miréle mientras iba hartándose de hablar (si pudo ser), que tenía razonable cuerpo y talle, aunque era con un gran defecto, que era zurdo y quería parecer derecho. Que aunque la fealdad del zurdo es grande, tengo por peor la del que disfraza o quiere disfrazar la falta natural, porque arguye doblez y artificio en lo interior de la condición; y siendo este género de hombres tan conocido por este defecto, como los eunucos por el de las barbas, así quieren persuadir a que no lo son, como estotros a que no han llegado a edad de barbar; y los unos y los otros, con querer negarlo o disimularlo dan a entender cuán grande falta es, pues la niegan.

Este buen hombre, jugando de una y otra mano y arqueando las cejas, que tenía grandes, con dos rayas entre ellas, profundas; ojos, aunque no pequeños, cerrados siempre que hablaba, como si con los ojos se oyera, y todo el rostro acabronado, quiero decir libre, alto y desvergonzado; dijo mil disparates, a que yo nunca estuve atento, porque le conocí luego. Contó valentías suyas, a las cuales yo estuve tan atento como a todo lo demás, de suerte que nunca me dió lugar para responderle a lo que me había preguntado, hasta que, habiendo andado dos leguas, como de tanto hablar había gastado la humedad del cerebro, labios y lengua, en una venta que llaman del Pila-rejo pidió un jarro de agua, y en comenzando

a beber le respondí a su pregunta, diciendo: De Ronda. Quitóse el jarro de la boca, y díjome: Huélgome, porque voy hacia allá, de llevar tan buena compañía. Tornó el jarro a la boca, y mientras acabó de beber le dije: Antes es la peor del mundo, porque no hablaré palabra en todo el camino. ¿Esa virtud del silencio, dijo, tiene vuesa merced? Será prudente y estimado de todo el mundo, que del poco hablar se conoce la prudencia de los sabios, que es una virtud con que un hombre asegura los daños que por su causa sola pueden venir. Yo no soy amigo de hablar: cuando dan tormento a alguno, si no habla ni confiesa, lo tienen por valeroso, por haber callado lo que había de dañar. En un banquete, los callados comen más y mejor que los otros y hablan menos, porque oveja que bala, bocado que pierde, aunque yo no soy amigo de hablar. El sueño, tan importante para la salud y vida, ha de ser con silencio. Cuando uno está escondido, como suele suceder, en casa ajena, por callar se salva, aunque se le salga algún estornudo. Que el silencio es virtud sin trabajo, que no es menester cansarse con libros para callar. El callado está notando lo que otros hablan, para echárselo después en cara. Yo no soy amigo de hablar.

Con estos disparates y otros tan materiales, iba alabando el silencio y cansándome a mí, y prosiguiendo con su inclinación, dijo: Yo no soy amigo de hablar, sino por entretener el camino a vuesa merced, que me parece hombre principal, voy aliviando el cansancio. Yo busqué mil invenciones para librarme de él y



seguir mi camino a solas; pero no fué posible dejarlo, y al fin le dije: Señor, yo tengo necesidad de apartarme a la mano izquierda y pasar este río, porque tengo que hacer en Coín. ¿Pues por tan desconversable me tiene vuesa merced, dijo él, que no le había de acompañar?

El prosiguió, y como no salió bien lo primero, fuime divirtiendo con los ruseñores, que nos daban música por el camino, admirándome de ver con cuánto cuidado se van poniendo delante de los hombres para que oigan la melodía de su canto, a veces llevando el canto llano con la quietud del tenor, y luego con la disminución del tiple, convidando al contrabajo a que haga el fundamento, sobre que van las voces saliendo a veces sin pensar con el contralto. Concierto no imitado de los hombres, sino enseñando a los hombres, a quien sirven con gran cuidado de darles gusto, pues en la orilla de aquel río, y en cualquiera parte que los haya, tanto con más excelencia usan de su armonía cuanto más cerca se hallan de los hombres. Con esto pude disimular y sufrir algún tanto la gotera y continuación de este impertinente hablador, hasta que llegamos a una venta, donde fué forzoso comer.

En acabando yo me hice enfermo, por quedarme sin él, mas el me dijo: Juntos salimos de Málaga, juntos habemos de llegar a Ronda; que como yo callaba y él hablaba cuanto quería, le parecí bien para compañía. Vime cansado, atajado y molido; porque aunque confieso de mí que sé usar de la paciencia en mu-

chas cosas, se que no la tengo para oír hablar mucho y prolijamente, y así me determiné a usar del remedio contra los habladores, que es hablar más que ellos. En acabando de comer el buen hombre, extendiendo los brazos con un gran bostezo, comenzó a decir: Por aquí pasó el Rey Don Fernando y su gente, cuando después de ganada Ronda vino sobre Málaga, y habiéndole faltado recursos por los muchos gastos que se le habían recrecido, y por haber acosado a los pueblos circunvecinos con los continuos reencuentros, trazas y estratagemas de las que habían usado para ganar a Ronda, estuvieron dos o tres días los soldados sin recibir mantenimiento, por donde pensaron perecer de hambre.

Yo le atajé con gran furia, diciendo: Y aun yo me acuerdo que lo oí cantar a mi bisabuelo, que había traído de la campiña de los pueblos circunvecinos de cristianos de Ronda una gran manada de ganado de cerda, de que ahora hay más abundancia que en toda España para mantenimiento del real: como se hubiese acabado ya todo el ganado vacuno, y quedasen algunos cochinos, mandó el Rey Católico que le guardasen una docena de ellos, y que por ningún camino tocasen a ellos por ser grande y largos para casta. Como los soldados, gente sin paciencia, se veían perecer de hambre, y la provisión que esperaban se tardaba, aunque estaban atrincherados, y cercados de enemigos de toda la Hoya de Málaga, donde por fuerza habían de vivir con recato, vieron dos o tres camaradas que se habían desmandado los puercos hacia

la espesura de estos árboles por la ribera del río, porque como llevaban seguridad y salvoconducto, nadie tocaba a ellos. Acudió un arcabucero de la camarada, y por entre las ramas le encerró dos balas en el cuerpo a un cochino de aquellos. ¡Arma, dijeron todos, arma, enemigos, arma! Púsose todo el real en arma; los soldados arrastraron el puerco hacia su tienda, y metieronlo entre la ropa de un baúl. Acudieron a todas las partes por donde se podía temer flaqueza o peligro, porque en semejantes ocasiones ninguno sino los centinelas pueden disparar un arcabuz; y como hallaron seguridad, mandóse que se hiciese pesquisas por un sargento mayor, adónde y por qué se había disparado el arcabuz: echóse de ver que había sido por la muerte del cochino. Los tres soldados con los pies borrarón el rastro de la sangre, y envolviéndolo entre sus vestidos y camisas, lo encerraron en el suelo del baúl, que le sirvió de sepulcro hasta que llegó el sargento mayor informándose de tienda en tienda. Llegando a la de los soldados, negando ellos lo del cochino, llegó el sargento mayor a mirar detrás del baúl, y en meneándolo, dió un profundo gruñido, porque no era muerto, y secundó con otro más recio.

El sargento mayor, que se enteró del caso, y padecía tanta hambre como ellos, mirólos sin hablar palabra. Ellos, erizado el cabello, temblandoles las manos, y confuso el rostro, cuando entendieron que los había de ahorcar o hacer otro castigo muy grave, el sargento mayor, poniendo el dedo en la boca, les dijo: Envíen-

me mi parte, y comamos todos. Con mucha disimulación tornó a su pesquisa de tienda en tienda, y cuando llegó a la suya, halló entre unos trapos sucios la parte del cochino, que le pareció había venido del cielo.

Entonces dijo el hablador: Pues a propósito de esto contaré; y al momento atajéle con decir: Pues no paró aquí, ni he contado la mitad del cuento, y diciendo mil disparates, semejantes a los pasados, lo rendí de manera que cogió su mula y se fué camino de Alorca sin despedirse, y yo me quedé en la venta de Don Sancho, descansando de lo mucho que había hablado y había sufrido hablar, que con ser el medio con que se entienden los hombres unos con otros, la demasía destruye el buen fin para que fue concedido a los hombres, y no a los demás animales; la comunicación del hablar y la dulzura de la lengua que tantas excelencias tiene, y que ella es el intérprete del alma, satisfactoria a lo que le preguntan, exhortadora al bien, consoladora en el mal, relatora fiel de las sentencias, medianera en las enemistades, agradable para el oído, en la soledad, compañera, declamadora para persuadir, y voz para comunicarnos.

Dejo atrás otros muchos provechos, que aunque son materiales, son muy necesarios, como es traer la lengua el mantenimiento de una parte a otra, para que si está muy caliente se temple, y si está frío se caliente, y baje al estómago, de manera que lo abrace bien, si no hubiera lengua que recogiera la saliva que sin licencia se destila del cerebro y sube del estómago ¿cómo se pudiera arrancar la flema del

pecho si no ayudara la lengua? ¿Quién negará la gracia que tiene para pedir, y la desgracia para despedir? Maravillosas propiedades tiene para lo material.

DESCANSO XIX

Pero, ¿quién o cómo podrá decir las calidades de la lengua, aunque ella propia tuviese su libre albedrío sin tener dependencia de otra parte, para hablar de sí? Dicen algunos que es de hechura de hierro de lanza, y engáñan-se, porque ni es tan ancha por lo ancho, ni tan puntiaguda por el remate. A mí me parece que tiene hechura de cabeza de culebra; y quien quisiere advertir en ello, véala mirándose a un espejo, y hallará lo que digo: verá el fácil movimiento que tiene, más veloz que todos los demás miembros del cuerpo, cómo de su movimiento propio se alarga y se encoge, se angosta y ensancha, con qué ligereza sube a lo alto de la boca, y baja a lo bajo, y se mueve al un labio y al otro, cómo sale afuera, y vuelve adentro, sin ver con qué se alarga, ni dónde se encoge: y mirándolo con todos estos accidentes parece víbora que está a la boca de su cueva para salir o no salir.

Y en fin sale, teniendo en su guarda y defensa los dos adarves de dientes y labios, que le estorban la libertad del hablar, pero no por eso deja de hablar cuando le mandan, y algunas veces mucho más de lo que le mandan. Vicio infame, y que ordinariamente se halla en gente muy humilde, como pescaderas y lavan-

deras; y si son hombres, son semejantes en nacimiento y costumbres, que si pensasen cuánto importa para la quietud de la vida y seguridad de la muerte, antes querrían ser mudos que hablar tanto y mal. Mil veces he pensado por qué llaman a éstos deslenguados, teniendo tan larga la lengua.

Y dejadas otras razones, digo que como hablan tanto, y tan mal, parece que han de tener la lengua gastada y consumida de hablar; y por eso les llaman deslenguados, siendo lenguados, y aun acedías, pues tantas engendran en quien los sufre. Y dije que parece la lengua cabeza de culebra, porque tan dispuesta se halla para picar o morder, como para alabar o persuadir. Mas ¡cuán dulce cosa es decir bien! ¡Qué de amigos se granjean por ello, y qué de enemigos por lo contrario! En cuantas pesadumbres suceden en el mundo, habría templanza y moderación, si la hubiese en la lengua, que por ella se traban cuantas pependencias suceden en las comunidades o cabildos. ¡Qué fácil cosa es conceder una verdad, y qué dificultoso contradecirla! Pues al fin no se ha de dar razón conveniente para derribarla. El contradecir la verdad, por salir (como dicen) cada uno con la suya, bien se echa de ver que es estimarla en poco, y su misma reputación. Que aunque por algunos respectos la dejan salir con su intención, al fin todos echan de ver la vanidad que sustentaba, y él queda corrido y arrepentido; y a todos los que aprovechan mal de la lengua les viene luego el pesar al pie de la obra.

Tristes de aquellos que ponen su justicia

en la confianza de su ruin lengua, que si por ese camino la alcanzan, toda la vida pasan con escrúpulo, y la muerte sin restitución (quizá me engaño). Todas las heridas que un hombre da con el brazo paran allí donde se recibe el daño. Pero la herida que hace la lengua (como dice el doctísimo Pedro de Valencia) va cundiendo y extendiéndose de la misma manera que el movimiento que hace una piedra en un charco de agua, que a todas partes se va extendiendo, o como la voz que se da al aire, que a todas partes corre, y va creciendo, que la palabra una vez echada no sabe volverse a su dueño, ni es señor de lo que pudo retener en sí y lo dejó ir.

Llaman satírico, de pocos años a esta parte, al que tiene ruin lengua; mas impropriamente, que no tiene lo uno parentesco con lo otro; porque las sátiras no nacen de la ponzoña de la lengua, sino del celo de reprehender un vicio, que por ser insensible en sí, se reprehende en quien lo tiene. Mas la hambre y sed de la ruin lengua no tiene discurso como el que le compone la sátira; y si lo tuviese, o espacio para pensar los inconvenientes, no se arrojara tan fácilmente contra la honra del prójimo. Aquel filósofo que preguntándole cuál era el animal más ponzoñoso en la mordedura, respondió que de los bravos el maldiciente, y de los mansos el lisonjero, no declaró cuál se llama verdaderamente lisonjera, que realmente la lisonja es una mentira dicha con blandura en alabanza del presente: como si a un hombre ignorante le llamasen sabio, o a la mujer fea la llamasen hermosa.

Esta es realmente adulación y conocida lisonja, y es grande maldad decirla, y mayor ignorancia consentirla; pero no se llamará lisonja a la mujer que es medianamente hermosa y parece bien, llamarla muy hermosa, ni al hombre que tiene razonable talle, decirle que es gentil hombre; ni lo será al que canta a gusto de quien le oye, decirle que es un Orfeo, ni al que es muy razonable poeta decirle que es un Horacio, que algo se ha de añadir para que los ánimos se alienten a pasar adelante con los actos de virtud; porque si la honra es el premio de la virtud (como lo es) ¿cómo sabrá el virtuoso la opinión que tiene en el pueblo si no se lo dicen en su cara, y le animan para que prosiga en merecer más y más cada día? Así que decirle bien de sí propio al que tiene en qué fundarlo no es lisonja, sino dejarlo sabroso para que no cese en su propósito; y el que lo dice sabiéndolo decir, se acredita de afable, y de juez que conoce lo que se debe a las buenas partes. ¿Quién será tan inhumano que tenga por lisonja decirle a Lope de Vega que no ha habido en la antigüedad más excelente ingenio por el camino que ha seguido? ¿Ni tan bruto que porque el otro sabe echar cuatro pullas con donaire diga que es gran poeta?

Todos estos son oficios de la lengua, que si es, como la de aquel hablador, todo lo destruye y todo lo daña, así soplando el mal, como desacreditando el bien; porque en la demasía es imposible haber los actos de justicia, y más si el hablar cabe en una mujer ignorante y hermosa, que para un hombre de recogimien-

to y estudio hace más ruido y ocupa más en una casa que un corral de doscientas gallinas. El hablar mucho está lleno de mil inconvenientes, y pocos habladores o ningunos he visto enmendados; porque cuanto más viven y duran, crece más la licencia del hablar y el parecerles que lo pueden hacer. El hablar con moderación regala el oído, cría voluntad y amor en quien lo oye, y hace una armonía en el oyente, que no hay cuatro voces concertadas que así lo suspendan. Más, ¿qué fuera de la música de voces si no hubiera lengua que pronunciara las palabras y formara los puntos? Parecieran los músicos vacas en acequias, o azudas en procesión. Y aunque yo use mal del precepto que doy en hablar poco, no puedo dejar de condenar un género de gentes que en comenzando a hablar son como ruedas de cohetes, que hasta que ha despedido toda la pólvora no para. Son descortesés si no oyen lo que les responden, y se hacen odiosos a todo el mundo.

Hase de hablar lo necesario, respondiendo y dando lugar a que se responda con silencio justo o ajustado con la conversación, si pudiere ser con agudeza y donaire, sino a lo menos con cordura, moderación y aplauso, no pensando que se lo han de hablar todo. Como divinamente hace Doña Ana de Zuano, que usa de la lengua para cantar y hablar con gracia, concedida del cielo para milagro de la tierra. O como Doña María Carrión, que si no fuera con tantas ventajas hermosa, con sola la cordura y gracia de su lengua pudiera ser estimada en el mundo.

No quiero traer en consecuencia de esto a los grandes oradores, como es el Maestro Santiago Pico de Oro, el Padre Fray Plácido Tosantos, y el Maestro Ortensio, divino ingenio, el Padre Salablanca, tan semejante en la vida a la excelencia de sus palabras, y otros excelentísimos sujetos, que parece hablan con lenguas de ángeles más que de hombres. Pero para reprehender el mucho hablar he yo hablado demasiado, por persuadir a quien tiene esta falta que se reforme en ella.

Aquella noche descansé en un pueblo que está cerca del camino que llaman Cazarabonella, abundantísima en naranjas y limones, con muchas aguas y frescuras, aunque al pie de muy altas peñas.

DESCANSO XX

Por la mañana tomé el camino por entre aquellas asperezas de riscos y árboles muy espesos, donde ví una extrañeza, entre muchas que hay en todo aquel distrito: que nacía de una peña un gran caño de agua, que salía con mucha furia hacia afuera, como si fuera hecho a mano, mirando al Oriente, muy templada, más caliente que fría, y en volviendo la punta del peñasco salía otro caño correspondiente a éste, muy helado, que miraba al Poniente; en lo primero, el romero florido, y, a dos pasos, aun sin hojas, y todo cuanto hay por ahí es de esta manera. Unas zarzas sin hojas, y otras con moras verdes, y poco adelante con moras negras.

Todo cuanto mira a Málaga, muy de primavera, y en cuanto mira a Ronda, muy de invierno, y es así todo el camino. Por entre aquellos árboles, muy lleno el camino de manantiales y aguas, que se despeñan en aquellas altísimas breñas y sierras, por entre muy espesas encinas, lentiscos y robles; y como sólo imaginando en las extrañas cosas que la naturaleza cría, cuando sin pensar dí con una transmigración de gitanos en un arroyo que llaman de las Doncellas, que me hiciera volver atrás si no me hubieran visto, porque se me representó luego las muertes que sucedían entonces por los caminos, hechas por gitanos y moriscos; como el camino era poco usado, y yo me ví solo y sin esperanza de que pudiera pasar gente que me acompañara, con el mejor ánimo que pude, al mismo tiempo que ellos me comenzaron a pedir limosna, les dije: Esté en hora buena la gente. Ellos estaban bebiendo agua, y yo les convidé con vino, y alarguéles una bota de Pedro Jiménez de Málaga, y el pan que traía, con que se holgaron; pero no cesaron de hablar y pedir más y más.

Yo tengo costumbre, y cualquiera que caminase solo la debe tener, de trocar en el pueblo la plata u oro que ha menester para el espacio que hay de un pueblo a otro, porque es peligrosísimo sacar oro o plata en las ventas, o por el camino, y trayendo en la faltriquera menudos, saqué un puñado, con que les dí y repartí limosna (que nunca la dí de mejor gana en toda mi vida) a cada uno como me pareció. Las gitanas iban de dos en dos, en unas

yeguas y cuartagos muy flacos; los muchachos de tres en tres, y de cuatro en cuatro, en unos jumentos cojos y mancos.

Los bellacones de los gitanos a pie, sueltos como el viento, y entonces me parecieron muy altos y membrudos, que el temor hace las cosas mayores de lo que son; el camino es estrecho y peligroso, lleno de raíces de los árboles, muchos muy espesos, y el macho tropezaba cuanto podía, dábanle los gitanos palmadas en las ancas, y a mí me pareció que me las querían dar en el alma; porque yo iba por lo más bajo y angosto, y los gitanos por los lados superiores a mí, por veredillas enredadas con mil matas de chaparros y lentiscos, que a cada momento me parecía que me iban ya a pegar; y en medio de esta turbación y miedo, yendo mirando con cuidado a los lados, moviendo los ojos sin mover el rostro, llegó un gitano de improviso, y asíó del freno a la barbada del macho, y queriéndome yo arrojar en el suelo dijo el bellaco del gitano: Ya ha cerrado, mi señor. Cerrada, dije yo entre mí, tengas la puerta del cielo, ladrón, que tal susto me has dado.

Preguntaron si lo quería trocar, y habiéndome atribulado del trago pasado, y de lo que podía suceder; mas considerando que su deseo era de hurtar y que no podía echarlos de mí sino con esperanza de mayor ganancia, con el mayor semblante que pude saqué más menudos, y repartiéndolos entre ellos, dije: Por cierto, hermanos, sí hiciera de muy buena gana, pero dejo atrás un amigo mío mercader, que se le ha cansado mucho un macho en que trae una

carga de moneda, y voy al pueblo a buscar una bestia para traerla. En oyendo decir mercader solo, macho cansado, carga de moneda, dijeron: Vaya su merced en hora buena, que en **Ronda le serviremos la limosna que nos ha hecho.** Piqué al macho y le hice caminar por aquellas breñas más de los que él quisiera.

Ellos quedaron hablando en su lenguaje de jerigonza, y debieron de esperar a acechar al mercader para pedirle limosna, como suelen, que si no usara de esta estratagema, yo lo pasara mal. Sabe Dios cuántas veces me pesó de haber dejado la compañía del hablador, cuando hablara mucho y me enfadara, mas al fin no me pusiera en el peligro en que estuve. Que realmente para caminar, por enfadosa que sea la compañía tiene más de bueno que de malo, y aunque sea muy ruín, la puede hacer buena el buen compañero, no comunicándole cosas que no sean muy justas. Y para tratar de lo que se ofrece a la vista, por el camino es buena cualquiera compañía. Que bien nos dió a entender Dios esta verdad cuando acompañó un brazo con otro, una pierna con otra, ojos y oídos y los demás miembros del cuerpo humano, que todos son doblados sino la lengua, para que sepa el hombre que ha de oír mucho y hablar poco. Iba volviendo el rostro atrás, para ver si me seguían los gitanos, que como eran muchos, podían seguirme unos y quedarse otros; pero la misma codicia que cebó a los unos detuvo a los otros, y así me dejaron de seguir. Llegué al pueblo más cansado que llegara si no fuera por miedo de los gitanos.

Después ví en Sevilla castigar por ladrón a uno de los gitanos, y una de las gitanas por hechicera en Madrid; pero después que estuve sosegado y sin alteración, se me representó en aquellos gitanos la huída de los hijos de Israel de Egipto. Iban unos gitanos desnudos, otros con un colete acuchillado, o con un sayo roto sobre la carne: otro ensayábase en el juego de la corregüela. Las gitanas, una muy bien vestida, con muchas patenas y ajorcas de plata, y las otras medio vestidas y desnudas, y cortadas las faldas por vergonzoso lugar: llevaban una docena de jumentillos cojos y ciegos, pero ligeros y agudos como el viento, que los hacían caminar más que podían.

Dios me ofreció y deparó aquella estratagemma porque los gitanos eran tantos que bastaban para saquear un pueblo de cien casas. Reposé y comí en aquel pueblo, y a la noche llegué a Ronda, donde hallé a mis mercaderes muy deseosos de verme y muy adelante en su trato. Lo que allí me pasó no es de consideración, porque en una feria tan caudalosa son tantos los enredos, trazas, hurtos y embelecocos que pasan, que para cada uno es menester una historia. Yo no iba a tratar ni a contratar, sino a negocios de mis estudios y a visitar mis parientes; pero servíles a los mercaderes de gozquecillo, para mostrarle algunas cosas muy notables y dignas de ver que tiene aquella ciudad, así por naturaleza como por artificio, como es el edificio famoso de la mina por donde se proveía de agua siempre que estaba cercada de contrarios.

Esta ciudad fué reedificada de las ruinas de Munda, que ahora llaman Ronda la vieja: ciudad donde tan apretado se vió César de los hijos de Pompeyo, que confiesa él mismo que siempre peleó por vencer, y allí por no ser vencido. Está edificada sobre un risco tan alto, que yo doy fe que haciendo sol en la ciudad, en la profundidad, que está dentro de ella misma, entre dos peñas tajadas, estaba lloviendo en unos molinos y batanes, que sirven a la ciudad, de donde subían los hombres mojados; y preguntándole de qué, respondían que llovía muy bien entre los dos riscos que dividen la ciudad del arrabal.

Dígolo a fin de que cuando esta ciudad se edificó, por la falta que habían de fuentes arriba, les fué forzoso hacer una mina, rompiendo por el mismo risco hasta el río, que no hay en toda ella cosa que no sea la misma dureza de la piedra, en que hay cuatrocientos escalones, poco más o menos, por donde bajan por agua los míseros esclavos cautivos, en el cual trabajo morirían algunos: y se tiene por tradición antigua que una cruz que yo he visto al medio de la escalera, la hizo un cristiano, que del mismo trabajo reventó, con la uña del dedo pulgar, tan honda, que fuera menester más que punta de daga para hacerla. Es de la misma grandeza de rayas que un Cristo que está en la iglesia antigua de Córdoba, hecho por manos de otro santo cautivo, y con el mismo trabajo.

Algunos han dicho que tan insigne obra no pudo ser hecha sino de romanos. Pero hay en

contrario una piedra grande que está en el fundamento de la torre que llaman del homenaje, que está escrita en letras latinas, y están vueltas hacia abajo, que si supiera leerlas no las pusieran al revés. Fuera de que las calles son todas angostas, y las casas que se heredaron de la antigüedad bajas, muy fuera de la costumbre de los romanos y españoles.

Sea como fuere, el edificio de la mina es hecho con mucho trabajo y cuidado, y de las más memorables obras que hay de la antigüedad en España; y que esta ciudad fué edificada de las ruinas de Munda, en mil piedras que hay allí se echa de ver, y en algunos ídolos que hay, entre los cuales son excelentes dos que hay muy maltratados, de alabastro, en las casas de Don Rodrigo de Ovalle, en que ahora vive, heredadas de sus padres y abuelos a quien yo conocí: y aunque yo no hago oficio de historiador, no puedo dejar de decir de paso, que engañado Ambrosio Morales por la semejanza del nombre, dijo que Munda había sido un lugarcillo edificado a la falda de Sierrabermeja, que se llama Munda, que si hubiera visto esta tierra no lo dijera. Porque a lo que dice Paulo Hircio que hay desde Osuna a Munda, concierta es verdad, y con estar vivo hoy el coliseo grande, y que muestra haber sido colonia de romanos, que yo ví años de ochenta y seis. Junto con esto me acuerdo que oí decir a Juan Luzón, caballero de muy gentil entendimiento y buenas letras, y un hidalgo, nieto e hijo de conquistadores, que se llamaba Cárdenas, que en un cortijo suyo que está en el mismo sitio que

Munda, arando unos gañanes, hallaron una piedra en que estaban estas letras: *Munda Imperatore Sabino*.

Junto con esto le oí decir a mis abuelos, que eran hijos de conquistadores, y tuvieron repartimiento de los Reyes Católicos. Y esto digo porque como se van acabando los que lo saben quede esta verdad asentada para la posteridad. Tiene aquella ciudad naturalmente cosas que se pueden ir a ver, por monstruosas, de muchas leguas, por la extrañeza de aquellas altas peñas y riscos.

Es abundantísima de todo lo necesario para la vida, y así salen pocos hombres de ella para ver el mundo; pero los que salen, así para soldados como para otras profesiones, prueban muy bien en cualquier ministerio, y porque no haga oficio de historiador, paso fácilmente por estas verdades. Yo mostré a los mercaderes lo que pude, y los dejé con intento de ir a las Indias occidentales.

DESCANSO XXI

Yo negocié a lo que iba, y vine a Salamanca, donde estuve hasta que se hizo una armada en Santander, de donde fué general Pedro Meléndez de Avilés, adelantado de la Florida, muy gran marineró, que por ser para navegar se la encomendaron. Yo, con el deseo que tenía de ver mundo, desamparé los estudios, y me acogí en compañía de un amigo capitán, que iba haciendo gente para la dicha armada, que quien viera la gente que se juntó en ella de

Andalucía y Castilla, jugara que para todo el mundo bastaba: pero como la mano de Dios lo gobierna todo, y sin su incomprensible voluntad, ni el poder de los reyes, ni el valor de los generales, ni la furia de los grandes soldados es bastante para derribar la flaqueza de un miserable hombre, tuvo infelicísimo fin aquel poderoso ejército; no en batalla, porque no llegó a ese punto, sino que se cundió una enfermedad en los soldados, de que casi todos murieron sin salir del puerto.

Embarcóse lucidísima gente moza y robusta, con muy grandes esperanzas que el gallardo brío les prometía. Yo me embarqué en una zabra con la compañía en que fuí, aunque con diferente capitán, porque hubo reformación, y de este segundo fuí yo alférez en armada, de quien se dijo: Desdichada la madre que no tuvo hijo alférez. Era almirante don Diego Maldonado, caballero de bonísimo gusto, en cuya gracia yo caí, y en su desgracia nunca, por cuyo respeto me dió su bandera el segundo capitán.

Diéronme unas tercianas dobles que andaban fuera y dentro del mar; y como nunca las cosas, por poco prósperas que sean, se poseen sin envidia, dió en tenerla de mí un hidalguete de la misma compañía, que traía ocho o diez camaradas que procuraban con grandes veras derribarme del oficio de alférez; pero cuanto más ellos ocasiones me daban para su intento, tanto más me apartaba yo de tomarlas; porque puesto un hombre en ellas, mal sabe resistirse, y no hay remedio tan excelente para huir los males, como no aceptar el envite de las ocasio-

nes, particularmente en la edad robusta que yo entonces tenía, que aunque no era muy mozo, era muy colérico y la enfermedad me hacía andar desgraciado.

Por apartarme de este hidalguete me estuve en tierra algunos días, sin entrar en el navío, que todo esto se ha de hacer por evitar pesadumbres; y una huéspedada mía me curaba las calenturas con darme a beber vino de Rivadavia con suciedad de ratones, que los enfermos todo lo creen como vaya en orden de darles salud. Como yo era fogoso, más se encendían las calenturas y más se encendía el odio del envidioso; de suerte que por su causa me mandaron que fuese al navío: hícelo, y aun estando con mi calentura, y como él estaba puesto en su malicia, determinó con sus camaradas, con quien el pobre gastaba lo poco que tenía muy bien, de darme la ocasión a manos llenas. Yo sabía nadar, y él no, fué tanta la ocasión, que me obligó a responder: estando él y sus camaradas al bordo del navío, me desmintió. Ofrecióseme de improviso si le daba un bofetón, que me ponía en peligro de que los camaradas me diesen de puñaladas; y así, sin hablar palabra, me abracé con él, y me arrojé en el mar, y dándole cuatro coces donde los camaradas no podían ayudarle, echélo a fondo, y dando dos braceadas, asíme al borde de la chalupa.

El pobre, habiendo tragado algunos cuartillos de agua, salió hacia arriba; y lo primero que encontró con qué asirse fué una pierna mía, que agarró tan fuertemente, que con muchas coces que le dí con la otra, no fué posi-

ble hacer que la soltase. Los bellacones, en cuyo favor y ánimo él se había fundado para atreverse, en lugar de favorecerle a él y a mí, estaban a bordo del navío, pereciendo de risa de verlo asido a mi pierna, y a mí asido de la chalupa. Yo dí voces a los marineros, porque él no podía hablar, que echasen un cabo: echaronle y bajaron dos de ellos, y como si fuéramos dos atunes, dieron con nosotros en la chalupa, aunque a mí sólo me estorbaba para salir no dejar el otro mi pierna; pero él, como se vió en elemento que no conocía, salió medio ahogado: subidos arriba, le dieron al otro ciertas coces en la barriga, con que vomitó el agua mala, y yo me enjuagué de la que había cogido en el vestido: de suerte, que para la vida le aprovechó más al pobre una pierna del enemigo, que doce brazos de sus amigos; que ordena el cielo de manera las cosas, que las amistades y favores fundados en los malos intentos, no aprovechan para el mal fin. Nadie se fíe en lo que no fuere suyo, que es fácil prometer ayuda y dudoso darla, que cada uno en la ocasión mira su daño y no la obligación en que le pusieron.

Dábale osadía el desprecio mío con el favor de los otros, y en ese mismo desprecio halló la vida que por el favor tuvo en duda. Yo con mi determinación deshice mi agravio, ahuyenté la calentura y dí que reir a toda la armada. En confianza de ajeno favor nadie se atreva a hacer cosas mal hechas. Súpolo el adelantado, que rió mucho de ello.

Vino a vernos el almirante por saber que había sido conmigo la pesadumbre, y diciendo

con grandísima gracia: Estas amistades pasadas por agua y hechas por Neptuno, yo como almirante las confirmo; y pues saben, señores soldados, que debajo de bandera no hay agravio, al que lo hiciere se le darán tres tratos de cuerda, y al que lo sufriere le tendrán por muy honrado soldado, considerado y cuerdo. Regaló al medio muerto de temor, y a mí me llevó a comer consigo, diciendo mis disparates a cuantos encontraba de la armada, que fué tan desdichada, que de casi veinte mil soldados que se embarcaron muy gallardos, sólo trescientos quedaron de provecho, que llevó el capitán Vanegas a donde le mandaron, que no bastó la diligencia del conde de Olivares, excelentísimo ministro, capaz para gobernar un mundo, discreto, sagaz y sabio, en todas materias.

Murió allí el adelantado, y otros grandes ministros de S. M. con que aquella gran máquina se acabó de deshacer. Yo disparé como los demás que quedaron a reparar la salud con la convalecencia: que realmente todos los que no murieron cayeron enfermos: y entendióse que se hizo algún daño en los mantenimientos. Salí de Santander y tomé mi derrota por Laredo y Portugalete; llegué a Bilbao, donde me siguió mi fortuna como suele. Aunque no iba muy recio ni convalecido, llevaba algunas gallinas de soldado; y como aquella armada había dado tan grande tronido, todos gustaban de ver soldados de ella. Las mujeres particularmente, como más noveleras, salían a ver cualquier soldado que venía.

Estando en una iglesia de Bilbao, puso los

ojos en mí una vizcaína muy hermosa, que las hay en extremo de lindísimos rostros; yo correspondí de manera, que antes que saliese, dijo, después de haber hablado un gran rato, y dado y tomado sobre cierta inclinación que tenía de venir a Castilla, que pasase aquella noche por su casa, y que hiciese una seña. Yo la dije: que señas ordinarias son muy sospechosas, y así que en oyendo el ruido de un gato, se pusiese a la ventana, que yo sería. Túvele en cuidado, y a las doce de la noche, cuando me pareció que no había gente, fuí arrimado a una pared que hacía sombra, y con mucho silencio me puse en un rinconcillo que estaba debajo de su ventana, donde por la sombra no podía ser visto, y entonces hice la seña gatuna, a cuyo ruido se alborotaron los perros, y un jumento soltó su contralto.

Andaba de la otra parte un hombre también haciendo hora, y como oyó el gato y los perros, estando yo muy atento a la ventana a ver si se asomaba, cogió una piedra y dijo en vascuence: Valga el diablo los gatos que han venido a alborotar las perros, y jugando del brazo y piedra, tiró a bulto donde había oído el gato, y dióme en estas costillas una pedrada pensando espantar al gato.

Callé, y llevé lo mejor que pude mi dolor, con que me quitó la atención de la ventana, y aun el amor de la moza, porque me acordé que Dios lo había permitido por el poco respeto que había tenido en la iglesia, concertando con ella lo que había de ser ofensa suya; que en los lugares sagrados el temor y la vergüenza han de

ser freno para no hacer semejantes atrevimientos; que si los templos son para ofrecer a Dios sacrificios y pedirle mercedes, ¿cómo las concederá, teniéndole poco respeto en su casa? Y quien no tiene temor y respeto en semejantes lugares, arguye ánimo desvergonzado; porque el temor del hombre viene a redundar en honra de Dios, y quien no lo tuviere, tampoco vendrá a tener fortaleza. Nadie siga a mujeres en la iglesia; pues hay harto espacio para verlas fuera, que se han visto muy grandes castigos en hombres que no han tenido respeto a los templos, y muy grandes mercedes en quien ha temblado de hacer descortesías en ellos; y no solamente en la verdadera religión, pero aun en el culto de los falsos dioses ha permitido el verdadero muy grandes males en los tales; porque ya que engañados del demonio piensan que van acertados, son sacrílegos de lo que tienen por bueno.

Retiréme por el mal suceso, y porque las cosas que se han comunicado poco no dan mucha pesadumbre en dejarlas; pero como ella tenía gana de venir a Castilla, tuvo modo para enviarme a decir con una amiga suya, tan cerrada en la lengua castellana como yo en la vizcaína, que ya que no quería pasar por su casa para hablarla, me fuese a la salida de Bilbao para Vitoria, que allí me hablaría. Y los hombres que en pueblos no conocidos y de cuyas costumbres no tienen noticia se atreven a hacer su voluntad, merecen verse en el peligro en que yo me vi. No hay confianza que no esté sujeta a algún peligro; y es grande igno-

rancia tenerla en lo que no se tiene experiencia. Quien dice en Castilla vizcaíno, dice hombre sencillo, intencionado; pero yo creo que Bilbao, como cabeza de reino y frontera o costa, tiene y cría algunos sujetos vagamundos que tienen algo de bellaquería de Valladolid, y aun de Sevilla.

Yo fuí al puesto un poco tarde, y hallé a la señora vizcaína con una amiga o compañera suya; fuímonos hablando, y a ratos ella cantando en vascuence, porque la otra no sabía una palabra en castellano, y con la materia que ella iba tratando de su ida a Castilla divertímonos de manera que anocheció algo lejos de la ciudad.

Volvímonos, y llegando a un molino encontramos cuatro hombres perdidos que salían de una taberna, no de sidra, sino de muy gentil vino, que las hay por aquellos molinos arriba, Y viendo con un castellano dos vizcaínos, gobernáronse por sus cabezas, como estaban entonces; pusiéronse dos de ellos de un lado, y dos de otro, y puesta mano a sus espadas, me comenzaron a acuchillar, y yo no fuí señor de mí, porque de la una parte estaba un cerro bien alto, y de la otra una pared bien alta, que bajaba a un caz de un molino.

Las vizcaínas huyeron, y yo hice todo cuanto fué posible por cogerlas delante; pero los bellacos eran matantes y sabían cómo se hacía una bellaquería. Yo, visto que por fuerza había de peligrar, no pudiendo tomar la delantera, ni subir por el cerro ni por los lados, arremetí con los dos para cogerles la delantera, y



al mismo tiempo todos juntos cerraron conmigo y me arrojaron en el caz de aquel molino, y fué tan cerca del rodezno, que la corriente furiosa del agua me llevaba a hacer pedazos, si no me asiera de una estaca o maderilla que estaba indicada, aunque poco fuerte, cerca de la puerta que atajaba el agua para que fuese al rodezno; pero era tan cerca de él, y la estaca tan poco fuerte, que se doblaba con el peso, y yo me iba acercando más a perdición; los bellacos se fueron siguiendo las mujeres en viéndome caído abajo, y como los peligros imprevistos carecen de consejo, y no lo tenía para valerme; y la estaca se iba rindiendo, y yo llegá dome hacia el rodezno.

Volví el rostro hacia el lado izquierdo, y vi un arbolillo pequeño que se criaba de la humedad del agua, que pensé que tuviera más fuerza que la estaca, mas no tenía fortaleza. Porque la corriente no hiciese su oficio, fuí cobrando espíritu, dejé la mano derecha en la estaca y alargué la izquierda al arbolillo y pude asirlo de una rama...

Repartido el peso entre las dos, aunque no podía resistir a la inmensa furia del agua, por estar casi llegando con los pies al rodezno, pude mejor sostenerme, pero no volver arriba, hasta que, sacando la pierna izquierda, que estaba más arrimada a aquel lado que al derecho, topé en la paredilla con una piedra en que pude estribar muy bien, y haciendo fuerza con ella, ayudándome de los dos brazos, mejoréme hasta poder asir el madero en que estaba asida la puerta del desaguadero, y encomendándolo

a la mano izquierda saqué con la derecha la daga, y metiendo el brazo debajo del agua apalanqué con la daga y alcé la puerta tanto que se coló la mitad del agua, y segundando como pude con toda la mano derecha, la levanté de manera que, con la misma furia que iba al rodezno, toda el agua se despeñó por su natural corriente, con que yo pude valerme de mis pies y subir por toda la acequia, asiéndome a las estacas que ayudaban a la presa del molino, y como el que ha resucitado de muerte a vida, sin capa y espada ni sombrero, iba mirando si era yo el que se había visto en tan evidente peligro; iba corriendo por aquellos molinos abajo como el que se había soltado de la cárcel, por llegar presto donde me alentase y mudase el vestido, por que no se me entrase aquella humedad de la ropa en las entrañas. Los que me encontraban me hablaban en vascuence: debían de preguntar si estaba loco; yo no respondía palabra, por no me poner a resfriar.

Cuando llegué a mi posada, llevaba la muñeca de la mano derecha más gorda que el muslo, del golpe que había dado. Estúveme en la cama ocho o diez días, restaurando la batería que había hecho en mí el espanto de la ya tragada muerte, que fué el mayor peligro de los que yo he pasado, por ser con quien no sabe hablar, sino hacer callar. Admiréme de ver que entre gente que tanta bondad y sencillez profesan se criasen tan grandes traidores, sin piedad, justicia y razón. En el tiempo que estuve en la cama me tomaba cuenta a mí propio, diciendo: "Señor Marcos de Obregón, ¿de

cuándo acá tan descompuesto y valiente? ¿Qué tiene que ver estudio con bravezas? Muy bien guardáis las reglas de vivir que os enseñó vuestro padre; ¿no os acordáis que el primer precepto que os dió fué que en todas las acciones humanas tomásedes el pulso a las cosas antes que las acometiédes?; ¿y en el segundo, que si las acometiádes, mirásedes si podían redundar en ofensa ajena?; ¿y en el tercero, que con vos mismo consultásedes el fin que pueden tener los buenos o malos principios? Muy bien os aprovecháis de ellos; mas ¿qué bien parece pasar de estudiante a soldado, profesiones tan honradas, y después de soldado a molinero, y no a molinero, sino a molido?"

¡Qué poca pena le diera al bellaco del rodezno hacerse verdugo y descuartizarme! Tentábame mis piernas y mis brazos, y como los hallaba, aunque cansados, buenos, daba mil gracias al bendito Angel de la Guarda, que él por su bondad es la prudencia de los hombres; que la nuestra no basta para librarnos de los trabajos y adversidades, pero bastara para no ponernos en ellos; sino que se adquiere esta divina virtud tan tarde y con tanta experiencia de trabajos y vejez, que cuando le viene a los hombres parece que ya no la han de menester; y la juventud está tan llena de variedades y mudanzas naturalmente, que apetece más arrojarse a la fortuna y suerte que obedecer a la Providencia.

Y confieso que la poca que yo tuve me trajo a punto de perecer miserablemente donde había de ser manjar, aun no de peces, sino de

gusarapos, si no era que los perros del molino querían hacer algún banquete antes que viniera a noticia del amo. Yo pasé mi trabajo lo mejor que pude, y pude mal, porque en la soldadesca no había mucho dinero, aunque se hacen en ella los hombres experimentados para estimar la paz y animosos para ejercitar la guerra.

DESCANSO XXII

Salí de Vizcaya, echándola mil bendiciones, lo más presto que pude, para llegar a Vitoria, donde hallé un gran caballero amigo mío, que se llamaba D. Felipe Lezcano, y él me hospedó y regaló de manera que pude repararme del trabajo pasado; y, por no dejar de verlo todo, fuí de allí a Navarra, siendo condestable de ella un hijo del gran duque de Alba D. Fernando de Toledo; pero con gran cuidado de no arrojarme a cosa que no fuese muy bien pensada; porque como en cada reino, ciudad y pueblo hay diversas costumbres, el que no las sabe, con vivir bien y quietamente cumple con la obligación natural, y con aquel primer documento que me dió la aflicción del molino procuré valerme siempre, si no era cuando me olvidaba de él, que como mozo tropezaba de cuando en cuando, principalmente en aquellas cosas que sólo la edad puede madurar. Cuanto más, que es tan poderoso el hacer costumbre en las cosas, que ellas mismas se facilitan con el uso;

y cuando no repugnan a la razón, no se han de dejar, si no pide otra cosa la fuerza.

Al fin me valí por Navarra y Aragón de manera que adquirí muchos amigos. Y en llegando a Zaragoza, ciudad y cabeza del antiguo reino de Aragón, que entonces no tenía tan buena fama como mereciera, hallé tantos amigos, y tan buenos, que más parecía natural que forastero en el amor que me tenían; pero yo fuí siempre con cuidado de no mirar a ventana, que son celosísimos los de aquel reino: no tomar pesadumbre con nadie, ni asir de palabras de poca importancia, que es donde se traban las enemistades y odios. Honróme en su casa por el tiempo que allí estuve un gran príncipe, muy amigo de música y de todos actos de ingenio y de virtud, honrándome y acudiéndome a las necesidades de naturaleza; y fué tanto el favor que me hizo, que me divertí más de lo que fuera razón en juegos, que hasta entonces no había dado en ellos, que fué bastante para distraerme y dar en aquel vicio que me trajo más inquieto. Que como en el palacio la ociosidad es tanta, y el ejercicio en letras y uso de las ciencias tan poco favorecido, di en lo que todos daban. Vicio contra caridad, lleno de ira insolente en el que gana y de humildad forzosa en el que pierde, y que arrastra de manera a quien lo sigue, que no le deja voluntad para otra cosa. Cuál antepone el juego a la honra; cuál deja mujer e hijos perecer de hambre, y éstos son daños muy ordinarios, que hay muchos que ni se pueden ni se sufren decir.

Un hidalgo de muy buen entendimiento se

vió tan lleno de trampas por el juego, y tan sujeto a la costumbre y convertido ya él uso en naturaleza, que reprehendiéndole su misma madre, y rogándole que dejase el juego y ella le alargaría toda su hacienda, que no era poca, respondió que estaba como hombre que tiene atravesada una daga: que vive mientras la tiene, y en sacándola muere, y que en quitándole el juego se había de morir. Pero es tanta la golosina del que gana, y tan grande la desesperación del que pierde, que ni el uno reposa hasta perderse, ni el otro vive hasta desquitarse. El uno se inquieta con la ganancia; el otro se ahoga con la esperanza de ganar, y ambos fácilmente mudan de estado; pero no duran en él de costumbre, ni se puede creer el odio infernal que tiene el que pierde con el que gana, aunque más y más disimule, que parece que en aquel punto le falta el conocimiento de la primera causa, nacido de no poderse vengar de su enemigo: quien quisiere meter cizaña entre dos grandes amigos, haga que jueguen el uno contra el otro, que no ha menester más fuerza del diablo para hacerles grandes enemigos: tal es la fuerza del odio que se cobra en el juego; ¡qué de muertes infames hechas con supercherías y traiciones, robos y mentiras nacen del juego! No quiero que se me representen las cosas que he visto suceder en el juego; sólo quiero decir que es tan poderoso que un hombre que trata de recogimiento, o por escribir, o por leer, o por otros actos de virtud, si juega una vez y pierde, ha menester ayuda del cielo para tornar a anudar el hilo por donde lo había quebrado.

Yo me divertí en esta materia, y la dí a entender a mis amigos que trataban este infame ejercicio, con uno de los cuales me pasó una cosa muy vergonzosa para mí, y de risa para quien la supo. Fué que una noche me pidió que le acompañase porque iba a hablar con cierta persona, y quiso llevarme para que le guardase la suya. Yo me puse, como de noche, con una espada y broquel, unos calzones o zaragüelles de lienzo, un capotillo de dos faldas y otras cosas de disfraz, con que fuimos adonde me llevó, que era una casa que tenía un poyo a la puerta. Dió las once el reloj, y después las doce, que era la hora que tenía aplazada, y díjome que lo esperase sentado en aquel poyo, que luego saldría. Sentéme bien arrellenado, y musitando entre dientes comencé a entretener el sueño lo mejor que podía, que ya era hora de ello.

El día siguiente era día solemnísimos de los Apóstoles: oí las dos, y luego las tres, que el buen hombre no podía salir, porque hubo estorbo para ello; yo me caía de sueño: di en pasearme y en rezar, entendiendo que aprovecharía para no dormirme, siendo cosa que más concilia el sueño, de cuantas hay en el mundo. Torné a sentarme, porque me cansaba de tanto pasear, y como había digerido ya la cena gran rato había, por más que me refregaba los ojos con saliva, no pude valerme, hasta que, no sé cómo ni de qué manera, sin querer, me quedé dormido sobre el poyo, donde estuve hasta que tañendo a misa mayor el día siguiente, con el ruido de las campanas de la fiesta y de la mucha gente, pasando unas señoras por allí di-

ieron: ¡Qué bien ronca el cochino!, y mandaron a un escudero que me despertase.

Despertóme, y alzando los ojos con un gran bostezo vi el sol en medio de la calle, y oyendo la armonía de las campanas, arreboquéme un capotillo que llevaba, di a correr, no hacia mi posada, sino hacia la placeta de Médicis, siguiéndome más de trescientos perros, y a la vuelta de una esquina topé con un ciego que llevaba una docena de huevos en el seno, y al mismo compás que le topé volvió el báculo y alcanzóme en el hombro izquierdo, y como le destilaba lo amarillo de la tortilla, decían que le había quebrado la hiel en el cuerpo, y ya que con mi huída llegaba cerca de la casa donde me había de acoger, con la priesa que llevaba y la que me daban los perros tropecé y tendíme a la puerta de esta señora, tan buena de nacimiento, que habiéndole yo enviado dos perdices para que se regalasen con ellas las echó en una necesaria porque venían lardeadas con tocino.

Parece que con estas menudencias se desautoriza la intención que se lleva en este discurso; pero mirando bien, para eso mismo lleva esa substancia, que aquí no se escriben hazañas de príncipes y generales valerosos, sino la vida de un pobre escudero que ha de pasar por estas cosas y otras semejantes, y por reprehender una inadvertencia tan grande como la que hizo aquel amigo y la que hice yo. Llevar compañía de noche quien va a cosa hecha, téngolo por yerro; porque si va adonde no tiene peligro, no ha menester llevar testigo de sus mocedades, y si va con sospecha de algún peligro,

claro está que no ha de querer infamar una casa, y por fuerza se ha de retirar; y para huir más desembarazado, mejor va solo que acompañado, porque al fin no lleva consigo quien diga que huyó.

Y aunque es lo más sano y seguro no hacerlo, si se hiciere, sea a solas, no acompañado, porque las amistades de hombre se acaban, y luego se revelan los secretos. Pues la fineza que guardarse, sino la que era de un hombre ¿quién dirá que no fué disparate? Pasaban dos horas, y acercándose el día, ¿qué necesidad tenía yo de ponerme a padecer tormento de sueño? ¿Qué fortaleza de rey me había mandado que yo usé en esperarle y guardarle el cuerpo, perdido, para ponerme a peligro, demás de la vergüenza que pasé? Cuando se ha de poner un hombre a tan grandes riesgos, ha de ser por conocer un evidente peligro en alguna persona de vida o de honra, o por obedecer el mandamiento de algún gran príncipe o república. Pero que me ponga yo a los sucesos de fortuna por quien está muy contento, sin tener más cuidado de mi cuerpo que de su alma, téngolo por fineza impertinente. ¿Qué honra o hacienda perdiera yo cuando me fuera a tomar el reposo y descanso que naturaleza pide para su conservación? Si me culpara en haberlo dejado, le preguntara yo si le había dejado en alguna mazmorra de donde le podía sacar con la mano, o si me dejó él a mí en mi lecho reposado, o si quedaba entre enemigos de la fe, como quedaba entre enemigos de guardarla. Siempre oí decir que el que fuere compañero en los trabajos también lo ha de ser en los gustos;

pero aquí la parte del trabajo era para mí, y la del gusto era para él.

La conclusión es que tengo por yerro llevar compañía, porque a la primera ocasión huye y lo deja en manos de enemigos que él no tenía ni temía. Y mire cada uno, si le sucediere, que es participante del daño que el otro hiciere en ofensa ajena. Yo no reparé de vestido y de sueño, aunque había dormido lo bastante para un hombre de bien, en aquella misma casa donde llegué, y donde hallé un vecino suyo muy lleno de melancolía, y tanta, que me vió dar con mi persona en el suelo, con la espada a una parte y el broquel a otra; no conocí en el accidente de risa, como en cuantos me vieron caer, que una caída es ocasionada por mucho disgusto de quien la da y mucha risa de quien la ve.

Con todo, se llegó este buen hombre, estando ya puesto de rúa en casa de aquella mujer, amiga del tocino, y pareciéndole que yo estaba disgustado, llegó como a consolarse conmigo, diciéndome que todos los hombres del mundo padecen trabajos, y que él estaba tan dentro de ellos como cuantos vivían con él.

Yo le pregunté qué eran sus males, que tan triste le traían, porque siempre he sido compasivo, y él me respondió en una palabra: Celos. ¿Ese mal tiene?, le dije yo; no quiero preguntarle si son averiguados, o si es sospecha; pero quiero decirle que es enfermedad de mozos de poca experiencia, que si la tuviesen, sabrían que los mismos tienen unos de los otros. Y si advierten que el otro de quien yo los tengo anda rabiando de ellos por mí, consola-

ríame con su daño y con verle padecer y consumirse con un perpetuo desasosiego. ¿Qué mayor consuelo puedo tener yo que ver a mis enemigos padecer, y reírme de ellos?

Porque pensar que una mujer divertida en estos tratos se ha de contentar con lo que uno le da, es pensar que un fullero ha de andar bien puesto con la ganancia que hace a un cuitado. Los celos tienen al diablo en el cuerpo del que los tiene, y parece que lo trae consigo, pues a nadie hacen mal sino a quien los mantiene, y cuanto más se callan más crecen. Su remedio está en tan ruin fundamento, que con averiguar la verdad, o se mueren o se halla ocasión para perderlos poco a poco, apartándose de quien los causa.

Yo aseguro que son más de cuatro los celosos sin saber unos de otros en esa misma ocasión, y crea que se usa esto. Si son los celos de la mujer propia, es agravio que se le hace, que la más baja mujer del mundo estima en más la sombra de su marido que a todo lo restante de él.

Un príncipe de esta ciudad dijo muy bien quién son los celos, y mentira tan odiosa no se ha de traer a la memoria, sino consolarse con lo que tengo dicho de ver que padecen por mí lo que yo padezco por otros; que han venido las mujeres a tan feliz estado, que han privado a su misma naturaleza del gusto que ella les concedió, porque lo han puesto en solo hurtar y robar las haciendas, fingiendo querer a los que desean desollar, por sólo igualarse en galas a las que de su nacimiento, por herencia de patrimonio, nacieron nobles y honradas, ri-

cas y principales, que les parece que no ha de haber diferencia y desigualdad en la tierra de mujeres a mujeres, como en el cielo la hay de ángeles a ángeles.

He mezclado de esta materia con esotra, porque de la perdición de esto viene la comunicación de muchos para que todos anden celosos; y con tener cada una su docena de ángeles de de guarda pasan por moneda corriente y honrada. Despedí al buen hombre, algo consolado, y fuíme a mi posada, y dentro de pocos días me fuí a Valladolid, después de haber visto a Burgos y toda la Rioja. Provincia fértil, de bonísimo temperamento y que parece en algo a la Andalucía.

DESCANSO XXIII

En Valladolid serví al conde de Lemos, don Pedro de Castro, el de la gran fuerza, caballero de excelentísimo gusto y bondad muy suya, sin la heredada, que era y es, cuando menos descendiente de la sangre de los Jueces de Castilla Nuño Rasura y Laín Calvo, junta con la de los Reyes de Portugal. Entré en su gracia e hice muy poco, porque tenía el conde un pechazo tan generoso, manso y apacible, que con poca diligencia se entraba en las entrañas de quien le quería. Con todo, no me hallé muy bien a los principios, porque me faltaba lo que es menester para servir en palacio, que es decir con gracia una lisonja, salpimentar una mentira, traer con blandura y artificio un servil chisme, fingir amistades, disimular odios, que caben mal estas cosas en los pechos ingenuos y libres.

Dejo aparte el rigor y majestad de los porte-

ros, que ordinariamente tienen una gravedad más seca que sus personas, y ellos lo son tanto como sus palabras.

Aunque eché de ver que lo que más importa es que en presencia del señor el criado tenga el rostro alegre, y en las cosas que le mandan, y aunque no se las manden, será menester ser diligente y solícito, y cumplir cada uno puntualmente con su ministerio. En lo primero, que es traer el rostro alegre, mal lo puede hacer un melancólico; pero para esto hay un remedio, que es no ponerse delante del señor sino cuando estuviere el criado de buen humor, que la alegría de los criados, fuera de hacer su negocio, ayuda a vivir al señor, y si no la muestra piensa que está disgustado en su servicio, y así durará poco con él. Aunque este príncipe mostraba tan buen pecho con sus criados, que él mismo los obligaba a andar muy contentos y servirle con muy apacible semblante, porque haciendo todo lo que podía y tenía obligación de hacer, los honraba dondequiera que se hallaba. Y siempre en esta antiquísima casa han llevado y llevan esta grandeza de ánimo y cortesía, como se ha parecido y parece en el que ahora lo posee, D. Pedro de Castro, que desde niño tierno descubrió tanta excelencia de ingenio y valor, acompañado de ingenuas virtudes, que habiéndole puesto su Rey en los más preeminentes oficios y cargos que provee la Monarquía de España ha sacado milagroso fruto a su reputación, siendo muy grato a su Rey, muy amado de las gentes subordinadas a su gobierno y muy loado de las naciones extranjeras.

Estando en esta casa, y en Valladolid, se descubrió aquel gran cometa, tantos años pronosticado por los grandes astrólogos, amenazando a la cabeza de Portugal. Hubo tan grandes juicios sobre él, y algunos tan impertinentes, que dieron harto que reír, entre los cuales hubo uno que decía que las cosas grandes habían de decrecer, y las pequeñas habían de crecer; llegó este juicio al de un hombrecito pequeño, que también en esto lo era, que estaba muy mal contento de verse con tan aparrada presencia, que trayendo unos pantuflos le cinco o seis corchos, aun no podía lucir entre la gente. Andaba siempre pulido y bien puesto, enamorado y bien hablado, y aun hablador, no sin afectación.

En las conversaciones procuraba, no que sus conceptos llegasen a igualarse con los otros, sino que sus hombros se ajustasen con los de la rueda, y como no podía ser, pensando que era la culpa de las agujetas, meneaba un lado y otro, hasta que crujían todas. Pues como llegó a su noticia la interpretación del cometa, que las cosas pequeñas han de crecer, se le encajó que se decía por él: que fácilmente nos persuadimos a creer lo que deseamos, aunque sea tan gran disparate como éste. Dijéronle que yo era nigromántico, y que si yo quería podía hacerle crecer dos o tres dedos, o más; pero que había de ser muy secreto, por que no se supiese que yo sabía tal arte diabólica.

Pasando por la plaza haciendo mil escude-
rajes con los demás gentiles hombres de casa,
me señalaron con el dedo para que me cono-
ciese. Sin haberme avisado los que le tornaban

loco, se llegó a mí con una retórica bien pensada, ofreciéndome amistad y hacienda y favor para toda la vida, y el fin de todo fué decir: Ya vuesa merced ve el agravio que Naturaleza hizo a un hombre de mis partes en dar a tan altos pensamientos tan pequeño cuerpo; yo sé que si vuesa merced quiere, puede suplir esta falta, con que tendrá un esclavo para siempre jamás. Eso, dije yo, sólo Dios puede hacerlo, que es superior a la Naturaleza, y si vuesa merced quiere crecer por los pies, póngase más corchos que los que trae; y si del pecho arriba, con ahorcarlo crecerá tres o cuatro dedos. ¡Oh, señor, dijo él, ya venía informado que vuesa merced no me había de negar este bien; por amor de mí que se disponga a ello, y en lo demás corte por donde quisiere.

Veíalo tan rematado en su disparate, que lo hube de reducir a la obra de Naturaleza, diciéndole: Señor, vos vais tras de un imposible, que no solamente no es hacedero, pero os tendrán por loco cuantos supieren que dais en ese error. Las obras de Naturaleza son tan consumadas, que no sufren enmienda; nada hace en vano, todo va fundado en razón, ni hay superfluo en ella, ni falta en lo necesario; es Naturaleza como un juez, que después que ha dado la sentencia no puede alterarla ni mudarla, ni es señor ya de aquel caso, sino es que apelen para otro superior.

En formando Naturaleza sus obras con las calidades que les da, ya no es señora de la obra que hizo, sino que Dios, como superior, quiera mudarlas; si nace grande, grande se ha de quedar; si chico, chico se ha de quedar; si mons-

truo, así ha de permanecer. Ni hay para qué cansarse con nadie pensando imposibles. A esto replicó diciendo: ¿Pues no es más dificultoso hacerse un hombre invisible, y hay quien lo hace? No es, dije yo, sino facilísimo, que con ponerse un hombre detrás de una tapia, queda invisible, o encubriéndose con una nube. Y vos os haréis invisible con sólo poner delante de vos un mosquito. Gentil consuelo, dijo, he hallado en quien pensé tener todo lo que he deseado toda mi vida.

¿Qué consuelo ha de hallar, dije, quien quiere ir contra las obras de la misma Naturaleza, que es la que nos representa la voluntad del primer movedor y autor de todas las cosas? Que aunque crió a todos los hombres iguales, no fué en los actos exteriores, sino en la razón del alma. Y ésta es la que hace al hombre superior a todos los demás animales, que no el ser grande o pequeño. Si Naturaleza os hubiera criado desigual de miembros, como habiéndolos dado esa estatura de gozque, tener unos brazos de gigante, o en esa carilla de mandrágora os hubiera puesto unas narices trastuladas, pudiérades os quejar, pero no enmendar. Mas, al fin, si sois pequeño, sois tan bien hecho y tan igual de miembros, como que tenéis las orejas mayores que los pies; y quien tiene anda la mitad para una de las más importantes virtudes que resplandecen en los hombres, ¿por qué ha de buscar quien la haga crecer? ¿Qué virtud?, preguntó él. La humildad, respondí yo; que para alcanzar tan divina virtud tenéis andada la parte del cuerpo, que parece que estáis siempre de rodillas, y con humillar el áni-

mo la tendréis alcanzada toda. Si naciérades en tiempos de los gentiles, que se usaban transformaciones, la Naturaleza, enojada con vos por no contentaros con ella, y por soberbia, os hubiera transformado en renacuajo, por humillar la soberbia del ánimo y cercenar la cantidad del cuerpo.

A todo cuanto le dije calló, y dijo, por último: Aténgome a la significación del cometa, que dice que los pequeños han de crecer y los grandes disminuirse; pero ya que vuesa merced se ha holgado dándome matraca, obligación tiene de ponerme en estado que no me la den otros; que quien sabe decir lo uno sabrá hacer lo otro; y eso de ser humilde guárdelo para sí, que yo tengo por qué estimarme en mucho, que soy hijodalgo de parte de mi abuela, que antes que se casase con mi abuelo, había sido casada con un hidalgo muy honrado, y tiene hoy la ejecutoria de él guardada y a buen recaudo. ¿De suerte, dije yo, que de ahí os viene como los que lucen y se arreglan con hacienda la vanidad y no querer ser humilde? Seréis ajena. Ahora digo que no me espanto que seáis soberbio, teniendo mucha razón de ser humilde y rendiros a la humildad, virtud que jamás tuvo émulos ni envidiosos; que todas las partes que adornan a un hombre padecen esta malaventura, si no es la humanidad y la pobreza, tan aborrecida de los hombres y tan amada del Autor de la vida; pero si la humanidad nace del conocimiento de sí propio, y esto os falta a vos, ¿por qué habéis de ser humilde? Yo no vine, me dijo, a oír virtudes, sino a probar en-

cantamientos o cosas sobrenaturales para conseguir mi intento.

Fuése el buen hombre, y luego llegaron a mí cuatro amigos de buen gusto y no poca malicia, preguntando si había venido a mis manos con aquella demanda; respondíles que sí y que lo había desengañado de aquel disparate y deslumbramiento tan grande. Por vida vuestra, dijeron, que le hagamos una burla, porque es tan gran loco, que se persuade a que pueda crecer, y le sacaremos una muy gentil merienda, riéndonos un rato a costa suya. Eso, respondí yo, no lo haré por todas las cosas del mundo, porque burlas de que puede resultar escándalo general y daño particular, ni son lícitas, ni se permiten por camino alguno. Sabed, dijeron, que es la misma avaricia y miseria, y habemos dado en esto por hacerle gastar, que lo sentirá en el alma. Si esa condición tiene, dije yo, no le sacarán de ella aunque le hagan llegar a la Giralda, que los avarientos y los borrachos nunca se ven hartos de lo que desean, ni apagan la sed que traen. Acuérdomme que por hacer gastar a un hombre, ciertos maleantes se pusieron a trechos diciéndole que estaba enfermo, de suerte que cuando llegó al último ya lo estaba de veras, por el caso que había hecho la imaginación, y fué menester llevarle a su casa medio muerto; y de quererle hacer burla tan pesada nació el arrepentimiento tardío para todos ellos y grave daño para el paciente. Y en este caso sería mayor, cuanto es más imposible la obra, que para persuadir una cosa tan contra la misma Naturaleza se han de hacer grandes embelecocos, y no pueden ser sin grande

daño del pobre ratón, que ni ve su cuerpo ni conoce su ignorancia.

Porfiaron todavía que le hiciésemos un engaño que pareciese cosa de encantamiento. Cuando eso se hiciese, pregunté yo, ¿quién quedaría más confuso: él en recibir este engaño, después de descubierta la verdad, o yo en haber sido el autor de él? En todas las cosas se ha de considerar el fin que puedan tener, y esa ficción y engaño no puede estar mucho encubierta, y para mí tengo por mejor y más seguro el estado del engañado que la seguridad del engañador; porque, al fin, lo uno arguye sencillez y buen pecho, y lo otro mentira y maldad profunda. Yo no puedo tragar una mentira ni engaño, porque se arremete a desdorar la opinión de quien se tiene por hombre de bien. Las burlas han de ser pocas y sin daño de tercero, y tales, que el mismo contra quien se hacen guste de ellas. No sabemos la capacidad de cada uno, que la burla llevadera para uno será para otro muy pesada; y las burlas no se han de juzgar por malas o peores de parte de quien las hace, sino de parte de quien las recibe; y si él las tomare bien, serán de sufrir, y si las tomare pesadamente, serán pesadísimas.

Dábanle matraca a cierto ordenante por una necedad que había dicho, y cuando estuvo harto de sufrir dijo que quería que pecase mortalmente quien más se la diese. Que de burlas pesadas vemos cada día resultar agravios que no se pensaron. Este miserable no tiene talento para llevar una burla tan pesada como ésta, que por fuerza lo ha de ser. Yo me tengo de

oponer en eso, porque iría contra mi propia opinión, que es justo y mal hecho; y no me espantaré del que se deja engañar por lo que desea; pero espantaríame de quien le quisiere engañar sin esperar de ello más gusto que hacer mal.

Fuéronse, y al fin le hicieron una burla muy pesada, dándome a mí por autor de ella. Pusiéronle en estrecho de ayunar tres días con cuatro onzas de pan y dos de pasas y almendras, y dos tragos de agua, y primero le tomaron la medida de su cuerpo en una pared muy blanca, poniendo para señal de su altura un clavito pequeño o tachuela. Hizo su dieta; unas hermanas suyas le fregaban los brazos y piernas todas las noches y mañanas, por consejo de los maleantes; preguntábanle las pobres, después de cansadas: Hermano, ¿para qué hace esto? Y él las respondía: Bárbaras, no os entremetáis en las cosas de los hombres.

Todos estos tres días de la dieta y las fricciones se subía a una azotea en amaneciendo y se ponía hacia el nacimiento del sol, haciendo ciertas señales que le habían mandado contra las nieblas de Valladolid, que él hizo muy puntualmente, como todo lo demás. Cumplidos los tres días, y lleno el cerebro de nieblas, vino a los bellacones con tanta cara como una calavera de mandrágora, que como estaba tan chupado y flaco parecía más alto. Fué uno de ellos a la pared blanca donde se había medido, y mudó el clavito dos dedos más abajo y tapó el agujero con un poco de cera blanda, que era en la cerería recién hecha, blanca y muy lisa. Enviáronle a medirse, y como topó con el co-



lodrillo en el clavito quedó fuera de sí de contento, entendiendo que él había crecido lo que el clavo había bajado.

Vino con la boca llena de risa, que parecía mico desollado, y fué a echar a los pies de quien le había hecho crecer; ellos le dijeron que callase, porque si no se decrecía lo crecido, y que lo dificultoso quedaba por hacer. El dijo que aunque fuera bajar al infierno lo haría por decrecer. Pues no menos, dijeron ellos; y aquella noche le mandaron que entre las once y las doce de la noche entrase en cierto aposento, por un callejón muy estrecho, que estaba debajo de unas casas lóbregas y oscuras, solo y sin luz, y que allí le dirían lo que había de hacer. El se turbó todo con la dificultad que le pusieron; pero al fin dijo, con todo el miedo posible: Sí haré, si haré. Fué a la noche entrando por un callejón, espeluznado el cabello, cortado de brazos y piernas, sin oír perro ni gato que le pudiese hacer compañía, y en llegando al aposento salieron por cuatro esquinas, debajo la cama, cuatro carátulas de demonios con cuatro candelillas en la boca, que en el temor que había recibido se le representó el infierno todo; porque todos los hombres muy crédulos son también temerosos; y como se fueron alzando los demonios, él se fué quedando, y sin saber de sí ni poder moverse de donde estaba, cayó en el suelo, dándole tan gran corrupción, que no le pareció haber tenido dieta, que la cólera había desbaratado cuanto las almendras y pasas habían con tenido. El caído y ellos turbados, y aun arrepentidos, no supieron qué hacer, sino dejarlo y acogerse. El volvió a cabo

de rato en sí, y hallóse revolcado en su sangre, de que anduvo muy corrido y de manera enfermo, que fué menester de veras valerse de las pasas y almendras para no morirse, y ellos anduvieron escondidos y ausentes.

Yo me sangré en salud, refiriéndole el cuento al conde, que lo solemnizó mucho con su buen gusto, y tomó a su cargo las amistades, contando lo pasado a cuantos entraban en su casa. Sosegóse el negocio con la autoridad de un tan gran príncipe, aunque ellos anduvieron hartos días inquietos, porque el hombrecito se quejó a todo el mundo y a quien podía castigar la burla.

Yo los cogí cuando hubo oportunidad, y les di a entender, con la verdad, cuánto importa no hacer mal, tanto en burlas como en veras; que de haberle dado la vaya sobre un ruin cuerpo vino a buscar tan pesado remedio, que nadie quiere oír faltas, y por más que se hagan sufridores y finjan risa, no hay a quien no le pese en el alma oír mal de sí propio, y tanto más cuanto más parece verdad lo que se dice; que aun cuando no lo es ni lo parece, se le abrasa el corazón a quien se dice, ora esa por dar pesadumbre, o sea por chisme, de que era tan enemigo este príncipe, que en trayéndole alguna novedad de palacio llamaba a aquel de quien se decía, y delante del parlero se lo reprehendía; si se encogía de hombros el otro negándole, decía el conde: Pues veis aquí a Fulano, que me lo dijo; y así andaban todos ajustados con la lengua y con el conde.

DESCANSO XXIV

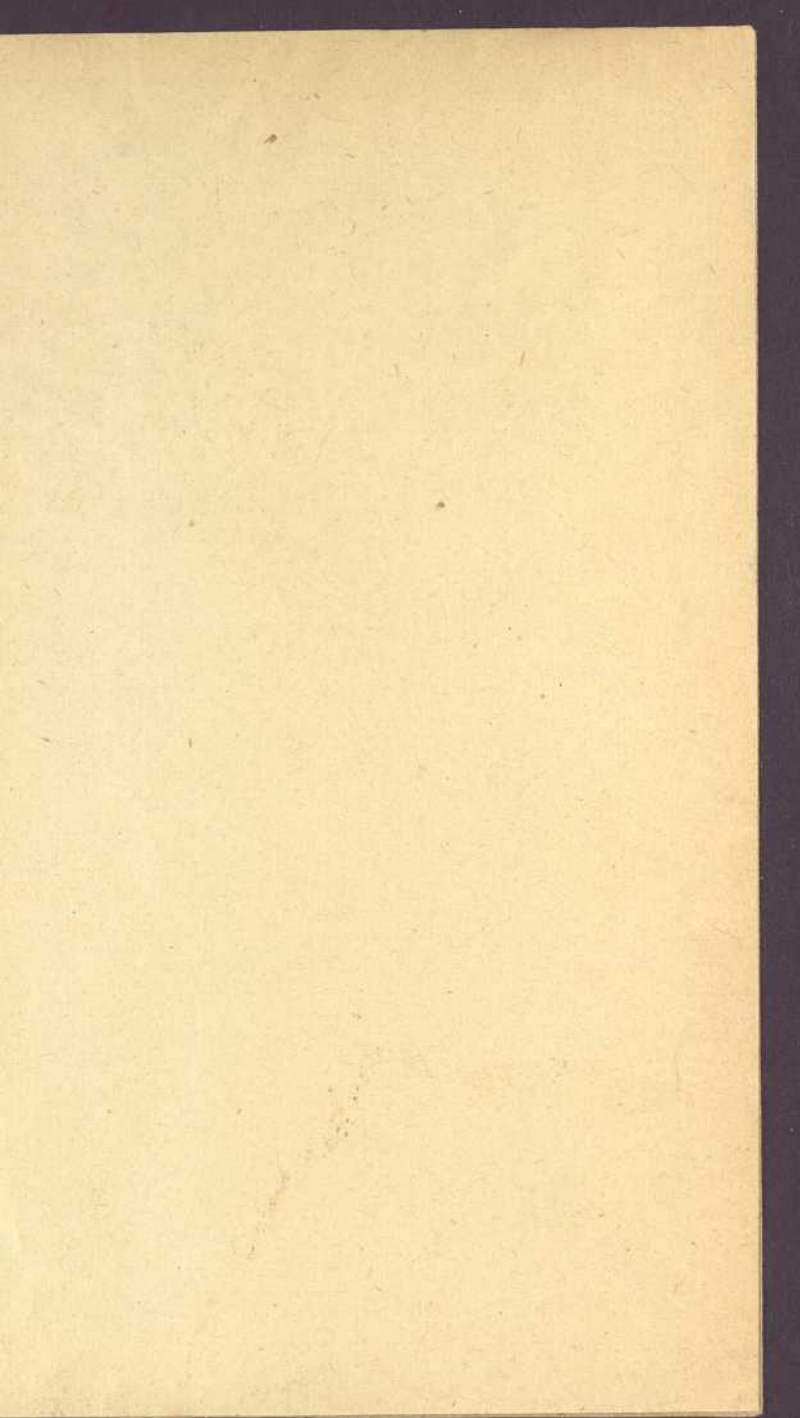
Y porque no habrá otra ocasión en que contarle, digo que era príncipe tan enemigo de chismes y parlerías, que en presencia mía vino cierto congraciador a decirle que estaba tratando mal de su persona un hidalgo de Valladolid, y encareciendo mucho esta insolencia le preguntó el conde: Y vos qué hicisteis? Yo, dijo el buen hombre, vine luego a avisar a vuecencia por que al pie de la obra le enviase el castigo que merecen ofensas hechas a un tan grande señor. Vos tenéis razón, dijo el conde: hola, dadle a este gentil hombre una libranza de media docena de palos muy bien dados. Pues a mí, ¿por qué?, dijo el buen hombre. No son para vos, respondió el conde, sino para que los llevéis al que dijo mal de mí; porque como me trujisteis lo que yo no sabía, le llevéis a él lo que no sabe. Y dijo a un paje: Bermúdez, corre y di a Fulano que cuando hubiere de decir mal de mi no sea delante de tan ruin gente que me lo venga a decir luego, y que para castigo suyo basta que sepa él que yo lo sé.

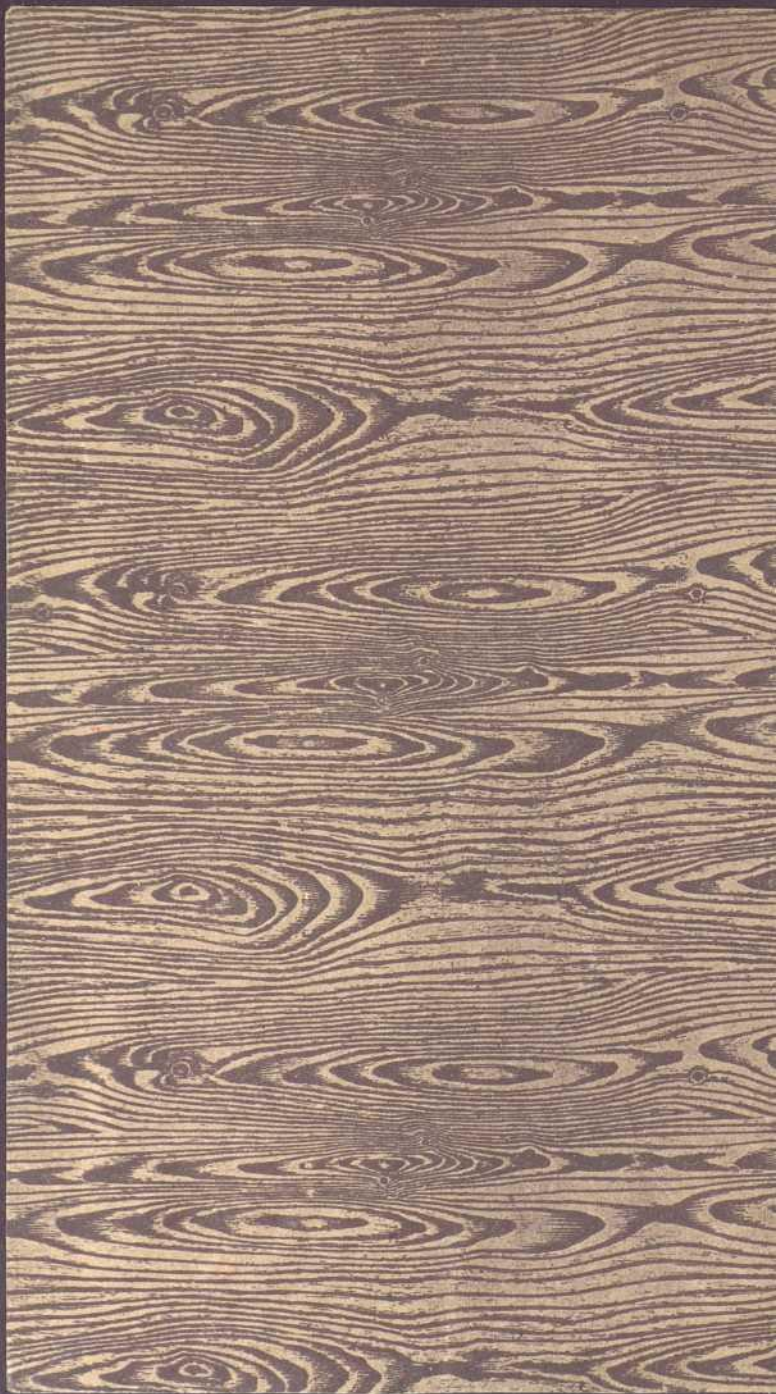
Ambos quedaron muy bien pagados, como merecían, que aunque no se dió la libranza quedó el pobre espantado de la merced. El ermitaño a todo comenzó a dar cabezadas y bostezar muy a menudo, como hombre que está de mala gana en locutorio de monjas, porque después de la comida todo había sido hablar al son de las canales, que aunque pocas, con el ruido y fuerza del aire hacían su figura de manera que

se echó de ver que había música para toda la noche.

Cenamos lo que tenía el buen hombre, que por poco que fué, ayudó para reposar y darle al sueño bastante lugar, no solamente para hacer la digestión, pero para soñar disparates, conforme a lo que se había cenado y al tiempo borrascoso que hacía, que realmente, aunque más anden desvaneciéndose y buscando interpretaciones de los sueños, algunos de adivinación, ellos andan conforme a los tiempos y a los mantenimientos, y obedeciendo al humor predominante, que es lo más ordinario; es grande ignorancia ponerse a interpretar lo que procede de humores calientes o fríos, húmedos o secos. Y si alguna cosa sucediere que sea verdad en los sueños, o será acaso o representación de ángeles buenos o malos; y no hay para qué divertirnos en probar la verdad de esto, que tan manifiesta y clara la conocemos.

FIN DEL TOMO I









FA

6767